ALIENÍGENAS
I

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
URÓBOROS	3
LA LOTERÍA DE LA VIDA	30
EL HOMBRE QUE QUISO COMPRAR UN PLANETA	35
EL PRIMER CONTACTO	41
PELEA DE GALLOS	47
EL ESPÉCIMEN	51
UN ENCUENTRO ACCIDENTADO	56
LA PRIMERA INVASIÓN	57
UN MENSAJE EXTRATERRESTRE	58
DELENDA EST RATIO	63
EXPLORACIÓN PELIGROSA	65
EL PEOR CASTIGO	66
EL FIN DEL MUNDO	73
PLUS ULTRA	75
EVALUACIÓN NEGATIVA	83
EL CUCO	85
COBAYAS	93
REALITY SHOW	96

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más comunes de la ciencia ficción es el del encuentro -y en muchas ocasiones choque- de la humanidad con civilizaciones extraterrestres, o alienígenas tal como se dice ahora.

Como cabía esperar yo no me podía sustraer a esta tentación, por lo que un número relativamente elevado de mis relatos abordan precisamente esta temática... aunque siempre, eso sí, dándoles mi toque personal, en ocasiones humorístico e incluso mordaz. Porque las cosas no siempre tienen que ser necesariamente tal como nosotros las esperábamos, ni nuestros visitantes los *raros*.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en cuatro volúmenes, siendo éste el primero.

José Carlos Canalda

URÓBOROS

El autor advierte que cualquier parecido de los hechos, lugares o circunstancias aparecidos en esta obra con acontecimientos reales pasados o actuales NO ES pura coincidencia.

Que uno de los impropiamente llamados *platillos volantes* sea vislumbrado en cualquier punto de la geografía de nuestro planeta no tiene, hoy por hoy, especial relevancia. De hecho, ni tan siquiera la prensa más sensacionalista presta ya atención a noticias de esta índole, relegándolas en el mejor de los casos al destierro de las páginas interiores.

Pero si tal *ovni* (llamémoslo así) aparece en Nueva York, a plena luz del día y ante millones de testigos, y se sitúa sobre la vertical de la sede de las Naciones Unidas, la cuestión es cuanto menos digna de ser tenida en cuenta... Porque en aquella somnolienta tarde veraniega los estupefactos neoyorquinos pudieron observar atónitos cómo un enorme objeto fusiforme (posteriormente se calcularía su longitud en más de trescientos metros) brillaba majestuoso bajo los cobrizos rayos del sol poniente burlándose de los doctos entendidos que pretendían reducir su existencia a un mero fenómeno óptico o, como mucho, a una prosaica histeria colectiva.

Y si para el ciudadano de a pie la sensación fue de asombro cuando no de miedo, en el seno del máximo organismo internacional cundió directamente el pánico. Por primera vez en su corta historia se produjo una total unanimidad y desde el secretario general hasta el último ordenanza todos estuvieron de acuerdo... En correr, pálidos de miedo, a llamar a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en la esperanza de ver desaparecer a tan inoportuno visitante.

Si un experto hubiera presenciado la aparición no habría vacilado un instante en señalar una serie de peculiaridades en el comportamiento del obstinado platillo: Mientras todo ovni que se preciara se habría limitado a efectuar apariciones fugaces evitando sistemáticamente surcar el cielo de las grandes urbes, el pertinaz visitante insistía en mantenerse milimétricamente situado sobre el esbelto edificio burlándose de todas las leyes físicas a la par que hacía caso omiso de los ruidosos aviones que, con la típica efectividad yanqui, intentaban convencerle de que no era bien recibido. Por otro lado su actitud no podía ser aparentemente más inofensiva: Simplemente se dejaba ver, consiguiendo con ello asustar todavía más a sus aterrorizados observadores, totalmente inermes ante él.

Inesperadamente un pequeño objeto de forma lenticular se desprendió de la parte inferior del plateado huso. Burlando limpiamente a los torpes sabuesos que danzaban en torno suyo, el pequeño disco se dejó caer sobre el prismático edificio para, haciendo un ágil guiño cuando el choque parecía inevitable, aterrizar suavemente frente a la fachada principal del mismo.

Esta vez le tocó el turno de lucirse al ejército, el cual en una rápida y espectacular maniobra envolvió a la navecilla en un espeso círculo de tanques y cañones, una acción perfectamente inútil ya que nunca se atreverían a usar las armas en las cercanías de la representación diplomática; pero al menos, su prestigio de anfitriones quedaba de esta manera a salvo.

Acto seguido, y de un modo evidentemente estudiado, una escotilla se abrió en el fuselaje dejando paso a un extraño séquito; de esta sencilla y decepcionante manera se producía el tan esperado y al mismo tiempo temido primer contacto físico con seres extraterrestres. La televisión estaba allí, por lo que millones de receptores repartidos por toda la faz del planeta pudieron mostrar a sus espectadores el aspecto de los visitantes: Nada de hombrecillos verdes o pulpos de múltiples cabezas; eran hombres, algo feos esa era la verdad, pero hombres idénticos a los terrestres. Iban ataviados con unos extraños e inidentificables trajes, y sus semblantes reflejaban sin excepción un nada tranquilizador aire de superioridad.

Su intención de penetrar en el foro de las naciones era evidente. Cuando su caminar, pausado pero seguro, les condujo frente al círculo de hombres armados, se limitaron a abrirse paso a través suyo, siendo silenciosamente flanqueados por una doble fila de soldados que, no atreviéndose a detenerlos, se limitaron a escoltarlos no se sabe si con el fin de protegerlos de un hipotético peligro o bien pensando inútilmente en amedrentarlos.

En lo alto de la escalinata se hallaba el pálido y desencajado secretario general que, haciendo de tripas corazón, salía a recibirlos. Y hacia él se dirigieron los cinco seres que formaban parte de la comitiva. Hablaron en inglés, destrozando así otro de los tópicos tan utilizados por la ciencia ficción barata... Y no se anduvieron con rodeos ni con florituras, limitándose a solicitar, de una manera sencilla pero Imperiosa, una reunión urgente de la Asamblea General. Y esperaron.

Varias horas más tarde todo estaba listo. En el exterior todo seguía igual, con la nave auxiliar posada en el pavimento y el coloso de plata brillando en las alturas bajo la tenue luz de las estrellas. Los aviones se habían retirado, pero los soldados permanecían firmes en su lugar. Mientras tanto, un fuerte cordón policial trataba de contener con escasa fortuna a la nube de curiosos que intentaban aproximarse a las cercanías del iluminado edificio.

En el interior de éste, en la vasta sala donde efectuaba sus reuniones la Asamblea General, se respiraba la atmósfera de los grandes acontecimientos. La totalidad de los

embajadores de los países miembros, precipitadamente llegados desde sus residencias, estaban presentes junto a los inevitables periodistas. Todos eran conscientes de que algo muy importante iba a tener lugar en la ya histórica sala, por lo que aguardaban con impaciencia el inicio de la sesión.

Por fin, acogida su llegada con un murmullo mezcla de admiración y de miedo, hizo su entrada el portavoz de los extraterrestres. Aceptando la invitación del secretario general se encaminó a la tribuna de los oradores. Y habló.

Ni rogó ni ofreció; sencillamente exigió, hablando con la seguridad propia de quien se sabe superior y posee argumentos convincentes para demostrarlo.

Procedían de un Imperio extendido por docenas de sistemas planetarios. No eran los únicos, ya que había otros muchos estados independientes repartidos a lo largo de la inmensidad de la Vía Láctea; pero eran los más poderosos, al menos en aquella región del espacio. La Tierra había tenido la gran *suerte* -según ellos- de haber caído dentro de su zona de influencia, y ninguna otra civilización estelar osaría poner su planta en el nuestro planeta ya que estaríamos bien *protegidos*.

No venían con intenciones hostiles. No deseaban conquistar la Tierra ni diezmar a su población. Tampoco buscaban esclavos ni materias primas; tan sólo deseaban hacer de nuestro planeta un protectorado suyo encauzando su desarrollo preparándolo para formar parte en un futuro de la sociedad cósmica. Prometieron respetar en su totalidad la civilización y las culturas terrestres, pero se verían obligados a poner un poco de orden en la marcha del planeta, que según ellos iría directamente hacia la catástrofe final de continuar así.

Su programa era relativamente sencillo y evidenciaba una meticulosa elaboración. En principio quedaba suprimido el orden político vigente, ya que en adelante el planeta sería un único estado dividido en provincias mucho mas lógicamente distribuidas que los antiguos países. La Tierra quedaba estructurada como un estado federal, gozando cada provincia de una amplia autonomía que le permitiría gobernarse de acuerdo con sus costumbres y su cultura. Por su parte, el gobierno central tendría en sus manos el control de la totalidad del planeta.

El Imperio de Kaltum (tal era el nombre de sus nuevos amos) se mostraba discreto: No interferiría en los asuntos internos de los terrestres, siempre y cuando no fuera directamente afectada su posición de potencia protectora. Quedaban automáticamente suprimidos los ejércitos nacionales (ellos afirmaban que ya no serían necesarios), pero el orden público quedaba por entero en manos del gobierno central terrestre. Una sola cosa les era vetada: el control del espacio más allá de la atmósfera terrestre, monopolizado éste por las naves imperiales. Los kaltumianos controlarían asimismo el comercio exterior de la Tierra, encargándose sus naves mercantes de transportar y vender las mercancías en uno y otro

sentido. Por último, también se reservaban para ellos la representación diplomática de la Tierra en el concierto galáctico. En todo lo demás, serían los terrestres los únicos dueños de sus propios destinos.

Era un buen trato, afirmaban los kaltumianos. Los terrestres sacrificaban su independencia, mucho más teórica que real, y a cambio de ello verían mejorado en gran medida el nivel de vida del planeta. El bienestar económico y social sería un hecho. Quedarían suprimidas de raíz todas las injusticias sociales existentes en la totalidad del globo, y no se lesionarían los intereses de nadie a excepción de los de aquéllos que medraban a costa de sus semejantes.

Era, pues, completamente absurdo que políticos trasnochados tuvieran la tentación de declarar la guerra santa contra el invasor, ya que nadie iba a perder su libertad o su bienestar. Aún más, muchos la iban a ver incrementada hasta límites insospechados. Por primera vez en la historia del planeta la justicia imperaría en la totalidad del orbe, y únicamente serían apartados en aras del bien común aquéllos que siguiendo caminos tortuosos hubieran alcanzado el poder lesionando los intereses de una mayoría en beneficio propio.

Se apeló al sentido común de los distintos gobiernos allí representados. Toda resistencia, amén de ilógica, era completamente descabellada, ya que los kaltumianos tenían el suficiente poder militar como para barrer de un plumazo la totalidad de las fuerzas armadas del planeta. Pero no deseaban utilizar la violencia, excepto en casos de estricta necesidad. Su buena voluntad era evidente; ¿quién rechazaría en estas circunstancias a un bienhechor?

En el transcurso de un mes llegarían a la Tierra las fuerzas de ocupación. Era éste un capítulo calificado de incómodo por sus interlocutores, pero por desgracia necesario. Esta ocupación se mantendría durante el menor tiempo posible, justo hasta que el nuevo orden político (ellos preferían decir administrativo) estuviera en pie.

Al llegar a este punto las fuerzas de ocupación serían inmediatamente evacuadas siendo sustituidas por un contingente de técnicos encargados de reformar la economía y la estructura social del planeta conforme a unos cánones mucho más efectivos y racionales. Éstos, a su vez, serían asimismo relevados de forma paulatina conforme fueran surgiendo especialistas cualificados en el seno de la nueva sociedad terrestre.

El gobierno imperial se comprometía solemnemente a no poblar el planeta con colonos originarios de sus territorios. En el aspecto económico se limitaban a exigir el pago de un razonable impuesto en concepto de tasas por la asistencia prestada, amén claro está del consabido monopolio de las relaciones comerciales con el exterior.

Y eso era todo. Los representantes imperiales se despidieron abandonando el gran edificio; minutos después la astronave kaltumiana se perdía en el infinito.

Aquella madrugada registró la más tumultuosa sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas en toda la historia del organismo. Los próceres de la humanidad discutieron todo un amplio abanico de decisiones a adoptar frente a la nueva e insólita situación en la que se veían envueltos, sin llegar como era de esperar a ninguna decisión; y es que, salvo honrosas excepciones, la práctica totalidad de los embajadores allí presentes resultaron ser unos perfectos cretinos.

Las propuestas realizadas por los miembros de la Asamblea fueron múltiples y a menudo descabelladas, oscilando entre la aceptación fatalista y el suicidio en masa, por supuesto sin el consentimiento previo de los interesados. No faltaron tampoco los héroes que proclamaban la defensa a ultranza de la independencia (?) del planeta; y, como de costumbre, no consiguieron ponerse de acuerdo.

Hubo países pobres, los del llamado Tercer Mundo, que suspiraron aceptando resignadamente un nuevo cambio de dueño. Los países ricos, beneficiarios en su mayoría del gran invento (para ellos, claro está) del neocolonialismo, temieron por sus intereses, por lo que alentaron a sus antiguas víctimas a oponer una tenaz resistencia frente al invasor.

Se agotaba el plazo otorgado por los kaltumianos y el ansiado acuerdo seguía sin llegar. Las grandes potencias militares (OTAN, Rusia, China), dando muestras de un patriotismo planetario demasiado hermoso para ser sincero, asumieron *espontáneamente* la labor de defender al planeta, pero muy a pesar suyo grandes zonas del planeta quedaron sin su *protectora* cobertura. Sobre el mosaico de estados que cubrían la faz de la Tierra surgieron revoluciones y contrarrevoluciones, profetas exaltados y políticos enardecidos lanzando al aire su postrer canto de cisne. Iluminados defensores de un orden nuevo llegaban a las manos con nacionalistas furibundos. Un espíritu de cruzada sacudía el mundo enfrentándose con el entusiasmo de los partidarios de la integración cósmica.

Y por fin llegó el día señalado. La Tierra mostraba, huraña y desconfiada, sus afiladas uñas. Se soñaba con vencer al invasor, y se creía firmemente en el triunfo. Sin embargo, la realidad se encargaría de enfriar los ánimos hasta a los más exaltados. El imponente aparato bélico puesto en pie por la totalidad de las potencias mundiales por primera y última vez unidas frente a una causa común, no tuvo la menor oportunidad de entrar en combate. Las naves imperiales aparecieron puntualmente, surcando el cielo con majestuosa prestancia. Su labor fue meramente disuasoria, y no dispararon un solo tiro; no hizo falta. Los generales y almirantes al mando de las fuerzas conjuntas fueron por una vez juiciosos; eran mosquitos tratando de abatir rinocerontes. Y depusieron las armas.

Los imperiales no tomaron represalias en respuesta a la infantil rabieta de sus nuevos súbditos; se limitaron a sonreír recogiendo la totalidad del armamento allí presente, desde fusiles hasta cabezas atómicas, al tiempo que enviaban a casa a los frustrados soldados.

La ocupación fue consumada en el breve plazo de tres semanas, y los nuevos dueños del planeta cumplieron fielmente sus promesas. Derribaron gobiernos, pero crearon nuevas y más eficaces administraciones. Cayeron las viejas y caducas fronteras, pero surgieron modernas circunscripciones que acabaron de raíz con ancestrales conflictos. Fueron acogidos como héroes por los ingenuos habitantes del Tercer Mundo, que veían en ellos el vehículo que erradicaría de una vez por todas su miseria endémica. Y consiguieron vencer, en un prodigio de habilidad, la desconfianza de los recelosos pobladores del mundo desarrollado. Amanecía en la Tierra.

* * *

Maurice Amadou era sin lugar a dudas una persona importante. Hijo de un funcionario del gobierno de Yaundé, capital del antiguo Camerún, no había cumplido aún los diez años cuando tuvo lugar la anexión de la Tierra por parte del Imperio de Kaltum. Pasaron los años y Amadou creció paralelamente a la transformación provocada en el planeta por sus nuevos dueños. Sus ojos infantiles vieron, como en un sueño jamás concebido, surgir de la nada multitud de cosas maravillosas que realizarían el milagro de convertir a su país, el Camerún, en una nación tan desarrollada y feliz como la mítica Europa.

El padre de Maurice, nacido en un poblado tribal y crecido en un ambiente colonial, se mostraba en un principio bastante reticente. Al fin y al cabo todos los amos eran iguales, decía. Los franceses se fueron después de expoliar a su antigua colonia, y los kaltumianos harían sin lugar a dudas exactamente lo mismo.

Éste no era el caso del joven Amadou. Nacido en un Camerún ya independiente, sus ojos de adolescente veían en los galácticos a unos héroes que librarían a su país y a toda África del subdesarrollo y la incultura en los que se hallaban sumidos, lacras que las antiguas metrópolis europeas no habían podido o no habían querido subsanar. Su ingenua mente, libre de los prejuicios que condicionaban a sus mayores, hallaba imprescindible un final feliz. Y serían los kaltumianos, de eso no le cabía la menor duda, lo encargados de llevarlo a buen término.

Lo paradójico del caso fue que los hechos se encargaron de dar la razón al joven adolescente. Los imperiales se comportaron conforme habían prometido: Tras reorganizar políticamente al continente negro, hecho éste indispensable debido a la artificialidad de las fronteras heredadas por las jóvenes repúblicas, se dispusieron a estimular el desarrollo integral de toda esta virgen parte del mundo, con resultados espectaculares. Si bien el proceso transcurrió en paralelo a los del resto del planeta, la ductilidad de los africanos con

respecto a los habitantes de los otros continentes, así como su bajo nivel de desarrollo, hicieron que los logros obtenidos resultaran ser con mucho los más espectaculares.

Se construyeron carreteras y aeródromos. Se roturaron tierras hasta entonces estériles. Se desviaron ríos y se excavaron lagos en la más vasta obra de ingeniería jamás planeada por una mente humana. Se venció al inhóspito Sahara creando un vasto mar interior en la depresión del Chad, devolviendo al mítico y hasta entonces temido desierto la fertilidad que antaño poseyera. Y fue allí, en el corazón del antiguo desierto a orillas del mar del mismo nombre, donde surgió de la nada la capital de la nueva África: Neópolis.

No menos espectacular fue la construcción de una vasta red de estaciones captadoras de energía solar que, aprovechando la privilegiada situación geográfica del continente, convirtieron a éste en una región rica en energía. Energía aprovechada plenamente por la industria pesada de reciente creación que, transformando in situ las abundantes materias primas repartidas por la totalidad de la vasta geografía africana, lograron para ésta la tan ansiada independencia económica con el bienestar económico y social que llevaba aparejado.

Para triunfar hay que ser un precursor, afirma un viejo adagio, y esto es lo que ocurrió con el joven Maurice. Intuyendo acertadamente el horizonte que se abría ante sus ojos, corrió a ponerse al servicio de los instructores kaltumianos. Fue de los primeros, y en ello radicó su éxito. Tras el obligado curso de adaptación y con un nada desdeñable bagaje cultural, ingresó en una de las múltiples universidades que florecían por doquier. Una vez graduado como especialista en centrales solares su porvenir como ingeniero quedaba resuelto, y su capacidad para desempeñar todo tipo de cargos en una sociedad que valoraba exclusivamente el mérito personal de cada individuo se encargó de allanarle en buena parte el camino.

A partir de entonces su carrera fue meteórica. En el breve lapso de cinco años se encontró como máximo responsable de la red energética africana. Asimismo, y dada la peculiar estructura de la administración política impuesta por los kaltumianos, una tecnocracia del más apto, era gobernador de la provincia del Sahara, poblada por todo un mosaico de razas desde que a los iniciales pobladores árabes y africanos negros se sumaran los excedentes de población de la superpoblada Asia.

Situado en la cúspide del poder, admirado y respetado por la totalidad de los gobernantes del planeta, Amadou sólo tenía por encima de él al Gobierno Central Terrestre. Los delegados kaltumianos, respetuosos hasta el final con los acuerdos que ello mismos obligaron a aceptar, se mantenían en un discreto segundo plano prácticamente ininterrumpido, no interfiriendo en absoluto con su labor gestora. Únicamente un pequeño destacamento, al cuidado del astropuerto de Neópolis, mantenía el control del escaso tráfico interplanetario o interestelar allí existente.

No obstante las graves responsabilidades que pesaban sobre sus hombros, Amadou era tenido por un gobernante justo y popular. Y él, humano al fin y al cabo, se sentía orgulloso de ello. Se vanagloriaba del perfecto funcionamiento de la totalidad de los complicados engranajes sociales de la circunscripción bajo su mandato, presentándolo como un logro personal. Y algo había de ello, si bien gran parte del mérito correspondía a la nueva estructura social que imperaba en el planeta. El secreto del éxito era sencillo: se basaba en la inexistencia de ningún tipo de marginación social, carcoma de todas las civilizaciones. Actualmente cada ciudadano terrestre era destinatario de un puesto en la sociedad, justo aquél para el que estaba más capacitado. Cada cual rendía al máximo y todos eran felices a su modo.

A pesar de lo encumbrado de su posición, Amadou seguía siendo un hombre de gustos sencillos. Permanecía soltero, habitando en una sencilla villa de las afueras de la gran urbe; amaba la soledad y gustaba disfrutar de su escaso tiempo libre en el aislamiento que le proporcionaba su apartado retiro. Había rechazado todo intento de proteger su finca mediante un destacamento policial; "*Yo no tengo que esconderme de nadie*", afirmaba. A duras penas admitía la existencia de un reducido número de colaboradores, sólo los estrictamente imprescindibles para el mantenimiento del edificio y el terreno colindante. Ésta era su única compañía, y aun a veces la estimaba excesiva.

En la actualidad se encontraba disfrutando de sus primeras vacaciones en el plazo de varios años, y había dado estrictas órdenes a la servidumbre con objeto de salvaguardar por encima de todo su preciado retiro. Por esta razón, le irritó profundamente el anuncio por parte de su mayordomo de una solicitud de audiencia por un desconocido presentado como representante oficial del Gobierno Provincial Europeo. Adujo una serie de excusas y protestas casi infantiles con objeto de preservar tan preciado aislamiento, pero su inquebrantable resistencia fue vencida por la machacona insistencia del desconocido visitante.

Finalmente accedió ceñudo, dando orden de que condujeran a su despacho a tan inoportuno visitante. Éste no se hizo repetir la invitación, apresurándose a penetrar en la pequeña estancia. Se había presentado bajo el nombre de Miguel Ordóñez, consejero energético de la provincia europea. Era un hombre de edad indefinida con el típico aspecto latino que su nombre pregonaba. Su boca esbozaba una sutil y estudiada sonrisa que no deformó lo más mínimo al responder casi automáticamente al maquinal saludo. Acto seguido se acomodó, sentándose al otro lado de la mesa, frente a su interlocutor aceptando la invitación de éste.

-Supongo que habrá venido hasta aquí impulsado por un poderoso motivo -comenzó Amadou con acento glacial-. Me ha pulverizado mis primeras vacaciones en el plazo de tres años. ¿Acaso no está conforme el gobierno europeo con el cupo energético enviado el

último trimestre? -indagó repentinamente preocupado-. Yo mismo supervisé la operación y puedo asegurarle que todo se desarrolló conforme los planes previstos.

-Tranquilícese, señor Amadou; le aseguro que no se trata de nada de eso -respondió Ordóñez exagerando su sonrisa-. Antes de nada, permítame disculparme por la pequeña treta que me he visto obligado a emplear para poder llegar hasta usted; no fue nada fácil romper la barrera creada en torno suyo.

-Puesto que ya ha conseguido lo que quería, y puesto que sospecho que en realidad no es usted representante del gobierno europeo, espero que ahora me conceda el honor de saber con quién estoy hablando.-el gobernador no estaba dispuesto a dar facilidades a aquel intruso.

-Vuelvo a pedirle disculpas, pero ésta era la única manera que tenía de poder dialogar con usted. Tiene toda la razón -reconoció-; en realidad, nada tengo que ver con la administración europea. Mi verdadero nombre es el de Carlos Ortega, y soy el responsable europeo del Frente de Liberación de la Tierra.

-¿Cómo ha dicho? -el asombro de Amadou era auténtico.

-Comprendo que se extrañe. No son muchas las personas que conocen la existencia del Frente... por ahora. Pero le aseguro que existe; al fin y al cabo la Tierra es colonia de una potencia extranjera, el Imperio de Kaltum. Y es lógico que exista una oposición que, por las buenas o por las malas, intente evitarlo. Esos somos nosotros -respondió con orgullo.

-Señor Ortega, le aseguro que no sé si tomarle por un embaucador o por un terrorista peligroso -respondió el gobernador-; en cualquiera de los dos casos, esta conversación está de más.

-Ni lo uno ni lo otro -le atajó el visitante-; tan sólo le pido que me escuche durante unos minutos.

-Está bien; accederé a sus deseos -concedió Amadou-. Eso sí, supongo que me permitirá que intente rebatirle.

-No deseo otra cosa -suspiró Ortega, viendo cómo la principal barrera se derrumbaba-. Déme usted sus razones.

-Son sencillas: Los kaltumianos son nuestros benefactores. Contemple nuestro planeta y compárelo con la situación existente en el mismo antes de su llegada. Honradamente, creo que tenemos motivos para estarles agradecidos. Además, si bien es cierto que en los primeros momentos hubo pequeños focos de descontentos, también es verdad que desaparecieron con el tiempo. Hoy en día se puede decir que la totalidad del planeta está satisfecha con el orden existente.

-La verdad es que los focos de descontentos, como usted los ha denominado, existían y eran más importantes de lo que usted pudiera creer. Los soldados imperiales se encargaron de exterminarlos, a veces por medios no demasiado ortodoxos.

-¡Un momento! Los kaltumianos aseguraron que la ocupación fue completamente pacífica.

-Porque así les interesaba hacerlo. Como es natural les hubiera perjudicado hacer propaganda de sus métodos... -vaciló, como buscando el adjetivo apropiado- digamos violentos. De ser hecha pública la existencia de choques armados, su reputación se habría visto seriamente dañada. No, no les interesaba, y lo ocultaron. Tampoco les resultó demasiado difícil; los núcleos armados eran débiles y escasos y habían sido empujados hasta lugares apartados al margen de todos los núcleos habitados de la Tierra.

-¿Y qué ocurrió?

-Como era de suponer, fueron rápidamente aplastados; no eran enemigo para las victoriosas legiones imperiales. Los escasos supervivientes, perseguidos como fieras, consiguieron huir refugiándose en las zonas más inhóspitas del planeta. Por el momento estaban a salvo, pero se encontraban aislados por completo. Por su parte los kaltumianos cesaron de hostigarlos; ya no representaban el menor peligro para sus elaborados planes, y el tiempo se encargaría de acabar definitivamente con ellos.

-¿Y no fue así?

-Así hubiera ocurrido, en efecto. Al fin y al cabo no eran sino un puñado de desesperados condenados a vivir inmersos en unas condiciones infrahumanas. Enarbolaban la bandera de una causa perdida y tarde o temprano desfallecerían sin que se les pudiera censurar por ello; en tales circunstancias, de nada hubiera servido convertirse en héroe.

-Ha utilizado usted el condicional. ¿Es que no sucedió de esta manera?

-¡Oh, no! Fue algo verdaderamente providencial. Estaban al mismo límite de sus fuerzas y no hubieran podido mantenerse mucho tiempo más, cuando repentinamente llegaron ellos.

-¿Ellos?

-Efectivamente. Procedían de otro estado galáctico, concretamente de la Federación Balktur. Descendieron una noche en mitad del campamento rebelde; éstos saltaron sobre sus escasas armas, convencidos de que los kaltumianos lanzaban el último y definitivo ataque sin esperar a su hundimiento. Pero no era así, y una vez deshecho el inicial equívoco fueron evacuados por sus oportunos salvadores, arrancándoles de una muerte segura.

-¿Ha dicho usted la Federación Balktur? ¡Un momento! Los kaltumianos se comprometieron a impedir la llegada al sistema solar de cualquier astronave que no portase las insignias imperiales. ¿Me equivoco?

-¡Oh, no! Le aseguro que los kaltumianos no dieron su consentimiento a la incursión de las naves de nuestros amigos. Es más -sonrió Ortega-; se hubieran apresurado a destruirlas... de haberlas descubierto, cosa que por suerte no ocurrió.

-Sigo sin comprender -vaciló-. ¿Qué razones impulsaron a estos... ¿balkturs? para ayudar a los rebeldes? ¿Por qué motivo vendrían aquí? Nada se les había perdido, y según usted corrieron un peligro real.

-Mi querido amigo, es usted un ingenuo. ¡Oh, por favor, no se ofenda! -se interrumpió condescendientemente-. Lo siento, no lo he dicho con mala intención, y le ruego que me disculpe.

Hizo una breve pausa y añadió:

-Como usted recordará, los kaltumianos afirmaron no ser los únicos, y efectivamente es cierto que existen otros estados galácticos políticamente independientes... Bastantes, esa es la verdad.

-¿Y bien? -Amadou comenzaba a impacientarse.

-Es sencillo. Las relaciones entre los distintos países no son en ocasiones demasiado cordiales. En particular existen dos... digamos potencias, que destacan sobre el resto por su mayor peso específico. Ellas dos hacen y deshacen la política de todo este sector galáctico; una de ellas es el Imperio y la otra, como es fácil suponer, la Federación.

-Y ambas no se llevan precisamente bien, supongo.

-Ha dado usted en el clavo. Si bien es cierto que no existe ningún conflicto declarado entre ambos colosos, la verdad es que el temor mutuo es lo único que los frena, ya que sus relaciones son de hecho bastante escabrosas. Se trata de algo similar a la Guerra Fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial, sólo que a escala galáctica y aprovechando cualquier oportunidad para perjudicarse mutuamente aunque siempre de una manera subterránea, evitando en todo momento arrastrar al contrincante a una guerra de aniquilamiento que sería fatal para los dos bandos.

-Y de repente aparecimos nosotros como manzana de la discordia. Les importamos un ardite a los balkturs, pero nos utilizan como instrumento idóneo para llevar adelante sus planes. ¿No es cierto?

-Bueno, sólo en parte -masculló el rebelde-; lo cierto es que la Federación nos propuso un trato, y de aceptarlo nosotros conseguiríamos emanciparnos del Imperio. Somos una nación rica, no lo olvide, y nos están expoliando.

-Aun admitiendo esto no creo que el Frente, por mucho apoyo de la Federación que tuviera, consiguiera vencer la inercia de miles de millones de terrestres... Conviene no olvidar que en su inmensa mayoría los terrestres son fieles al Imperio.

-Se equivoca de nuevo. Hay muchos más disidentes de los que usted cree; pero me estoy adelantando al relato. Esto llegará más tarde.

»Los federales sabían -continuó- que nada podrían hacer los escasos supervivientes del Frente sin el apoyo masivo del pueblo; apoyo inexistente por completo en aquellos momentos. Por lo tanto, y paralelamente a la reorganización de la rama militar de los rebeldes, iniciaron la tarea de mostrar a la totalidad del pueblo terrestre la realidad sobre sus venerados amos.

Maurice Amadou estaba al límite mismo de la paciencia. Delante suyo, en su propia residencia, se hallaba un enemigo del orden, un loco seguramente, tergiversando unas verdades evidentes e incluso injuriando a los benefactores de la humanidad. Por una vez lamentó haberse opuesto a la presencia de policías en su posesión, aunque en realidad bastaría con la servidumbre para reducirlo. Pero había algo en la expresión de ese hombre, una patética llamada que le impulsaba aun en contra de su voluntad a seguirle escuchando hasta el final. Tiempo habría de retenerlo más tarde, se dijo.

-Le advierto que le resultará bastante difícil convencerme -dijo al fin-. Si el Imperio tuviera las turbias intenciones que usted insinúa, no creo que se hubiera portado como lo hizo; no es lógico. No sólo no nos han exigido nada a cambio de su protectorado, sino que además han realizado un esfuerzo colosal por darnos todo cuanto les hemos pedido.

-Sigue usted razonando ingenuamente, y créame que lo lamento. Nadie da algo a cambio de nada, y Kaltum no es ninguna excepción. Piensa usted igual que sus remotos antepasados cuando vieron aparecer en la selva a los primeros exploradores blancos; éstos iban cargados con cuentas de colores que regalaron a aquellos infelices negros, los cuales las tomaron por auténticos tesoros cuando en realidad no valían absolutamente nada. Así comenzó el colonialismo, engatusando con baratijas a esos pobres diablos.

-¿No tratará usted de comparar nuestro actual bienestar económico con unas míseras bagatelas? No pienso consentirlo. Además, los europeos expoliaron a sus colonias y que yo sepa, el Imperio no ha tocado ni una sola piedra de la Tierra. Es más; el comercio exterior, único privilegio que se reservaron, no se puede decir que sea un negocio demasiado boyante, ya que el nivel de transacciones comerciales, lejos de aumentar, disminuye constantemente.

-Bien, que hayan respetado a la Tierra, como efectivamente ha ocurrido, no quiere decir que no tuvieran otros sitios para explotar. Hay muchos astros diferentes en el Sistema Solar, y por un capricho del destino buena parte de ellos son verdaderos filones prácticamente inagotables de los minerales más estimados en toda la galaxia. Vivíamos en un Eldorado sin saberlo, pero el Imperio sí lo sabía y ésta es la única razón por la que han aparecido en nuestro planeta. Nosotros nunca hemos importado lo más mínimo al emperador de Kaltum. Ellos buscaban nuestros minerales, y le aseguro que se están cobrando con creces todo lo que invirtieron en nosotros.

-¡Un momento! Si fuera como usted dice, ¿no les hubiera resultado más cómodo explotar tranquilamente los distintos yacimientos dejándonos a nosotros en paz? Hubiéramos tardado muchos años en enterarnos.

-No es tan fácil. El Imperio no está solo; forma parte, muy a pesar suyo, de una sociedad galáctica que no está dispuesta a dejarle las manos libres para hacer lo que quiera. Hace ya mucho tiempo, al término de la Gran Guerra Galáctica, la mayoría de los estados existentes, incluido Kaltum que por entonces era todavía una república, firmaron un tratado conjunto. En virtud de dicho documento se consideraba al sistema planetario como la unidad territorial mínima e indivisible; dicho de otra manera, se vetaba la existencia de dos estados distintos en un mismo sistema planetario aun cuando fuera en astros distintos.

»En consecuencia, el Imperio debería anexionarse la totalidad del sistema solar, incluida la Tierra, aun cuando ésta no le interesara en absoluto. Por otro lado, tampoco podrían conquistarnos por la fuerza. Nosotros no éramos enemigo para ellos, pero si se descuidaban siempre podría surgir un *desinteresado* protector, probablemente la Federación o bien alguno de sus satélites.

»Los kaltumianos, que no querían que se les escapara la presa, optaron entonces por la solución más larga pero que al mismo tiempo era la más segura, y pusieron en marcha su maquiavélico plan. Comenzaron a estudiarnos; sus psicólogos establecieron cuáles eran las reacciones típicas de la humanidad tanto a nivel individual como colectivo. Por otro lado, las circunstancias sociales y políticas por las que atravesaba el planeta facilitaron su labor. Se presentaron como salvadores y nos convencieron; y mientras convertían al planeta en una sucursal del jardín del Edén, una perfecta bagatela para ellos, obtenían pingües beneficios extrayendo toda clase de minerales de nuestro sistema en cantidades verdaderamente ingentes. Y eso es todo.

-Me ha relatado usted una historia muy bien construida, tengo que reconocerlo. -respondió Amadou con sorna- Hasta incluso podría ser verdad. Pero... ¿Y si no lo fuera? Podrían ser ustedes componentes de un grupo subversivo. ¿Quién me garantiza la veracidad de todo lo que usted me ha relatado? Necesito pruebas.

-Las tendrá, no lo dude. Pero ahora piense un poco. Bajo su capa de amabilidad y paternalismo, ¿no encuentra usted algunas irregularidades en la conducta de nuestros... bienhechores?

-Pues la verdad, no.

-Evidentemente, razona usted exactamente igual que sus antepasados; su ingenuidad los perdió. Nosotros los europeos hemos aprendido a ser desconfiados, entre otras razones porque antes hicimos méritos sobrados para que todos desconfiaran de nosotros. Esto nos hizo ser precavidos y ver las cosas turbias desde un principio.

-¿Y cuáles eran esas presuntas anomalías?

-Se podrían resumir en una. El Imperio puso bastante empeño en satisfacer todas nuestras apetencias. Nos dieron cuanto les pedimos. Pero de una manera sutil y disimulada, aunque al mismo tiempo inflexible, nos impusieron un veto: Nos negaron el acceso al Cosmos. No podemos salir más allá de la atmósfera.

-Pero el comercio exterior...

-Tonterías. Nuestra capacidad comercial, aun en plena expansión económica, es ínfima comparada con el volumen total de sus transacciones. No influye lo más mínimo en sus resultados globales. Por otro lado, ¿cuántos terrestres han salido al espacio aun en calidad de invitados?

-Hubo una expedición.

-¡Oh, sí! A poco de conquistar el planeta llenaron una nave vieja con unos cuantos caciques de la Tierra y los llevaron hasta un planeta de su Imperio... Un suburbio, por cierto, sin la menor relación con el verdadero corazón de su estado. Y se acabó. En las universidades se enseña astronomía comparada, eso es cierto, pero ningún estudiante es llevado a conocer personalmente el universo. Clausuraron nuestro programa espacial tachándolo de caduco, pero se niegan a enseñar a nuestros ingenieros a construir naves espaciales. Los científicos se quejan de que sus investigaciones se ven sistemáticamente coartadas en el momento que abordan el tema de los viajes espaciales, pero sus protestas chocan indefectiblemente contra un denso muro de silencio. Nuestros historiadores conocen tan sólo de una manera fragmentaria y difusa a la sociedad kaltumiana. Afirman que poseen bases militares en nuestro sistema con estrictos fines defensivos, pero niegan el acceso a su ejército a los miles de jóvenes entusiastas que así lo solicitan a diario. Afirman tratarnos muy bien, pero callan cuando se les interroga sobre una futura integración de la Tierra en el Imperio.

»Hay muchos descontentos, muchas personas que se hacen preguntas que nunca les son contestadas. Tarde o temprano, estas personas pasan a engrosar nuestras filas.

-Estamos exactamente igual que al principio -respondió al cabo Amadou-. Ha hablado usted mucho, pero sigue sin aportarme la menor prueba.

-Las tengo, y bien tangibles, pero no puedo mostrárselas aquí. Deseo que las vea, convencerle de que estoy en lo cierto; pero para ello es preciso que me acompañe.

-¿Tienen acaso una base secreta?

-¡Oh, en efecto! -su sonrisa era ahora anormalmente exagerada-. Pero no aquí en la Tierra, sino mucho más lejos de lo que usted supone.

-¿Dónde, pues?

-En algún lugar del Sistema Solar. Desearía que la viese; le aseguro que merece la pena.

-¿Y si me niego? Pueden ser ustedes unos vulgares terroristas. Puedo ordenar que lo detengan.

-¡Oh, no creo que lo haga. Pienso que me acompañará; la duda ha anidado ya en su cuerpo, y no cejará en su empeño de saber la verdad ahora que conoce la existencia de otra versión.

-Bien -suspiró resignado-. Usted gana. ¿Cuándo partimos?

-En cuanto esté usted dispuesto. Apenas tardaremos una semana en el viaje, pero tendrá que preparar las cosas para que nadie sospeche nada durante su ausencia.

-Eso no es problema -gruñó-. Nadie me echará de menos.

Instantes después Maurice Amadou llamaba a su mayordomo, mientras Ortega sonreía. O mucho se equivocaba, o acababa de ganar un nuevo adepto para su causa.

* * *

Maurice Amadou gozaba de una bien merecida fama de ser una persona excéntrica. En los escasos momentos en los que se veía libre de responsabilidades gustaba de burlar hasta a sus mas íntimos colaboradores, desapareciendo del mapa para desesperación de los encargados de custodiar su seguridad personal, esquivados una y otra vez por el escurridizo gobernador.

Nadie sabía hacia donde se dirigía. Era creencia comúnmente aceptada que se refugiaba en algún remoto lugar de su Camerún natal, pero las autoridades locales solían negar categóricamente la localización de tan ilustre huésped en su territorio; y es que el astuto Amadou sabia esconderse bien, cuidándose mucho de descubrir su gran secreto y

defendiéndose de las protestas de sus airados subordinados afirmando, no sin razón, que si los magníficamente preparados servicios de seguridad no lograban dar con él, tampoco lo conseguirían unos desarrapados terroristas, por otro lado inexistentes. Y se salía con la suya.

Por esta razón, nadie se extrañó de su repentina decisión de partir con destino a su oculto refugio inmediatamente después de recibir la visita del delegado europeo; a decir verdad, todos comenzaban a extrañarse ya de su tardanza en escabullirse. No les fue difícil, pues, atar cabos; era indudable que la llegada de Ordóñez había actuado de catalizador. Conocido el agreste carácter del gobernador y dada la irritación con la que éste había recibido a su visitante, era totalmente lógico pensar que Amadou se apresuró a huir en previsión de nuevas e inoportunas visitas.

Lo que nadie sabía era que en esta ocasión Amadou se dirigía hacia un destino completamente distinto, pero no menos secreto que el de veces anteriores. Volando durante varias horas completamente solo, pilotando personalmente su turbocóptero particular y esquivando las sofisticadas redes de detección e intercepción que daban cobertura y protección a toda África, se internó en el corazón del vasto continente. Allí, en el seno de la virgen e inexplorada selva congoleña, se encontraba su destino, la base secreta de los rebeldes donde Ortega esperaba su llegada.

Era noche cerrada cuando, rondando en torno al lugar donde había sido citado, detectó el radiofaro conectado por los rebeldes para facilitar su aterrizaje. Su sorpresa no tuvo límites cuando vislumbró el destino de su largo viaje. Él esperaba encontrarse con una pista de aterrizaje semioculta en un claro de la espesa selva, pero lo que vio ante sí no fue sino un pequeño macizo montañoso, poco más que unas peladas colinas que, sobresaliendo de la oscura masa selvática a manera de una escarpada isla rodeada por un proceloso océano, semejaban ser ante sus ojos un mutilado muñón mudo testigo de una sangrienta batalla.

No cabía la menor duda sobre su destino. Unos potentes focos rasgaron la densa oscuridad de la noche africana mostrándole el lugar donde debería posarse, por lo que Amadou dirigió su pequeño aparato hasta situarlo sobre la vertical de la cima superior. Era ésta una pequeña meseta en cuyo centro, circundado por un rosario de luces verdosas, existía un espacio circular lo suficientemente grande como para aterrizar allí.

La invitación era clara, y Amadou no se hizo de rogar. Apenas se hubo posado suavemente sobre tan original pista de aterrizaje, ésta comenzó a descender hundiéndose junto con su cargamento en las entrañas del macizo. Fue incapaz Amadou de calcular, siquiera someramente, la profundidad de la sima por la que bajaba, pero debía de ser muy respetable a juzgar por el tiempo que duró el descenso.

Un leve choque le advirtió del final de la bajada, ya que la débil iluminación de la cabina apenas si bastaba para iluminar someramente el exterior del aparato. De repente, y modo de silenciosa explosión, una potente luz barrió la oscuridad reinante.

Una vez habituados a la nueva situación, sus ojos recorrieron ávidamente todo el ángulo de visión que le permitía el angosto parabrisas frontal. Se encontraba, según pudo observar, en una vasta caverna excavada en la roca. Unos potentes reflectores, invisibles desde el interior del aparato, iluminaban profusamente el interior de ésta. En el ángulo derecho, y parcialmente fuera de su campo de visión, se vislumbraba un número indeterminado de astronaves lenticulares semejantes a las utilizadas por los kaltumianos, si bien su tamaño era algo mayor que el de éstas. Casi enfrente suyo un túnel desembocaba en el extremo de la gran caverna, y por ese túnel avanzaba una comitiva de personas indistinguibles en la distancia.

Embargado por un ligero temor, Amadou descendió del aparato. Según pudo observar, la plataforma de aterrizaje se encontraba al mismo nivel que el suelo de cemento de la cueva. Eran ocho en total las astronaves allí presentes, y al otro lado pudo constatar por vez primera la existencia de unos quince turbocópteros cuidadosamente alineados.

Esbozando su sempiterna sonrisa, era Ortega quien encabezaba la marcha. El recibimiento fue breve, pero cordial. Se lamentó su anfitrión de la parquedad de la bienvenida, aduciendo la imperiosa necesidad de abandonar el planeta inmediatamente al amparo de la noche. Mientras tanto, su turbocóptero era apartado rápidamente siendo ocupado su lugar por uno de aquellos extraños discos.

-Adelante -invitó Ortega haciendo un ademán con la mano-. Nos están esperando.

Y asiendo del brazo al absorto gobernador le empujó suavemente en dirección a la abierta escotilla. No sin un poco de reparo franqueó Amadou el umbral, constatando que el interior de la nave constaba de una única y amplia estancia abarrotada de múltiples y complicados aparatos. Todo el frontal estaba ocupado por una amplia pantalla de televisión ahora desconectada, frente a la cual se extendían tres sillones destinados sin duda a la tripulación. Otros tres estaban colocados en una segunda fila, y en ellos se acomodaron Ortega y él mismo dejando paso a los pilotos que, entrando tras ellos, ocuparon rápidamente sus respectivos puestos.

El resto fue rápido, repitiéndose a la inversa el proceso anterior. Tras el largo ascenso la pálida luz de las estrellas bañó finalmente el plateado fuselaje; era ésta la única luz existente en el exterior excepción hecha del círculo luminoso que señalaba la pista, ahora bañada con una tenue tonalidad rojiza. Comenzaba el gran viaje.

La pequeña astronave esquivó fácilmente a las patrullas kaltumianas que orbitaban en torno a la Tierra, demostrando que todo lo dicho por Ortega acerca de la superioridad de la

tecnología balktur no había sido ninguna fanfarronada. Una vez rebasada la órbita lunar se abandonaron las precauciones iniciales, enfilando el rumbo hacia el exterior del Sistema Solar. Ortega, como siempre, se mostraba locuaz prestándose gustosamente a satisfacer la curiosidad del insaciable Amadou.

-Esta astronave... -preguntaba-. ¿La han construido ustedes?

-¡Oh, no! -se apresuró a responder su interlocutor- Por Dios bendito, nosotros somos tan sólo un pobre grupo clandestino, y nuestros medios materiales son harto limitados. Los balkturs no sólo reorganizaron y adiestraron a nuestros cuadros, sino que además nos proveyeron de todo el material que nos era preciso incluyendo naves espaciales. Ellos no pueden intervenir directamente en nuestra ayuda so pena de provocar un conflicto armado de magnitudes imprevisibles, pero nos apoyan incondicionalmente en todo lo que pueden. Ellos construyeron nuestra base, y de ellos son también estas magníficas naves.

-¿Son naves de guerra? -inquirió el gobernador.

-No exactamente. Están bien armadas y nos podrían sacar de un apuro, pero su misión principal es la de reconocimiento y transporte. Con ellas nos podemos pasear impunemente por todo el Sistema Solar por delante de las mismas narices de sus torpes cruceros; tardará mucho tiempo el Imperio en alcanzar el nivel tecnológico de los balkturs... Mucho -exclamó con aire profético.

-¿Pero tienen naves de guerra propiamente dichas?

-Bien, alguna tenemos. Pocas, es cierto, pero nos han bastado para dar algún disgusto a los estúpidos imperiales. Pero pronto tendremos una verdadera flota, y entonces el sistema será totalmente nuestro.

Al llegar a este punto la conversación derivó hacia un callejón sin salida. Ortega se comportaba con la exaltación propia de los revolucionarios convencidos, y a Amadou continuaban molestándole las continuas puyas a que eran sometidos sus antiguos protectores por mucho que procurara disimularlo. Irritado por la poca diplomática actitud de su interlocutor, buscó una excusa para zafarse de él sumiéndose por completo en el marasmo de sus propios pensamientos.

La astronave balktur utilizaba, al igual que las imperiales, ondas gravitacionales como energía motriz en sus desplazamientos, y esto significaba reducir a horas la duración de los viajes interplanetarios. Amadou había sido advertido de esta circunstancia, pero a pesar de ello fue sorprendido por el repentino aviso de la culminación del viaje.

-¿Dónde estamos? -acertó a balbucir.

-Bienvenido a nuestro Mar Caribe particular -saludó jocoso Ortega.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó intrigado Amadou. Sus ojos habían barrido ávidamente la pantalla frontal observando el estrellado paisaje de siempre, sin el menor cambio aparente.

-¡Oh, lo siento! -sonrió el rebelde- Olvidaba que éste es su primer viaje por el espacio. Nos encontramos en el plano de la eclíptica, en algún lugar situado entre las órbitas de Marte y Júpiter. Esas luces que usted ve no son sólo estrellas, sino también el inmenso piélago de los asteroides.

Ahora comprendía. Aun cuando no estuviera muy versado en astronomía, pudo comprobar la existencia de una superpoblación estelar que a modo de segunda y brillante Vía Láctea se superponía a las familiares constelaciones. Allí estaban los asteroides, astros de segunda fila que por millares tachonaban el firmamento.

-Disculpe mi anterior metáfora. -insistió Ortega- Pero no puedo evitar hacer comparaciones entre este racimo de desechos cósmicos y cualquier archipiélago terrestre.

-Y su base sería... la isla de la Tortuga, ¿No es así? -remachó Amadou con ironía.

-No es una mala comparación, aunque nosotros no nos consideramos piratas. Realmente nuestro asteroide tiene un nombre propio y un número asignado en un catálogo, pero nosotros lo conocemos simplemente por *la Base*.

-¿Y cuál es su nombre?

-Créame que lo ignoro, pero lo cierto es que aunque lo supiera no se lo podría decir, como tampoco estoy autorizado a comunicarle ningún dato acerca de su trayectoria orbital... No al menos hasta que usted se haya comprometido explícitamente con nuestra causa.

-Comprendo sus precauciones -rezongó Amadou, repentinamente herido en su orgullo-. En realidad yo sigo siendo para ustedes un enemigo, o al menos alguien que trabaja para él. Bien, no insistiré, aunque la pregunta la hice movido únicamente por la curiosidad y no por deseos de espiar. Eso sí, supongo que podrá decirme cual de entre todos esos puntos luminosos es... al fin y al cabo, nos dirigimos allí.

-Por supuesto que sí -respondió con alivio Ortega-. Pero no sé si ya se podrá ver... ¡Sí, mire, ahí está! -exclamó de pronto señalando con el índice uno de entre los miles de puntitos luminosos que tachonaban el firmamento reflejado en la gran pantalla-. Ésa es nuestra base.

-¿Están a salvo allí de las flotas imperiales? -Amadou había recobrado su estudiada indiferencia tras el inicial arranque de excitación.

-Oh, sí, ya lo creo. Somos los amos de casi todo el cinturón a excepción de los asteroides mayores y de aquéllos en los que los imperiales tienen explotaciones mineras... No más de un cinco por ciento del total, mientras que por el resto de los asteroides nos podemos pasear a nuestro antojo. Nuestros poderosos enemigos -y dijo esto sin un ápice de sarcasmo- no osan internarse por este laberinto fuera de las rutas protegidas por su flota... Y hacen bien. Una vez lo intentaron pretendiendo darnos un escarmiento; nosotros habíamos atacado y destruido un convoy cargado de titanio y de cromo. Fue un acto audaz y esto les enfureció; enviaron tras nosotros a una flota completa, lo cual demostraba que se lo habían tomado muy en serio. Como es natural nos apresuramos a internarnos en nuestro refugio; ellos estaban muy irritados y nos persiguieron.

-¿Y qué ocurrió?

-Fue algo extraordinario. En espacio abierto no hubiéramos durado ni cinco minutos, pero aquí era bien distinto. Fue un auténtico tiro al blanco; bastaron un puñado de naves y, eso sí, mucha audacia, para barrer del mapa a toda su poderosa escuadra. De las cien naves iniciales veintidós fueron destruidas y al menos treinta quedaron seriamente dañadas... un verdadero descalabro, tanto más moral que material. Desde entonces se muestran mucho más circunspectos, limitándose a mantenernos a raya impidiendo que nos acerquemos demasiado a sus líneas de comunicación. Por otro lado -rió-, es todo cuanto pueden hacer.

»Además -continuó-, podrían pasar justo por delante de nuestra base sin advertir nuestra presencia. Observe.

A una indicación suya el piloto conectó una pequeña pantalla lateral que hasta entonces había permanecido apagada. En ella se reflejó nítidamente, en ampliación telescópica, un pequeño astro. Lejos de la peculiar forma esférica característica de los planetas mayores, el asteroide mostraba una extraña semejanza con un guijarro: Alargado e irregular, mostraba una abrupta y descarnada orografía acribillada por infinidad de cráteres de todos los tamaños. No había en la imagen nada que pudiera servir como referencia para estimar, siquiera someramente, las dimensiones del planetoide, pero no debería de bajar de dos o tres kilómetros la longitud del eje mayor a juzgar por el tamaño que solían tener los astros afines.

-¿Ésta es su base? -preguntó incrédulo.

-¡Ajá! ¿Qué le parece? -respondió ufano el rebelde.

-No veo ningún tipo de instalaciones en la superficie. ¿Acaso se encuentran hacia el otro lado?

-¡Oh, no! El otro hemisferio está tan pelado como éste. No hay ninguna instalación en el exterior del asteroide.

-¿Dónde está entonces la base? -el asombro de Amadou era evidente.

-¿Dónde va a ser, sino dentro? -respondió Ortega como si de la cosa más natural del mundo se tratase.

-¿Quiere decir que es una base subterránea?

-No exactamente -Ortega luchaba por reprimir su mal disimulado orgullo-. Sería más exacto decir que el asteroide entero es la base; está completamente hueco. ¿Comprende?

-Entonces, ¿eso que está ahí es una simple cáscara? -preguntó perplejo a su confundido interlocutor.

-La verdad es que nos mostramos muy orgullosos de nuestro trabajo; fue un poco difícil, pero conseguimos vaciar por completo este pedrusco. Solemos decir que hasta Keops hubiera desistido de haberle sido encargada la tarea de construir la base... lo cierto es que fue una labor faraónica -rió.

-¿Y fue necesario tal despliegue? ¿No hubiera sido mucho más fácil hacerlo en la superficie?

-Más fácil no quiere decir más seguro. Tenga en cuenta que nosotros somos unos proscritos; nada desearían más los imperiales que conocer el emplazamiento de nuestro refugio, ya que entonces lo arrasarían de inmediato. Era imprescindible mantener el secreto, ¿y qué mejor manera que ésta? Era una labor difícil pero era la que más garantías de seguridad nos proporcionaba ya que no podíamos permitirnos el lujo de correr el menor riesgo. Y por supuesto contábamos con el auxilio de la tecnología balktur, ya que de no ser así nos hubiera resultado imposible hacerlo.

Hizo una pausa y añadió:

-Por otro lado, ésta era la solución idónea. No sólo obteníamos un camuflaje perfecto, sino que además conseguiríamos una base del tamaño de una estación orbital de regular tamaño; nuestro asteroide mide cerca de tres kilómetros de largo, no lo olvide.

-Pero la gravedad exterior...

-Comprendo lo que usted quiere decir. -interrumpió Ortega- Tenemos una red de generadores gravitacionales distribuida por toda la superficie del asteroide, por lo que la gravedad exterior es perfectamente similar a la que existía originalmente; las medidas gravimétricas, aun a corta distancia, no descubrirían nada anormal. Y en cuanto al interior, hemos adaptado la gravedad artificial a nuestras necesidades. Pero observe; estamos llegando.

Maquinalmente, Amadou desvió la mirada en dirección a la gran pantalla frontal; en ella aparecía, esta vez sin ampliación telescópica, un primer plano del cercano asteroide. Aun a simple vista se apreciaba el veloz acercamiento de la gris y accidentada superficie que ahora llenaba la totalidad del campo visual, iluminando con su mortecina luz la espaciosa cabina.

Fue entonces cuando un cráter que hasta el momento había pasado desapercibido comenzó a llamar su atención; centrado en la pantalla aumentaba desmesuradamente de tamaño semejando ser una dormida boca repentinamente abierta para engullir a su confiada presa. Vio nítidamente el perfil accidentado de sus bordes proyectando una densa, casi sólida sombra, tras de sí en espectacular contraste con la cenicienta luminosidad circundante. Percibió una sombra, más negra aún si cabe que las anteriores, agazapada en el seno de la gran cicatriz que parecía aumentar de tamaño mucho más rápidamente que su contorno. ¡Cielo santo, era eso! Rápidamente comprendió Amadou que se trataba de una esclusa que, abriéndose como un diafragma, permitiría a la nave el acceso al interior hueco. No se equivocaba; instantes después atravesaban el interior de un oscuro y al parecer interminable túnel hundiéndose en las entrañas del asteroide.

A partir de aquel momento todo había transcurrido como en un sueño. Recordaba Amadou, con la nebulosidad propia de las ideas que no acaban de ser asimiladas, la febril actividad de la inmensa y casi irreal base. Recordaba asimismo la entrevista mantenida con el máximo responsable de aquel islote sideral. Había tomado contacto con los delegados balkturs, había observado con admiración las poderosas astronaves de la flota rebelde. Todo parecía indicar que Ortega había sido veraz en sus afirmaciones, pero aun a pesar de tan abrumadoras pruebas Amadou se resistía con todas sus fuerzas a rendirse a la evidencia; abrigaba todavía la esperanza, fugaz esperanza, de que todo fuera una patraña, una falaz mentira urdida por un puñado de dementes.

Por desgracia para él, los últimos rescoldos de su hasta entonces inquebrantable fe se extinguieron definitivamente cuando fue invitado por Ortega a visitar distintos lugares del Sistema Solar. Accedió al fin, temeroso de dar la razón a los rebeldes en el caso de negarse; anidaba en su pecho la terrible duda de haber estado equivocado. Deseaba, y al mismo tiempo temía, enfrentarse con los hechos. No resultaba fácil hacerlo, pero Amadou se consideraba una persona de principios y no podía por tanto cometer la cobardía de encerrarse en sí mismo rehuyendo a la realidad. Dio pues el gran, el definitivo paso.

Utilizaron para el viaje tres astronaves similares a la que le trajera desde la Tierra, ya que tan escurridizas navecillas podían infiltrarse casi impunemente entre las filas imperiales. Vio Amadou cómo millones y millones de toneladas de preciados minerales eran arrancadas del subsuelo en yermos astros. Observó las inmensas bases militares, destinadas en apariencia a repeler los ataques de un hipotético enemigo exterior que quizá jamás se presentara. Y contempló con sus propios ojos la sanguinaria brutalidad de sus

antiguos amos, argumento éste que se había negado categóricamente a admitir hasta entonces.

Fue en las proximidades de Umbriel, segundo satélite de Urano, donde toparon inesperadamente con una patrulla kaltumiana: Sin que mediara el menor aviso se vieron envueltos en una vorágine de destrucción de la que a duras penas lograron escapar, dejando tras de sí los dispersos restos de una de sus compañeras. Sería este hecho el que lograra el milagro; el nuevo Amadou que retornó al asteroide sin nombre había trocado su admiración por odio, tanto más intenso cuanto mayor había sido su anterior aceptación. Había sido necesaria la inmolación de unos mártires terrestres, héroes ya y no dementes, para hacerle surgir de su letargo. A partir de entonces permanecería bien despierto.

El retorno de Maurice Amadou a Neápolis fue tan inesperado como había resultado su partida, por lo que nadie se extrañó demasiado de ello. Poco más tarde, una vez terminado su permiso, se incorporaba de nuevo a sus obligaciones; la rutina se imponía de nuevo, todo seguía igual que antes... Al menos en apariencia.

La realidad era otra muy distinta. Dada su encumbrada posición en la estructura de la administración terrestre, Amadou era ahora un importantísimo e irreemplazable peón en las filas de los rebeldes. Una vez llegado el momento sería la cuña que paralizaría desde dentro el preciso engranaje impuesto por los invasores. Fueron años de labor sorda y callada, pero tremendamente eficaz. Lenta, pero tenazmente, los rebeldes fueron envolviendo al planeta en la sutil pero resistente red que les permitiría librarse de sus dominadores.

Por fin llegó el tan ansiado momento en el que el hasta entonces sumiso planeta inició la rebelión contra sus amos. Todo obedecía a un plan minuciosamente establecido y nada se había dejado al azar, comenzando de una manera aparentemente fútil en forma de protesta generalizada de ciertos sectores universitarios contra el veto impuesto a los terrestres para estudiar fuera de su planeta. La protesta fue un éxito, y en pocos días las principales universidades veían paralizadas sus actividades docentes de una manera prácticamente total.

No era una situación conflictiva, pero sí insólita. Los distintos rectores, personas competentes pero totalmente carentes de iniciativa propia, se hallaron frente a un callejón sin salida. Incapaces de solucionar por sí mismos el repentino conflicto en el que se veían atrapados, optaron por pedir ayuda a sus superiores kaltumianos a los que tanto debían. Éstos trataron de conseguir la vuelta a la normalidad actuando únicamente de mediadores, evitando en todo momento cualquier acción que pudiera perjudicar en mayor o menor grado su paternalista protectorado.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, los kaltumianos no lograron dominar la situación; muy al contrario, la incipiente rebelión comenzó a extenderse como una mancha de aceite. Los descontentos de todo tipo, hábilmente silenciados hasta entonces, comenzaron a aflorar

con un ímpetu irreprimible; Ortega estaba una vez más en lo cierto. Grandes masas de población se lanzaron a la calle sin un motivo definido, simplemente impulsados por la intangible sensación de malestar que reinaba en todos los ambientes. Poco más tarde la vida entera del planeta se veía paralizada por completo.

Era inevitable que tarde o temprano ocurriera un primer incidente; la masa libera los instintos atávicos que normalmente son reprimidos en el individuo aislado, el cual acaba perdiendo el delgado barniz que llamamos civilización siendo arrastrado por la muchedumbre de la que ahora forma parte. Ésta era la espoleta que haría explotar la bomba; los disturbios se agravaron cada vez más poniendo en franco peligro la estabilidad del orden público. Siguiendo con su programa establecido los kaltumianos se abstuvieron de intervenir, siendo la policía terrestre la encargada de reprimir todos los brotes de violencia; pero a pesar de sus esfuerzos pronto se vieron desbordados por la creciente marea que arrollaba al planeta. Los durante décadas dormidos instintos despertaban de nuevo con furia incontenible, desencadenando una espiral de violencia de imprevisibles consecuencias.

Finalmente los soldados imperiales acabaron perdiendo la paciencia, lo que suponía un paso más en el elaborado plan de los rebeldes. Asustados por el cariz que repentinamente tomaban los acontecimientos, irritados por verse reducidos al papel de meros espectadores, llegó un día en el que los kaltumianos decidieron dejar de seguir fingiendo; y actuaron. Una vez libres de las ataduras iniciales nada los detuvo; eran profesionales de la guerra y como tales se comportaron, aplicando a conciencia los postulados del más odioso de los oficios.

La represión fue brutal y desmesurada. Una tras otra fueron bombardeadas sin piedad las principales ciudades. Comarcas enteras quedaron salvajemente devastadas. Millones de personas indefensas fueron fríamente aniquiladas. La Muerte extendía su negro manto sobre la totalidad del planeta en algo que muchos tomaron como el principio del fin. Los kaltumianos estaban ebrios de sangre y no cejarían en su macabro empeño hasta ver satisfechos sus criminales instintos.

Tan incalificable conducta no podía sino provocar la rebelión total y absoluta del hasta entonces pacífico planeta. La humanidad entera, como un solo hombre, se arrojó a los brazos del Frente de Liberación, que rápidamente asumió la tarea de encabezar y alentar la lucha contra el cruel opresor.

Y no acababa aquí su febril actividad. Coincidiendo con la revuelta generalizada una flota sideral abandonaba su refugio de los asteroides dirigiéndose a la Tierra; eran naves balkturs, pero iban tripuladas por terrestres. En las proximidades de la Luna toparon con una escuadra imperial salida para interceptarlas, y lejos de rehuirla plantaron batalla. Eran inferiores en número y mucho más inexpertos que su potente enemigo, pero luchaban por un ideal. Tenían fe en la victoria, e increíblemente vencieron.

Aquel insospechado triunfo fue hábilmente explotado por la propaganda del Frente. El ídolo tenía los pies de barro, el Imperio no era invencible; pero la guerra no estaba aún ganada. Los diezmados restos de la heroica escuadra terrestre se vieron obligados a retirarse a su refugio del cinturón de asteroides ante la inminente aparición de una nueva flota imperial llegada desde Júpiter. Recobrados de su momentánea sorpresa los kaltumianos se lanzaron como halcones sobre su indefensa presa; ahora tenían muertos que vengar, y esto les hacía aún más peligrosos.

Pero los terrestres no estaban dispuestos a dejarse someter de nuevo. Dispersos en su mayor parte por toda la inmensidad del globo, no cejaban en su perseverante empeño de hostigar al enemigo por todos los medios a su alcance. Una avispa es incapaz de matar a un buey, pero sí está a su alcance irritarlo hasta la desesperación; esa era su táctica. Los kaltumianos ejercían un control absoluto sobre las principales ciudades que no habían sido arrasadas por ellos mismos, pero éstas se encontraban ahora completamente vacías. Su paz era la del cementerio, imperando sobre los súbditos más silenciosos del mundo: los muertos. Era una guerra de nervios, y en ella los orgullosos soldados imperiales llevaban las de perder.

La actividad del Frente no se limitaba tan sólo a la lucha armada. Una delegación de sus principales mandatarios se había desplazado hasta la capital de la Federación Balktur, desde donde había sido conducida por sus anfitriones hasta la misma sede de la Sociedad Galáctica, una especie de gran foro estelar con muchas similitudes y la totalidad de los defectos de su homóloga, la ya extinta ONU terrestre. Y allí, teniendo por interlocutores a los representantes de la totalidad de los estados de la Vía Láctea, hizo oír su voz por vez primera el planeta Tierra. Fue un bello y elaborado discurso acusando de genocidio al Imperio de Kaltum y recabando la ayuda de los gobiernos allí representados para cortar de raíz tan injusta y desigual agresión. La Tierra reclamaba su derecho a vivir en paz.

Acto seguido comenzó la discusión del tema, uno de tantos en la agitada vida política del alto organismo. La verdad era que poco importaba a tan encumbrados personajes la suerte que pudiera correr un mísero planeta semibárbaro situado en el mismo extremo de la llamada *Zona de la Cultura*; por sí solo este hecho hubiera pasado completamente desapercibido. Pero era algo más, era una confrontación directa o casi directa entre los dos grandes colosos galácticos, la Federación y el Imperio, respaldados ambos por los incondicionales estados satélites que conformaban cada uno de sus respectivos bloques políticos.

La postura del Imperio estaba clara: La Tierra era de su propiedad y nadie tenía el menor derecho de inmiscuirse en sus asuntos internos. Eso terrestres eran unos *animalitos* a los que había que cuidar y alimentar ya que eran incapaces de valerse por sí mismos. Como es de suponer la Federación había adoptado la postura diametralmente opuesta; convertida

de la noche a la mañana en paladín de la libertad, abogaba con un tesón digno de un profeta bíblico en pro de la independencia total de sus protegidos.

Hablando en términos deportivos, se había producido un empate. Dada la peculiar estructura del organismo internacional ambos bloques estaban provistos de similar potencial diplomático, viéndose por lo tanto completamente imposibilitados de sacar adelante por sí mismos cualquier moción que sus contrincantes neutralizaran, y ninguno de los dos pensaba retroceder un ápice en sus encontradas posiciones. El estancamiento parecía, pues, inevitable, y así hubiera ocurrido como tantas otras veces de no mediar la iniciativa de una tercera coalición de reciente creación llamada despectivamente el *Grupo de los Pequeños* a causa de su escaso peso específico en la Gran Asamblea Galáctica. Este conglomerado de estados dispares, cuyo único nexo de unión estaba constituido por el escaso potencial económico y político de sus miembros, así como su odio indiscriminado equitativamente repartido entre ambos grandes, nada podía hacer por sí solo en el seno de la comunidad estelar. Las circunstancias les habían colocado ahora en una privilegiada situación de árbitros a la que no pensaban en modo alguno renunciar. No podían competir con ninguna de las dos superpotencias, pero resultaban imprescindibles para desviar en uno u otro sentido el fiel de la balanza.

Tragándose su orgullo Federación e Imperio trataron de atraer hacia su causa a la díscola coalición. Ésta, consciente de su importancia, nadaba y guardaba la ropa. Fueron momentos de incertidumbre, principalmente para los terrestres allí presentes que se sentían impotentes mientras su planeta era sistemáticamente devastado. Por fin se decidieron los representantes del *Grupo de los Pequeños*, incapaces de soportar por más tiempo la agobiante presión a la que se veían sometidos por ambos flancos: e inexplicablemente, y por primera vez en los anales de la Sociedad Galáctica, imperó la cordura. Con el decisivo apoyo del pequeño tercer bloque, la Federación Balktur consiguió ver aprobada su propuesta con la lógica oposición del Imperio y de sus acólitos.

Fue redactado un bonito documento, en las seis lenguas oficiales de la galaxia, condenando la intervención del Imperio en el planeta Tierra. Se reconocía el derecho a la autodeterminación de los terrestres instando a la potencia colonizadora a retirar la totalidad de sus tropas acantonadas en el Sistema Solar, concediéndole la independencia total en el más breve plazo posible. Para terminar, y sin abandonar en ningún momento el lenguaje ampuloso característico de este organismo, se hacía un enésimo llamamiento a la concordia galáctica... Puro trámite, se entiende.

Como es lógico suponer, la Gran Asamblea Galáctica no tenía el menor poder decisorio. El Imperio podía perfectamente negarse a cumplir lo ordenado, cosa ésta que era la que solía suceder normalmente sin que llegara a modificar substancialmente el difícil equilibrio de fuerzas existente en la galaxia. Por ello fue necesario un pequeño gesto por parte de la Federación para *convencer* a su reticente vecino de que era preferible que

aceptara la resolución: Unas oportunas maniobras militares en las proximidades de la frontera común obraron el milagro. La Federación pujaba fuerte, y el Imperio optó por retirarse malhumorado; la Tierra no valía una guerra. David había vencido a Goliath.

* * *

Ha pasado el tiempo. En el Museo Mundial de la reconstruida ciudad de Nueva York, capital del planeta Tierra, se guarda celosamente como un preciado tesoro el Acta de Independencia. Abandonados a su suerte por la antigua metrópoli, sólo había sido posible reconstruir el maltratado planeta gracias a la generosa ayuda de la Federación Balktur.

Hoy ya están cerradas las otrora sangrientas cicatrices, y el planeta rebosa prosperidad gracias a las jugosas exportaciones de minerales procedentes de los inagotables yacimientos existentes en el Sistema Solar, cuya explotación está en manos de una sociedad mixta constituida por partes iguales con capitales terrestre y balktur. Puesto que la Tierra carece por ahora de industria pesada capaz de manufacturar sus inmensas riquezas, se encarga de ello la Federación. Quizá en un futuro...

Retirado el veto de sus anteriores colonizadores, la Tierra es hoy miembro de pleno derecho de la Sociedad Galáctica. Maurice Amadou, nombrado embajador plenipotenciario frente a tan alto organismo por parte del gobierno terrestre, es asimismo el portavoz del *Grupo de los Pequeños*, bloque en el que está integrado el planeta a pesar de los frustrados intentos de la Federación por arrastrarlo hasta su zona de influencia. Desde la llegada de Amadou el *Grupo* se muestra infinitamente más activo, luchando incansablemente por erradicar del seno de la galaxia cualquier tipo de colonialismo existente. Y amenazan con conseguirlo... si les dejan, claro.

LA LOTERÍA DE LA VIDA

-Así que le agrada nuestro planeta, estimado Ras Tolf.

-En efecto, señor Pelayo -respondió el rollizo humanoide rebulléndose en la para él estrecha butaca-. Puede creerme cuando le aseguro que la Tierra me ha entusiasmado. He recorrido todo el cosmos y he visitado multitud de planetas, pero sólo en la vieja Tierra he encontrado un encanto especial, algo que no alcanzo a definir pero que no obstante me ha satisfecho plenamente.

-Bien, me alegro que así sea -comentó sonriente el anfitrión-; al fin y al cabo, para un planeta que vive del comercio es imprescindible presentar una buena imagen pública. Lamentablemente, la Tierra no es ahora sino una sombra de lo que fue.

-Supongo que se referirá al patrimonio artístico perdido en la *Gran Hecatombe*. ¿No es así? -le interrumpió el comerciante galáctico visiblemente inquieto-. Porque no creo que ningún terrestre en su sano juicio sea capaz de añorar aquella lamentable época.

-Pagamos un alto precio por nuestro error, y no deseamos en modo alguno que algún día pueda volverse a repetir -respondió con voz crispada el terrestre-. Los horrores de la *Gran Hecatombe* son un estigma que acompañará para siempre a nuestra raza; éste es nuestro castigo, la pesada herencia que recibimos de nuestros padres, y sólo nosotros hemos de cargar con ella puesto que nuestra especie fue la única responsable.

-Discúlpeme si he herido sus sentimientos; puede estar seguro de que no era esa mi intención. -intervino el atribulado Ras Tolf al tiempo que agitaba nerviosamente la copa de licor que sostenía en su extraña mano; su distinto metabolismo no había sido óbice para que se mostrara como un entusiasta admirador de las bebidas terrestres.

-¡Oh, no! No tiene usted por qué disculparse. Ya estamos acostumbrados. Además, se trata de algo que ya está completamente superado.

-En efecto -respondió de nuevo el huésped en un claro intento de recuperar el terreno perdido-. Verdaderamente es admirable el tesón con el que su raza se ha abierto camino en la galaxia, sobre todo si tenemos en cuenta que tuvieron que partir de cero.

-Ni aun eso -puntualizó Pelayo-. No están lejanos los tiempos en los que los galácticos se apartaban de nosotros como si estuviéramos apestados.

-Bien, mis antepasados tenían sus motivos... ustedes habían sojuzgado a media galaxia imponiendo su ley a sangre y fuego. Era algo que jamás había pasado en toda la historia conocida, y fue necesario adoptar unas medidas sumamente desagradables para que la paz y el orden volvieran a reinar en todo el orbe conocido.

-Sí, esa fue la *Gran Hecatombe*, que aniquiló al ochenta por ciento de la población terrestre y extirpó de raíz su amenaza... pero los prejuicios de sus congéneres son ahora totalmente injustificados. Existe en la Tierra un movimiento pacifista fuertemente arraigado, y puedo asegurarle que ningún terrestre podría ahora estar de acuerdo con nuestro antiguo imperialismo; es algo que ha quedado arraigado en nuestra cultura a lo largo de varias generaciones.

-De todas maneras, estará usted de acuerdo conmigo en que la raza humana presenta singularidades que son inexistentes en el resto de las especies inteligentes que habitan en el cosmos -comentó Ras Tolf, maniobrando hábilmente hacia temas menos espinosos-. ¡Oh, por supuesto que con esto no quiero decir que estos matices sean necesariamente negativos!

-Amigo Ras, la especie humana es un caso único en el universo, y como tal hay que estudiarla. Nosotros los hombres somos capaces de las mayores proezas, pero también podemos alentar insospechadas aberraciones. Somos a la vez santos y diablos, monjes y guerreros, filántropos y asesinos. Tan sólo conociendo y comprendiendo esta paradójica dualidad podrá un extraterrestre llegar a entendernos.

-Sí, desde luego son ustedes algo insólito -reconoció el humanoide aceptando el cigarrillo que su interlocutor le ofrecía-. Existen millares de civilizaciones poblando todo el universo conocido, todas diferentes entre sí; pero tan sólo una de ellas, la suya, ha mostrado poseer ese salvaje instinto que le condujo a la *Gran Hecatombe*.

-Nosotros lo llamamos violencia -aclaró Pelayo al tiempo que encendía los dos cigarrillos-. Y lo que no es sino un fenómeno extraño y repugnante para la inmensa mayoría de las civilizaciones, algo a lo que recurrieron en una única ocasión impelidos por un pánico sin igual en toda su historia, resulta ser una constante en la historia de mi planeta, algo consustancial a la especie humana. Y por paradójico que resulte, los mayores avances tecnológicos de nuestra civilización han sido inducidos por circunstancias violentas como las guerras o las revoluciones.

-Pero esa violencia ha desaparecido; usted mismo lo ha dicho hace tan sólo un momento.

-Mejor sería decir que se ha sublimado. Nuestra especie es agresiva, y esto es algo que jamás podremos evitar. Lo que sí resultaba factible, y así lo entendieron los dirigentes que se hicieron con el poder después de la *Gran Hecatombe*, era encauzar

esta agresividad hacia una manifestación positiva de este instinto; y afortunadamente lo consiguieron.

-¿Se refiere a la actividad comercial?

-En efecto. ¿Comprende ahora el éxito que hemos tenido como comerciantes? ¿Entiende por qué nos hemos hecho con el control económico de toda la galaxia? Yugulado nuestro estímulo, lo que había sido hasta entonces el motor de nuestra sociedad, necesitábamos otro que lo sustituyera. Y lo conseguimos con el comercio, para el que estábamos particularmente dotados puesto que un buen vendedor siempre precisará de cierta dosis de agresividad, por muy inofensiva que ésta sea. Sencillamente no teníamos rival; como afirma un viejo refrán de mi planeta, matamos dos pájaros de un tiro.

-Lo que bien mirado no deja de ser otra reminiscencia de su pasado violento -sonrió Ras Tolf-. Pero esto es ya agua pasada. ¿No es éste otro refrán terrestre? Ustedes han sido plenamente admitidos en la comunidad galáctica y, prescindiendo de algunos rescoldos de incomprensión totalmente irrelevantes, los antiguos temores han pasado a mejor vida. Ahora forman ustedes una sociedad estable y desprovista de violencia por completo.

-No fue fácil; tuvimos que luchar contra una herencia ancestral sumamente pesada. Lo más duro no fue modificar nuestro comportamiento con otras civilizaciones, sino construir un nuevo esquema de sociedad. Teníamos que canalizar también nuestra agresividad interracial, que no era menos peligrosa que la anterior; nos iba en ello nuestra identidad como pueblo.

-¿Cómo lo lograron?

-De forma similar al caso anterior, encauzando la violencia innata de todos aquéllos que no podían descargarla comerciando con el exterior, que eran la inmensa mayoría de los pobladores del planeta. Ya que no podíamos suprimirla y ni tan siquiera sustituirla, optamos por institucionalizarla, por ritualizarla. Controlada de esta manera la violencia social dejó de ser peligrosa; observe el resultado.

Una vez dichas estas palabras, Pelayo se incorporó de su asiento conectando el televisor que se hallaba situado frente a su huésped. Al tiempo que la inicial sinfonía de colores se descomponía en las nítidas figuras de una retransmisión al aire libre, el terrestre continuó dando explicaciones a su interlocutor.

-En toda sociedad -explicó a su huésped-, hasta en la más perfecta, existen siempre algunos inadaptados, algunos parásitos que para nada sirven excepto para perturbar la compleja marcha de los engranajes sociales. En la Tierra estos indeseables habían sido desde siempre confinados en cárceles, hospitales o manicomios en un intento de

neutralizar sus efectos perturbadores. Algunos, más hábiles, consiguieron escapar al filtro impuesto por la sociedad, llegando en ocasiones a escalar hasta los puestos más elevados del poder con resultados nefastos para sus eventuales súbditos y para sus inocentes vecinos.

-Pero esto... ¡Es una ejecución pública! -exclamó horrorizado el extraterrestre, incapaz de apartar la vista de la sangrienta escena que se desarrollaba ante sus ojos-. ¡Es aberrante!

-Tiene usted razón; pero por desgracia ésta es la única válvula de escape que impide a nuestra sociedad desmoronarse víctima de sus propias tensiones internas -respondió Pelayo con pesadumbre-. El hombre es morboso por naturaleza, se trata de otra de las consecuencias de su agresividad innata. ¿Por qué no aprovecharlo? ¿No es mejor el sacrificio ritual de un pequeño número de personas que el peligro de una guerra generalizada, de una nueva hecatombe?

»En un principio se pensó en utilizar para estos fines a los delincuentes, a los inadaptados sociales, a todos aquellos individuos potencialmente perturbadores que así podrían ser útiles para la sociedad; pero este método no dio resultado, ya que pronto descubrimos que estos inadaptados eran en realidad tan normales como cualquier otro miembro de nuestra sociedad, siendo su único pecado que simplemente habían tenido peor suerte... aunque también se podría pensar que, de una u otra manera, todos los demás eran tan anormales como ellos. En realidad cualquier humano es un psicópata en potencia, basta con presionarle en el lugar adecuado para que reaccione comportándose como tal. Por esta razón, nuestros sociólogos concluyeron que la totalidad de las personas podrían ser catalogadas como inadaptadas, o asociales, dependiendo únicamente de sutiles criterios de comparación. No era justo, pues, que tan sólo unos pocos entraran en el juego.

»Se estableció entonces un sistema de sorteo en el que habrían de participar absolutamente todos los ciudadanos terrestres, desde el propio presidente hasta el más insignificante de los mendigos. Todo aquél que fuera designado por el azar se vería obligado a actuar como víctima en el ritual de la muerte, espectáculo que retransmitido a todo el planeta consigue aplacar la sed de sangre que nos ahoga.

-¡Pero esto es monstruoso! -exclamó el extraterrestre al borde mismo de la histeria-. Ustedes, unos seres civilizados, ¿cómo pueden hacer esto?

-Amigo mío, existió una vez en este planeta una gran civilización que comprendió perfectamente este problema. Los antiguos emperadores romanos sabían que tenían que mantener saciado material y socialmente a su pueblo, y lo consiguieron a base de pan y circo. La alimentación no es hoy en día ningún problema, y en lo que respecta a lo segundo nos hemos limitado a sustituir a los antiguos gladiadores profesionales por

personajes anónimos, por seres que pudieran ser nuestros vecinos o nuestros amigos, que podríamos ser nosotros mismos, puestos allí por el veleidoso azar con independencia de la valía personal. El riesgo de ser elegido es lo suficientemente pequeño como para que no desaparezca al estímulo que siempre supone el peligro, y la totalidad del planeta lo acepta como una muerte más, tan natural como las producidas por una enfermedad o un accidente. Puesto que los participantes son reconocidos como héroes y el estado compensa económicamente a sus herederos, se considera un honor entregar la vida por un fin tan noble como es el de beneficiar a toda la sociedad.

-¡No puede ser! -objetó el visitante-. En cualquier otro planeta eso conduciría a una violencia indiscriminada, a una espiral de caos y de destrucción...

-No es éste el caso -respondió con afabilidad su anfitrión-; ya le advertí que los humanos éramos bastante singulares al respecto. Además, cualquier otra manifestación de violencia está severamente prohibida, por lo que la agresividad latente de nuestra sociedad está así lo suficientemente controlada como para que no represente el menor peligro.

-Ustedes los terrestres siempre serán diferentes -acertó a exclamar el visitante estelar antes de escabullirse rápidamente hacia el cuarto de baño. Mientras tanto, el sangriento espectáculo continuaba su curso.

EL HOMBRE QUE QUISO COMPRAR UN PLANETA

-¿Y me garantiza usted que es un planeta virgen?

-Totalmente. -respondió el rigeliano al tiempo que invaginaba la trompa en un gesto que para su especie expresaba indiferencia- Nuestras ofertas gozan de garantía total durante tres generaciones; tenga en cuenta que nos hemos ganado el prestigio gracias a la seriedad de nuestro trabajo.

-Supongo que tendré que creerle. -suspiró el terrestre encogiéndose de hombros- Naturalmente, desearíamos visitar el planeta antes de formalizar el contrato.

-Por supuesto; jamás intentaríamos forzarlos a cerrar un trato sin que ustedes quedaran total y absolutamente satisfechos. Somos profesionales, y como tal nos hemos comportado siempre desde que se fundó la compañía hará aproximadamente unos... tres mil años terrestres. -concluyó el extraterrestre tras efectuar un rápido cálculo mental.

-Tres mil años... -se admiró el representante del gobierno federal terrestre- Por aquel entonces nosotros aún guerreábamos con arcos y flechas.

-¿Y por eso se extraña? -le interrumpió, divertido, su interlocutor- Su civilización es una de las más recientes de la galaxia. Hay culturas que cuentan con centenares de miles de años de antigüedad; años terrestres, por supuesto.

-Sí. Esa ha sido nuestra desgracia. -suspiró el terrestre.

-Nadie puede ser culpado por ello; las leyes de la evolución son sumamente caprichosas. Su actual nivel de civilización es sólo eso: una casualidad debida a que su origen como especie inteligente es todavía muy reciente.

-Sea lo que sea, lo cierto es que llegamos tarde al reparto del pastel; muy tarde.

-Tiene razón. Las leyes galácticas son tremendamente estrictas en lo que respecta a la colonización de planetas ya habitados, pero permiten que el primer descubridor de un astro virgen, considerando como tales a aquéllos que carezcan de vida inteligente, pueda tomar legalmente posesión de él.

-Eso sería hace mucho tiempo; ahora no hay ya ninguno disponible.

-Por desgracia, eso es cierto. Gran parte de los planetas habitables de la galaxia han desarrollado por si mismos su propia vida inteligente autóctona, y aun cuando no hayan desarrollado sino un nivel tecnológico mínimo son de hecho un coto cerrado en el que nadie puede intervenir de ningún modo; naturalmente hubo también planetas colonizables,

pero éstos fueron ocupados hace ya mucho tiempo por culturas más antiguas que les tomaron la delantera.

-Y mientras tanto, mis compatriotas se hacinan literalmente unos encima de otros, sin que haya sitio en la Tierra para que puedan vivir con un mínimo de dignidad.

-Este es un problema común a la mayoría de las culturas jóvenes que se encuentran actualmente en plena fase de expansión y a duras penas consiguen controlar el crecimiento de su población. Por este motivo nació nuestra compañía; somos un grupo de expertos que nos dedicamos a explorar la galaxia en busca de planetas susceptibles de ser colonizados. Puesto que no representamos a ningún gobierno, podemos vender los derechos de propiedad al mejor postor.

-Luego todavía quedan planetas vírgenes...

-Por supuesto; si no fuese así, nuestra compañía habría dejado hace mucho de existir. No obstante la galaxia está superpoblada y no es infinita; los planetas escasean y los pocos que se descubren se encuentran en el borde del disco galáctico, muy apartados de los grandes centros de población. Su calidad, sin embargo, no tiene por qué envidiar a la de cualquier otro astro habitado de la Vía Láctea.

-Pero resulta un tanto extraño comprar un planeta...

-¿Por qué? Ustedes los terrestres todavía se encuentran imbuidos por sus prejuicios provincianos. En la galaxia hay millones de sistemas planetarios, y no es extraño que una civilización se extienda sobre varios centenares de ellos. Un planeta aislado es algo intrascendente, y aún lo sería más de disponerse de un mayor número de sistemas vírgenes. Eso hace que ninguna nación esté dispuesta a desprenderse de los que posee, por lo que somos nosotros los únicos que estamos en disposición de vender nuestros descubrimientos.

-A un precio bien elevado, por cierto.

-No somos nosotros quienes imponemos las tarifas, sino las leyes de la oferta y la demanda. No obstante la propiedad no se limita al planeta sino a la totalidad del sistema; podemos garantizarles que gracias a la explotación minera del mismo en poco tiempo podrán amortizar con creces la inversión. Y esto, claro está, sin contar con el beneficio que les supondrá aliviar la presión demográfica de su atestado planeta.

-Comprendo sus argumentos. -respondió con desagrado el terrestre- Pero en mi planeta no podemos comprender cómo puede bastar con que alguien descubra un planeta para que éste pase automáticamente a ser posesión suya sin necesidad de que lo colonice.

-Las leyes galácticas llevan mucho tiempo promulgadas; mucho más que los años de vida de la compañía. -respondió el rigeliano volviendo a invaginar la trompa- Puede que

cuando se dictaron se pensara que los descubridores de planetas siempre actuarían en representación de un gobierno legalmente constituido; lo cierto es que no prohibían en modo alguno nuestra actividad, y nunca desde entonces han sido modificadas. Por otro lado tenga usted en cuenta que nuestros descubrimientos siempre acaban revirtiendo en algún gobierno, por lo que en realidad tan sólo somos una especie de exploradores contratados que ahorran a los planetas los enormes gastos de la exploración galáctica; además, si nuestras prospecciones dan resultado negativo, como ocurre bastante a menudo, somos nosotros quienes corremos con las pérdidas y no los clientes, que de esta manera trabajan sobre seguro.

-Bien, no vamos a discutir ahora por esto. -interrumpió el presidente de la Tierra- Lo importante es que el planeta merezca realmente la pena. Supongo que no les importará que enviemos un equipo de expertos; ya sabe, biólogos, geólogos, etcétera.

-Por supuesto que no. El cliente manda. ¿Cuándo estará lista su delegación?

* * *

-Su excelencia el representante de la Liga Galáctica. -anunció el secretario.

-¡Que pase! -exclamó el presidente de la Federación Terrestre al tiempo que ordenaba maquinalmente los objetos depositados sobre la superficie de la amplia mesa- ¡Que pase! -Volvió a repetir presa de un repentino nerviosismo.

El embajador en la Tierra del máximo organismo político de la galaxia era un ser perteneciente a la raza de los khum, una de las civilizaciones más antiguas y evolucionadas de todo el universo conocido. Su pequeño y delgado cuerpo, de apenas metro y medio de altura, rematado además por una descomunal y desproporcionada cabeza, le hacía aparecer aún más insignificante al lado de los casi dos metros de su fornido interlocutor; sin embargo, sus respectivas expresiones dejaban entrever justo lo contrario: A la firme actitud de un humanoide que se sabía superior a todos los niveles se enfrentaba la intimidada figura del corpulento terrestre.

-¿Recibió el comunicado oficial de la Liga? -interrogó el khum haciendo caso omiso del saludo con que le recibía el presidente.

-Sí, su excelencia; precisamente tengo aquí una copia. -farfulló el máximo representante del planeta al tiempo que le alargaba un papel con su temblorosa mano.

-¡Bah! -exclamó el galáctico al tiempo que rechazaba el documento- Conozco de memoria su contenido; lo único que me interesa es comprobar que se haya cumplido la orden.

-¡Pero su excelencia! ¿Cómo vamos a hacer eso? El planeta nos pertenece legalmente. Adquirimos sus derechos.

-Mi querido amigo, el hecho de que aún no pertenezcan a la Liga no les exime de respetar sus leyes; en cuanto a derechos y obligaciones, no existe distinción entre los estados asociados y los miembros de pleno derecho. Y eso lo saben perfectamente ustedes.

-Precisamente por eso; contamos con un contrato perfectamente legal de compraventa que nos califica como propietarios de *Nueva Tierra*.

-No se llama *Nueva Tierra*, sino *Planeta Virgen*; y no es propiedad suya sino de la Liga Galáctica. -gruñó el khum.

-¡Pero la ley sanciona la posesión de todo planeta deshabitado! -protestó el terrestre sin demasiada energía- Y *Nuev... Planeta Virgen* lo está.

-Indudablemente. ¿Pero no le parece a usted demasiada casualidad que sea éste el único planeta deshabitado de aquí a las Nubes de Magallanes?

-¿Qué quiere decir?

-Que esas leyes fueron promulgadas hace muchos millones de años terrestres, cuando sus antepasados todavía reptaban por los mares de su planeta y existían aún numerosos sistemas estelares susceptibles de ser colonizados.

-Pero ahora...

-La ley no ha sido revocada, eso es cierto, pero ha quedado completamente obsoleta ya que ahora no queda, mi querido amigo, el menor resquicio ocupable en toda la galaxia; los planetas se pueblan muy deprisa, sin duda.

-Existe uno. -insistió con tozudez, el terrestre.

-El único. ¿Y cree usted que no era conocido por nosotros? Por el Gran Creador, no sea tan ingenuo.

-No comprendo la razón por la que ustedes renunciaron a explorarlo si es que verdaderamente lo conocían.

-Por supuesto que lo conocíamos. -replicó molesto el khum- ¿Pero a usted no le entra en la cabeza que si se encontraba deshabitado era precisamente porque nosotros queríamos que fuera así?

-No veo la razón.

-Pues le aseguro que existe. Hay una rama de la filosofía... Ustedes la llaman ecología, creo.

-¿Ecología? -se extrañó el presidente- ¿Acaso quiere decir que...?

-En efecto, mi querido amigo. Celebro que por fin lo haya comprendido. *Planeta Virgen* es una reserva natural, la única que queda en toda la galaxia; y como es normal, deseamos conservarla como tal a toda costa.

-Pero entonces, la compañía que nos cedió los derechos de colonización... -musitó el presidente terrestre, totalmente abrumado.

-¿Esos? Tan sólo son unos truhanes que se encuentran fuera de toda ley; unos delincuentes especializados en timar a naciones inexpertas como la suya.

-¿Y nuestro dinero?

-Se les devolverá siempre que se consiga recuperarlo; ahora bien, no deseo desilusionarles, pero lo cierto es que esos granujas han vendido ya diecisiete veces *Planeta Virgen* sin que nunca hasta ahora hayamos conseguido ponerles la mano encima. Lo siento, pero la culpa ha sido tan sólo suya por ingenuos y demasiado avispados. Tendrían que haber consultado con nosotros, y quizá entonces habríamos podido detenerlos.

-¿Qué podemos hacer ahora? -preguntó el presidente al borde mismo del desmoronamiento físico.

-Nada, salvo evacuar el planeta; y den gracias a que no se les ha impuesto una sanción atendiendo a su inexperiencia. Otra vez deberán ser más conscientes de lo que hacen. No quiero que tomen esto como una amenaza, pero insisto en que sus naves deberán abandonar totalmente *Planeta Virgen* antes de que expire el plazo que les hemos concedido; de no hacerlo así, nos veremos obligados a desalojarlos por la fuerza, lo que provocará indefectiblemente su expulsión definitiva de la Liga. Y ahora, si me lo permite, me retiraré para informar a mis superiores.

Mientras el khum abandonaba la estancia, el presidente comenzó a garabatear nerviosamente en sendas hojas de papel la orden de evacuación de *Nueva Tierra* así como su dimisión irrevocable; no obstante su peculiar estado de ánimo, aún pudo alcanzar a oír lo que murmuró el representante del gobierno central galáctico en el momento de atravesar la puerta de su despacho.

-¿A quién se le ocurre creer que la gente pueda ir vendiendo tranquilamente planetas así como así? ¡Ojalá pudiera yo disponer de un mundo perdido lejos de la civilización! ¡Ojalá!

EL PRIMER CONTACTO

El gran momento había llegado. Sobre la amplia explanada habilitada a propósito en las afueras de Nueva York, flotando ingrávidamente a sólo medio metro de altura, el gran disco volador aguardaba, indiferente hacia todo aquello que tenía lugar en torno suyo, a que llegara la hora del primer contacto físico entre la humanidad y una civilización extraterrestre.

La explanada, por el contrario, bullía de actividad. Más capital del mundo que nunca, Nueva York había visto incrementarse hasta límites nunca conocidos su ya de por sí numerosa colonia diplomática, gracias a la llegada de numerosos jefes de estado y de gobierno que habían querido presenciar personalmente el histórico acto. Para todos ellos había sido habilitada una tribuna circular que rodeaba por todos los lados al platillo; tribuna que, desde hacía ya varias horas, se encontraba completamente repleta.

Por la parte exterior de la tribuna había un segundo andamiaje circular en el que se apiñaban varios miles de periodistas encargados de cubrir la noticia; no ocurría así con las cámaras de televisión ya que la única cadena que había conseguido los derechos exclusivos de retransmisión, pagándolos por cierto a precio de oro y efectuando no obstante el mejor negocio de la historia de la teledifusión, había optado por situar sus cámaras en cuatro altas torres construidas ex profeso para tal fin por detrás de la tribuna de la prensa, junto con un quinto equipo instalado a bordo de un helicóptero que revoloteaba en torno al escenario del acontecimiento.

El tercer y último círculo estaba formado por un impresionante aparato militar que incluía, junto con fuerzas acorazadas y piezas de artillería, la ostensible presencia de varias escuadrillas de aviones y helicópteros que surcaban continuamente el purísimo azul del cielo. Aun cuando se sabía a ciencia cierta que las intenciones del extraño visitante eran completamente pacíficas, el alto mando norteamericano había ordenado el despliegue de sus mejores fuerzas más por afán propagandístico (no se sabía a ciencia cierta si para impresionar al extraterrestre o más bien a los egregios visitantes) que por efectividad real; en el caso hipotético de que el platillo volante se mostrara hostil, no podrían atacarlo sin destruir al mismo tiempo a las dos tribunas con sus ocupantes incluidos... Suponiendo que tan sofisticado aparato fuera vulnerable a las armas terrestres, hecho éste que muchos expertos se atrevían a poner en duda.

Los científicos, por su parte, habían quedado marginados a pesar de ser ellos quienes consiguieran establecer el primer contacto... Pero puesto que el extraterrestre hablaba a la perfección varios idiomas, los responsables de la organización estimaron que su presencia era sencillamente innecesaria. Además, así se evitarían situaciones embarazosas en cuestiones de protocolo.

Tan sólo faltaban ya algunos minutos para que el platillo abriera la puerta mostrándose a los ojos de miles de millones de personas de todo el planeta el único tripulante de aquella maravillosa nave venida de allende las estrellas. Tan sólo unos minutos, que habían precisado varios años de febril actividad.

Todo había comenzado hacía ya casi cinco años, cuando un astrónomo descubrió casi por casualidad un pequeño puntito luminoso que se movía dentro de la constelación de la Osa Mayor. Según todas las cartas estelares en tal posición no podía haber nada, pero el punto continuaba moviéndose con rapidez apenas a medio grado de la estrella Alcor, burlándose aparentemente de todos los astrónomos que tenían la vista fijada en él.

La cuestión resultaba ser todavía más espinosa si se tenía en cuenta que prácticamente todos los astros del sistema solar se movían sin excepción dentro de la estrecha franja del zodíaco, muy alejada de la constelación circumpolar de la Osa Mayor. No podía ser, pues, un asteroide desconocido; tampoco era un cometa, y la rapidez de su movimiento excluía tajantemente la posibilidad de que pudiera tratarse de un cuerpo situado más allá de las fronteras del sistema solar.

Bastó una sencilla medición de su paralaje para acabar definitivamente con la encendida polémica suscitada en el seno de la comunidad científica acerca del origen y la naturaleza del extraño cuerpo, y de hecho sorprendió a todos el comprobar que, en contra de lo que se creía, el móvil se encontraba realmente próximo... Ya que eran apenas unas cuantas decenas de miles de kilómetros las que separaban a la Tierra de su visitante, el cual había adoptado una órbita polar en torno a nuestro planeta. Se trataba, como se pudo asimismo calcular, de un cuerpo muy pequeño, quizá tan sólo de algunos centenares de metros de diámetro.

Mientras periódicos y revistas hablaban alegremente de la posibilidad de una invasión extraterrestre procedente de otras estrellas (Marte por aquel entonces estaba ya muy devaluado) e incluso no faltaban quienes afirmaban que la Tierra se encontraba frente a la segunda venida de Cristo, Mahoma o Buda según gustos personales, los astrónomos, mucho más pragmáticos ya que al fin y al cabo era ésta su obligación, decidieron enfocar un radiotelescopio hacia el cuerpo al tiempo que cruzaban los dedos...

Y por increíble que parezca, obtuvieron resultados positivos. El objeto respondió inmediatamente a las llamadas de la Tierra emitiendo a su vez un mensaje completamente ininteligible pero indudablemente codificado por una mente inteligente. Ya iniciado el contacto lo demás resultaría muy sencillo, máxime cuando transcurridos apenas algunos meses su interlocutor se mostró perfectamente capaz de expresarse con toda corrección en idiomas tales como español, ruso, inglés, chino, francés e italiano.

Con media comunidad científica volcada en el estudio de la astronave (porque ya no cabía la menor duda de que lo era), no se tardó mucho en poder dialogar con el ser que

tripulaba el vehículo interestelar. Y, por vez primera en la historia, los hombres fueron conscientes de que no eran los únicos... ni probablemente los primeros.

El intercambio de información, al cual accedió gustosamente el alienígena, resultó ser sumamente fructífero para ambas partes. Los científicos terrestres pudieron obtener de primera mano todo un aluvión de datos que, sin ayuda, hubieran tardado varios siglos en recopilar, y el extranjero por su parte pudo saciar su curiosidad acerca de temas tales como la evolución de la vida en la Tierra o la articulación de la compleja trama social de los habitantes del planeta.

No hubo apenas límites a este intercambio de ideas; tan sólo se plantearon reservas (lógicas, al menos para los responsables gubernamentales) a la hora de comunicar secretos militares o tecnológicos, mientras que por parte del visitante resultaron infructuosos todos los intentos de obtener información sobre su metabolismo e, incluso, sobre su propio aspecto físico.

Fueron muchas las cábalas que se hicieron acerca de la razón de esta aparentemente absurda negativa, pero la promesa hecha por el extraterrestre de que pasado un tiempo prudencial descendería sobre la Tierra, hizo acallar todos los rumores. De hecho la nave había descendido ya... ¿Pero qué estaría haciendo en estos momentos el ser que se cobijaba tras sus recias paredes metálicas?

Djxlmrqs -ésta era la transcripción más aproximada que se podía hacer de su enrevesado nombre- ultimaba los preparativos para el contacto. De hecho tan sólo le faltaba ya un último detalle no por ello menos importante: tenía que decidir la forma física más apropiada para el acontecimiento ya que él, al igual que la totalidad de los miembros de su especie, carecía de forma propia pudiendo adoptar la más apropiada para cada momento.

Éste, y no otro, había sido el motivo de su negativa a dar el menor detalle sobre su aspecto; conocía perfectamente las perniciosas consecuencias que habían acarreado los bruscos contactos entre su especie y varias civilizaciones primitivas, choques agravados por la peculiar fisiología de la misma, única en toda la superpoblada galaxia. *Djxlmrqs* era plenamente consciente del riesgo en que incurriría en el caso de que se mostrara ante los terrestres con su verdadero aspecto, y por ello había decidido adoptar una forma rígida -¡con lo incómoda que resultaba!- que mantendría mientras las circunstancias así lo aconsejaran.

Pero a pesar de que el plazo de tiempo se agotaba, *Djxlmrqs* continuaba aún en su cómoda y habitual conformación ameboide. Tan sólo necesitaría algunos segundos para adoptar su disfraz, pero aún dudaba sobre cual escoger. Evidentemente una forma demasiado extraña o amenazante alarmaría de forma innecesaria a los terrícolas, pero por otro lado estaba convencido de que tampoco sería conveniente mimetizarse en un ser humano ya que su conocimiento de la especie, obtenido exclusivamente a través de las

emisiones de televisión captadas en órbita, no era lo suficientemente completo como para atreverse a correr el riesgo de incurrir en un embarazoso y desagradable error.

Lo más factible sería, sin duda, adoptar la forma de algún ser que, sin ser humano, sí fuera conocido por sus anfitriones; esto le permitiría acercarse a ellos sin demasiados problemas mientras que la posibilidad de un error quedaría de esta manera muy minimizada. Rápidamente recordó una forma humanoide que había tenido ocasión de contemplar en un corto fragmento de una de las ficciones que los humanos denominaban películas y que él, al ser incapaz de comprender a pesar de entender perfectamente los diálogos, solía dejar de lado apenas visualizados algunos momentos.

Recordaba perfectamente la apariencia física de aquel ser, y por lo tanto, no tendría la menor dificultad en adoptar un aspecto en todo semejante a él; con una pequeña salvedad. A pesar de la gran versatilidad de su cuerpo, su masa siempre tenía que mantenerse constante y, aunque podía modificar en ciertas proporciones su volumen, existían de hecho unos limites que no se podían rebasar. *Djxlmrqs* conocía perfectamente el tamaño de los terrícolas y sabía que, por mucho que se comprimiera, su cuerpo seguiría siendo algo más grande de lo ideal.

Encogiéndose filosóficamente de hombros (o mejor dicho, realizando el gesto equivalente ya que, a pesar de su nueva forma corporal, *Djxlmrqs* ignoraba estas pequeñas costumbres terrestres), el extraterrestre se dirigió hacia la puerta de la nave desgranando mentalmente los segundos. Cuando por fin llegó el momento abrió triunfalmente la misma, enfrentándose al rectángulo azul de cielo que se recortaba frente a sus recién formados e inoperantes ojos. El contacto era ya un hecho.

* * *

Faltaban tan sólo unos segundos para que la puerta de la nave se abriera. En la explanada, el silencio se podía cortar con un cuchillo. En el centro de la misma, frente el majestuoso aparato, se encontraban tres personas: el presidente de los Estados Unidos de América, el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas y el alcalde de la ciudad de Nueva York. Estos tres insignes políticos serían por derecho propio quienes dieran la bienvenida al extraño en nombre de toda la humanidad; bienvenida que estaba ya a punto de producirse.

Una de las cuestiones que mayor polémica había desatado en todo el planeta era la hipotética constitución física del recién llegado. Había quien opinaba que tenía que tratarse necesariamente de un humano o un humanoide, aunque no faltaban tampoco los defensores de la tesis que postulaba que una evolución convergente en dos planetas separados por un abismo de varios años luz era poco menos que imposible, por lo que cabía esperar con toda seguridad el descubrimiento de una forma de vida totalmente extraña a los esquemas imperantes en la Tierra. Otros había también, aunque éstos eran minoritarios, que defendían

todo un abanico de posibilidades que iban desde los enanos cabezones hasta los pulpos flotantes, pasando por todo un aquelarre de seres tan aberrantes como cerebros gigantes, insectos monstruosos, vegetales andantes o robots autorregenerables... Sólo una de estas teorías, como mucho, tendría razón, ¿pero cuál?

Pronto, muy pronto, saldrían todos de dudas. La puerta ya se estaba abriendo y, tras ella, se perfilaba el bulto del extraño que salió finalmente a la luz... Que levantó su mano a la vez que formulaba en voz alta un ritual y estudiado saludo... Y que...

Nunca se supo quién de entre todos los allí presentes gritó primero; lo cierto fue que apenas unos segundos después toda la explanada era un maremágnum de lamentos, exclamaciones de terror, carreras e imprecaciones. Jefes de estado, periodistas y militares desde generales hasta soldados, democráticamente hermanados en su pugna por huir desesperadamente del interior del triple recinto, dejaron desalojada la amplia explanada en un tiempo tan breve que, apenas unos minutos después de abierta la puerta de su nave, el extraterrestre se encontró con que era el único ser vivo existente en varios kilómetros a la redonda. Los aviones habían desaparecido del cielo como por ensalmo y, para alivio de los telespectadores, las abandonadas cámaras de televisión mostraban tan sólo porciones impolutas de cielo.

Sorprendido y, por vez primera en su vida perplejo, *Djxlmrqs* recorrió con sus sentidos (sería inútil definirlos como visión) el desolador entorno que le rodeaba: Tan sólo quedaban las vacías gradas y el heterogéneo material precipitadamente abandonado por sus propietarios, material que abarcaba desde baterías de cohetes tierra-aire hasta teléfonos portátiles y cámaras fotográficas pasando por las olvidadas cuartillas del discurso presidencial que yacían ahora a sus pies; esta abigarrada colección de objetos inanimados era cuanto restaba de la espectacular comisión de bienvenida que aguardara en torno a él apenas unos minutos antes. Y de repente, tuvo la desagradable impresión de que su misión había fracasado estrepitosamente.

¿Por qué razón? Probablemente nunca lo sabría. Lo cierto era que nada le quedaba ya por hacer allí y que un segundo intento de acercamiento resultaría tan infructuoso como el primero. De repente se sintió incómodo: había olvidado que aún continuaba con la incómoda y rígida conformación humanoide que de nada le servía ya, por lo que automáticamente la disolvió volviendo a adoptar la ameboide que le era propia.

Pensativo volvió a su cabina. Él no era un científico sino un simple comerciante que se había desviado inadvertidamente de su ruta yendo a parar a una de las regiones más salvajes y atrasadas de toda la galaxia. Sí, ya le habían advertido que poco podría obtener intentando comerciar con tan primitivos seres, y también sabía que, precisamente por eso, nadie se había molestado en viajar hasta allí desde hacía varias revoluciones galácticas. Pero él había creído que al menos podría amortizar el gasto energético, y por otro lado un

insignificante retraso de algunas revoluciones planetarias apenas le haría perder algo de tiempo.

Pero algo había ido mal a pesar de su meticuloso acercamiento. ¿Habría sido su caracterización? Lo dudaba. En el fragmento de película del cual se había inspirado, este humanoide (Frankestein se llamaba, si no recordaba mal) convivía con los humanos sin que éstos mostraran demasiada extrañeza... ¡Si hasta los niños y los ancianos se relacionaban amistosamente con él! Y el hecho de que su altura fuera ligeramente mayor que la del original, apenas unos cuatro metros según el sistema de medidas terrestre, no había modificado substancialmente su aspecto.

Lamentándose por toda la energía despilfarrada tan inútilmente, *Djxlmrqs* se acomodó frente a los controles al tiempo que seleccionaba cuidadosamente su próximo destino: tendría que ser lo suficientemente rentable como para que le permitiera cubrir las pérdidas de su fracasado viaje a la Tierra. Afortunadamente la mayoría de los habitantes de la galaxia solían ser mucho más inteligentes... Ahora comprendía por qué nadie visitaba nunca este planeta; desde luego, él no volvería a perder el tiempo tan miserablemente. ¡Al precio que estaba la energía!

-*¡Qué extraños son los terrícolas!* -suspiró al tiempo que conectaba el contacto de su astronave.

Y se marchó.

PELEA DE GALLOS

UNO

Era un soleado día de abril cuando la desconcertante, pero no por ello menos cierta noticia saltó a los teletipos de las agencias informativas: Suiza y Austria, dos de las naciones más pacificas y civilizadas del planeta, se habían enzarzado repentinamente en una violenta disputa armada.

Los motivos que provocaron este conflicto bélico, como suele ocurrir en estos casos, permanecían razonablemente confusos, difiriendo según fuera uno u otro de los bandos la fuente de información consultada. Parecía ser, no obstante, que todo había comenzado a causa del minúsculo principado de Liechtenstein, poco más de ciento cincuenta kilómetros cuadrados desgajados en su día del extinto Imperio Germánico; este pequeño estado, empotrado entre los dos países beligerantes, gozaba desde hacía mucho de soberanía propia, aunque tenía establecidos algunos vínculos políticos con su vecina Suiza.

Hasta entonces la situación había permanecido estable, pero repentinamente tanto un país como el otro habían manifestado de forma simultánea su deseo de incorporar a sus respectivos territorios el pequeño principado. Austria alegaba el carácter germánico de sus pobladores, mientras Suiza aducía a su favor la larga vinculación mutua entre ellos; pero lo cierto era que, mientras los habitantes del principado asistían atónitos a una disputa que ni deseaban ni habían provocado, los ejércitos de sus dos vecinos, unas fuerzas armadas caracterizadas durante largo tiempo por su carácter estrictamente defensivo, se enfrentaban violentamente a todo lo largo de su frontera común en una guerra de conquista propia de pasados siglos.

Pasaron los días y, mientras toda Europa contemplaba perpleja esta confrontación que nadie se hubiera atrevido a sospechar, la guerra abierta entre los dos pequeños países centroeuropeos alcanzaba rápidamente unos niveles realmente alarmantes en una región caracterizada desde hacía mucho tiempo por su gran estabilidad política. Todos los países europeos veían con estupor la fulgurante escalada de un conflicto que ni deseaban ni se veían capaces de controlar, al tiempo que ciudades tan cargadas de simbolismo como Viena, Salzburgo, Berna o Ginebra, eran despiadadamente bombardeadas y convertidas en poco más que unos informes montones de escombros.

La guerra duró exactamente treinta y un días, pero sus consecuencias fueron tan trágicas como irreversibles. Aceptada al fin la tregua propuesta por las Naciones Unidas, tanto Austria como Suiza tendrían tiempo para lamerse sus heridas... Heridas que necesitarían mucho tiempo para cicatrizar. Amén de las siempre lamentables, y en este caso

cuantiosas, pérdidas humanas, había que sumar el práctico hundimiento de dos de las hasta entonces más sólidas economías del planeta.

Pero lo más grave, empero, fue la irreversible pérdida de prestigio por parte de dos estados que habían basado hasta entonces su política internacional en una estricta neutralidad y en un escrupuloso respeto de la paz y la libertad entre los pueblos. Así, mientras Austria se veía sacudida por un estupor nacional sin parangón desde los lejanos días del desmembramiento del imperio austro-húngaro y la posterior anexión a la Alemania nazi, apareciendo entre sus frustrados habitantes una peligrosa tendencia a la asunción de un régimen político autoritario, Suiza contemplaba cómo se desmoronaba su peculiar y hasta entonces sólida economía a la vez que surgían en su seno toda una serie de tensiones separatistas que amenazaban con hacer estallar a esta nación en mil pedazos. Mientras tanto los sufridos habitantes del pequeño y torturado Liechtenstein volvían a recobrar su ahora garantizada independencia, al tiempo que contemplaban desolados el triste estado en el que había quedado su minúsculo país, todo un símbolo a partir de entonces de las altas cotas a las que podía llegar la estupidez humana.

Bastantes años después haría fortuna una frase acuñada por alguien cuyo nombre la historia ha olvidado. La frase en cuestión, afirmaba lo siguiente:

> *De entre todos los miles de guerras y conflictos de los cuales la historia ha guardado recuerdo, existe una, la de los Alpes, que pasará a los anales del planeta como el ejemplo más absurdo, estúpido y gratuito del comportamiento humano. Después de esta inútil guerra, jamás nadie en este planeta podrá dejar de sentir la vergüenza de considerarse perteneciente a esta irracional humanidad; nadie podrá evitar reconocer que, pese a nuestros varios milenios de historia, continuamos estando aún mucho más cerca de los animales que de las especies civilizadas que presumiblemente deben de poblar la inconmensurable vastedad del universo.*

DOS

En algún lugar de la vasta galaxia dos seres dialogaban. Para los ojos de un terrestre tan sólo existirían las estrellas brillando inmutables y marcando con sus puntos de luz los estrechos límites de la percepción humana; pero estos seres existían, en forma de radiación distinta a todo lo conocido, y aun lo sospechado, por los científicos de aquel remoto rincón del cosmos conocido con el nombre de la Tierra... Existían sin duda, extendiendo sus inmateriales cuerpos a lo largo de centenares, quizá miles de parsecs.

Indudablemente eran seres inteligentes, regidos sus cuerpos y sus mentes por unas leyes físicas diferentes por completo a las habituales entre los terrestres, pero no por ello menos eficaces... Ya que estos seres no solamente eran plenamente conscientes de su existencia, sino que estaban además perfectamente capacitados para interrelacionarse con su entorno inmediato, un entorno que era de hecho la totalidad de la galaxia, gracias a un sistema sensorial ni tan siquiera soñado por las limitadas mentes terrestres. Y hablaban a su manera, intercambiando información merced a un sofisticado sistema de símbolos y conceptos abstractos que dejaba atrás, muy atrás, a cualquier rudimentario lenguaje humano... Sería imposible por ello transcribir de una manera exacta su diálogo a cualquiera de los idiomas inteligibles para nosotros, pero aunque de una manera inevitablemente parcial y necesariamente aproximada, se puede suponer que decían algo parecido a lo siguiente:

-¿Ves cómo tenía razón? Fue una lucha muy interesante.

-Pero violaste las normas pactadas; acordamos que no los induciríamos más allá del tercer nivel.

-¡Oh, no exageres! Únicamente elevé en medio *(unidad de medida intraducible)* el potencial normal de alteraciones psicosociales; esto no pudo tener ninguna consecuencia cualitativa, sino tan sólo levemente cuantitativa.

-No estoy de acuerdo contigo; estos seres presentaban un nivel de inercia social treinta *(intraducible)* mayor que la media planetaria; jamás se hubieran enfrentado entre sí de no haberlos incitado de la manera en que lo hiciste.

-¿Ya estáis molestando de nuevo a ese planeta? -interrumpió una tercera *voz*-. Vais a conseguir que el Gran Consejo prohíba vuestros absurdos juegos.

-Será porque tú nos denuncies -le espetó con brusquedad el primero de los interlocutores-. Siempre te estás metiendo en nuestros asuntos.

-Tiene razón -le apoyó su compañero-. ¿A ti qué te importan nuestros juegos? A nadie hacemos daño con ellos.

-¿A nadie? ¿Y qué me decís de esos pobres seres?

-¿No pensarás que esos míseros animales puedan tener sentimientos? Apenas alcanzan el subnivel cinco de inteligencia, uno de los más bajos de toda la galaxia.

-Aunque así sea, a su manera tienen una cierta actividad mental. Son seres vivos, y como tales hay que respetarlos.

-Son animales. -terció su otro interlocutor- Y como animales hay que tratarlos. Además, nosotros no hacemos nada ilegal.

-Ilegal no, pero carente de ética sí. ¿Os parece poco dañino haberos dedicado a azuzar durante cinco *(medida de tiempo indeterminada)* a estos inocentes seres para que se peleen entre ellos? Sois los culpables de la práctica totalidad de sus conflictos violentos, conflictos que son vuestra distracción pero que suponen la mayor lacra de su corta historia. ¿Es que no podéis dejarlos en paz?

-Yo creo que no le falta razón -intentó mediar uno de los dos amigos-. La verdad es que nos estamos pasando un poco... Hemos impedido que estos seres alcanzaran un mayor desarrollo social y los hemos convertido en una de las razas menos avanzadas de la galaxia. Sin embargo hemos fomentado su desarrollo tecnológico y les hemos puesto al borde mismo de la autodestrucción, lo que nos dejaría sin distracción.

-¡Bah! Ya buscaríamos otros sustitutos. Hay muchos planetas habitados en la galaxia.

-¡Pero no es eso! -exclamó el proteccionista-. No tenéis el menor derecho a inmiscuiros en su vida. Nuestro movimiento propugna la no intervención en la ecología galáctica, y no dudéis que tarde o temprano conseguiremos...

-Puede que acabéis saliéndoos con la vuestra -cortó secamente el más irreductible de sus dos oponentes-. Tú y toda esa caterva de proteccionistas reprimidos que sólo sabéis disfrutar impidiéndonos cualquier diversión a todos los demás; pero mientras tanto, haremos lo que nos venga en gana con nuestro planeta. De nada servirán tus tontos escrúpulos, así que haz el favor de dejarnos en paz.

Mascullando el equivalente a las maldiciones humanas, el tercer ser se alejó hacia otras regiones galácticas al tiempo que los dos amigos retornaban a su, para ellos, inocente juego. En la Tierra, mientras tanto, acababa de estallar una nueva guerra.

EL ESPÉCIMEN

Era mi período libre, el primero que disfrutaba en tres ergos, y mis hijos me recordaron una vez más mi incumplida promesa de llevarlos a visitar el bestiario. A mí, la verdad, me apetecía más enfrascarme con mi inconclusa teoría del Campo Hipergaláctico, pero las obligaciones familiares eran las obligaciones familiares... Así pues, fuimos al bestiario. Una vez allí, mientras los chicos se divertían observando en su propio ambiente a los enormes y estúpidos drombellarios, a los escurridizos sípteros y a tantos otros animales procedentes de los más remotos confines de la galaxia, yo me escabullí sigilosamente en busca de la Sala de Pensamientos más próxima en un intento postrero de encontrar siquiera un momento para poder desarrollar mi teoría.

Pero no pude llegar a ella ya que, apenas hube abandonado la zona donde dejara a los chicos, me encontré frente a Dwinn, un antiguo compañero de mis tiempos de estudiante al que hacía muchos plonii había perdido el rastro. Por tal motivo nuestro mutuo saludo resultó ser notablemente más afectuoso de lo habitual; por fortuna, el lugar en el que nos encontramos estaba completamente vacío a excepción de nosotros dos. Pasadas las efusiones iniciales, mi amigo me explicó que se había especializado en la captura y conservación de animales exóticos que posteriormente vendía a los bestiarios de toda Ulm; precisamente se encontraba ahora en la capital con objeto de supervisar la correcta aclimatación de su última captura, un extraño bípedo de metabolismo basado en el carbono y el oxígeno al cual había encontrado en el interior de un tosco vehículo que vagaba sin rumbo por las proximidades de la Gran Nebulosa.

Yo nunca he sido demasiado aficionado a la exobiología, pero Dwinn se mostraba sumamente orgulloso de su trabajo -"*No puedes imaginarte lo delicado que resulta recrear con exactitud el medio ambiente de tan extraños seres sin que descubran que se hallan fuera de su hábitat normal*", me dijo- e insistió en enseñarme el fruto de su último trabajo. Era evidente que no podía rechazar su invitación sin mostrarme descortés, por lo que muy a mi pesar tuve que acceder a regañadientes a acompañarlo; por fortuna, mi amigo estaba tan entusiasmado que no llegó a descubrir mi mal disimulada desgana.

Juntos nos dirigimos hacia una zona del bestiario que se encontraba cerrada al público -estaba en remodelación, me dijo Dwinn de pasada- hasta llegar finalmente frente a una de las barreras energéticas que constituían el límite entre la zona pública del bestiario y los distintos habitáculos de los animales. Mi amigo la atravesó sin vacilar y yo le seguí a continuación no sin cierto reparo por mi parte. No sé definir con exactitud que era lo que yo esperaba encontrar tras la barrera, pero a fuer de ser sincero he de reconocer que me sorprendí.

A pesar de mi cuidado en evitarlo Dwinn debió de captar al menos una parte de mis pensamientos (siempre he tenido la poco recomendable costumbre de pensar en voz demasiado alta), por lo que se volvió hacia mí preguntándome con afabilidad no exenta de diversión la razón de mi sorpresa, sorpresa que con toda seguridad esperaba.

-¿Curioso, eh? Puesto que ignorábamos absolutamente todo acerca de su hábitat natural, optamos por reproducir lo más minuciosamente posible el interior de su vehículo... Y aquí tienes el resultado. -concluyó con satisfacción.

Realmente he de reconocer que me sorprendí; no había la menor duda de que mi amigo había realizado un excelente trabajo. Nos encontrábamos en un pequeño cubículo de apenas diez o doce kicler cúbicos, todo él abarrotado de primitivos pero curiosos aparatos de operación manual hasta cierto punto similares a los que nuestra propia especie había utilizado en los albores de la civilización. La luz, observé con desagrado, era demasiado mortecina y tenía un repulsivo sabor a rancio, mientras la atmósfera, traslúcida y oscura, apenas si dejaba ver a su través debido sin duda a su alta densidad y a su gran riqueza en gases pesados, oxígeno y nitrógeno probablemente... Un ambiente escasamente acogedor para nosotros pero que sin duda debía de responder a las necesidades biológicas de su forzado inquilino.

Durante un instante me estremecí con desasosiego ante la posibilidad de quedar allí atrapado; era una idea completamente absurda, por supuesto, ya que como adulto que era sabía de sobra que en realidad me encontraba en un plano dimensional distinto... Pero lo cierto es que jamás he conseguido librarme del todo del absurdo temor que me invade siempre que visito cualquier complejo hiperdimensional, por lo que no es de extrañar que el realismo del montaje contribuyera, y no poco, a desatar mi atávico e incontrolable temor.

-En efecto. -comentó Dwinn haciéndose eco de mi muda pregunta- Éste es su medio ambiente natural.

-Pero la luz... -conseguí balbucir una vez repuesto de mi momentáneo trastorno.

-Las radiaciones cortas son muy perjudiciales para su organismo; lo mataríamos en muy poco tiempo si utilizáramos radiación de más de treinta far de frecuencia. Reconozco que es una incomodidad tener que observarlo en esta semipenumbra, pero... ¿qué le vamos a hacer? -se resignó con filosofía- Por cierto; ¿te has fijado en él?

Agudizando la vista conseguí no sin esfuerzo ampliar mi campo de visión hasta descubrir, en un extremo del habitáculo y sobre un reposador adaptado a su cuerpo, al curioso espécimen. ¡Gran Hacedor! ¿Cómo podían existir tales aberraciones de la Naturaleza? Porque tal ser era realmente extraño, el más extraño que jamás había tenido ocasión de contemplar. Por lo que pude apreciar, se trataba de un pequeño animal de apenas medio kicler de altura con tan sólo cuatro extremidades (dos, al parecer, con utilidad

puramente motora y las otras dos, las superiores, manipuladoras) y una pequeña cabeza (realmente era minúscula, incluso en comparación con la ridícula envergadura del ser) situada incongruentemente en la parte superior de su enteco cuerpo. Ignorante, por supuesto, de nuestra presencia, manejaba con sus torpes y rígidos miembros superiores uno de los aparatos situados frente a él al tiempo que emitía unos sonidos de baja frecuencia totalmente ininteligibles para mí.

-¿Es éste el animal? -pregunté a mi amigo- ¿Es inteligente?

-¡Oh, no! Apenas algo más que un trurz. -respondió con displicencia- Posee cierta capacidad tecnológica en el nivel subcinco y es capaz de emitir pensamientos moderadamente articulados, pero su pequeña mente tiene unas enormes limitaciones; imagínate que ni tan siquiera puede comunicarse telepáticamente o teleportarse...

-¿Que no puede...? ¿Cómo se desplaza entonces? ¿Cómo se comunica con sus semejantes?

-De la manera más primitiva que puedas imaginarte. Se desplaza apoyándose en sus dos extremidades inferiores y, en lo que respecta a sus medios de comunicación, parece ser que genera algún tipo de ondas elásticas en la atmósfera que le rodea; esas dos prominencias que posee a ambos lados de la cabeza tienen la función de recoger estas ondas que modula con la cavidad situada en la parte inferior de la misma.

-Pero si yo le he oído hablar en onda larga...

-Los sonidos que has oído son producidos por un aparato que transforma las ondas mecánicas en otras energéticas de baja frecuencia; fíjate si será primitivo su sistema sensorial, que tan sólo es capaz de detectar directamente una estrecha franja de la zona central de frecuencias, concretamente entre las cuatro y las siete décimas de far... Y eso lo hace exclusivamente con los dos pequeños órganos que posee en la parte superior de la cabeza, ya que el resto de su cuerpo es prácticamente insensible a cualquier clase de radiación. Por ello, gran parte de estos aparatos no tienen otra misión que la de recoger e interpretar toda la información que se escapa a su limitada percepción.

-Ciego, mudo... Y sin embargo se lanzó al cosmos. -comenté distraídamente al tiempo que escudriñaba con curiosidad por todos los rincones de la pequeña habitación.

-No le faltó valor. -corroboró mi amigo- Sobre todo, teniendo en cuenta que el cascarón de su nave apenas si era capaz de desarrollar una velocidad de tres macklas ¡por el espacio normal! Desconoce el hiperespacio y ni tan siquiera tenía protegida a su nave con un simple campo de fuerza; de no haber sido rescatado, la radiación de onda corta le hubiera matado en muy poco tiempo... Aunque de todas formas no creo que llegue a vivir más de tres o cuatro ergos; son unos seres realmente efímeros.

-¿Qué vais a hacer mientras viva?

-Dejarle tal como está ahora. Él cree que continúa en su vehículo ya que sus aparatos de detección han sido modificados de forma que den medidas falsas pero coherentes con las que obtendrían de continuar en el espacio. Estará protegido y cuidado y jamás se dará cuenta del cambio ni sospechará lo más mínimo de nuestra existencia. A su modo será feliz, y podrá morir por causas naturales.

Retornábamos a la agradable claridad del corredor cuando pregunté a mi amigo sobre la procedencia del alienígena; a pesar de mi inicial desinterés, había terminado por sentir curiosidad por el mismo.

-No lo sabemos con exactitud; -confesó éste- pero en todo caso debe de ser originario de alguno de los sistemas situados más allá del Tercer Brazo, ya que fue allí donde lo encontramos. Aunque todavía no hemos terminado de descifrar sus cartas estelares, sí podemos afirmar que no corresponden a ninguna región habitada del espacio.

-El Tercer Brazo... Eso está bastante lejos. -comenté sorprendido al tiempo que llamaba a mis despreocupados hijos.

-Sí, realmente está lejos, máxime si tenemos en cuenta lo primitivo de su vehículo. -corroboró Dwinn al tiempo que bloqueaba el campo de fuerza- Creemos que debió de perderse, ya que su rumbo no conducía hacia ningún lugar habitado en el momento en que lo interceptamos; probablemente sería arrastrado por una tormenta gravitatoria que le hizo atravesar la Gran Nebulosa antes de acabar a la deriva. Por cierto; descubrimos también que no dispone de más medios de comunicación que la simple modulación de radiación de onda larga, la misma que tú has oído antes. Ignoramos cómo pudo arriesgarse a viajar tan lejos de su planeta sin disponer siquiera de un sencillo comunicador hiperespacial; lo que demuestra una vez más que se trata de unos animales realmente estúpidos.

Mientras tanto mis hijos habían llegado. Recogí a ambos, no si protestas por su parte, en sus respectivos alvéolos y me despedí de Dwinn frotándole amistosamente los tentáculos. Ya me retiraba, cuando de repente me volví y le pregunté.

-¿Habéis podido descifrar su lenguaje? -acababa de recordar aquellos extraños sonidos que tan ininteligibles me habían parecido.

-¡Oh, sí! Por supuesto. -sonrió mi amigo- No resultó nada difícil, pero lo cierto es que no resulta nada interesante lo que dice; como ya te expliqué, su actividad mental es muy limitada. No hace sino repetir una y mil veces una llamada de socorro a su planeta, aunque no sé por qué se comporta de una manera tan ilógica; suponiendo que su aparato tuviera la suficiente potencia como para que sus ondas moduladas pudieran llegar hasta su base, aun en el caso de que hubiera continuado en el mismo lugar donde le encontramos una

hipotética expedición de socorro no habría podido llegar a él sino hasta mucho después de su muerte.

-¿Tiene nombre su planeta? -realmente no me importaba lo más mínimo, pero a pesar de todo seguía teniendo curiosidad.

-Sí, lo tiene, pero se trata de un nombre muy limitado ya que no define ninguna de las características del mismo; por absurdo que parezca se trata de un simple vocablo sin el menor significado: *La Tierra*, me parece que es.

Instantes después, y ya definitivamente despedidos, mis hijos y yo retornábamos a casa; todavía me quedaba algo de tiempo para dedicarme a cosas bastante más importantes que el estudio de los animales primitivos, por muy peculiares que éstos pudieran llegar a ser. Mis hijos, por supuesto, opinaban de otra manera.

UN ENCUENTRO ACCIDENTADO

No, realmente no se puede decir que el primer contacto entre extraterrestres y humanos fuera demasiado afortunado... Y es que, todavía hoy, en muchas regiones del mundo la gente continúa pasando mucha, pero que mucha hambre.

Además, para mayor desgracia, los extraterrestres resultaron ser muy poco nutritivos.

LA PRIMERA INVASIÓN

La primera invasión extraterrestre fue realmente breve; duró, exactamente, diecisiete días. Una vez que los enormes platillos volantes abandonaron definitivamente el cielo de la Tierra, la embriaguez del júbilo impidió a los terrestres preguntarse el porqué de tan repentina marcha.

Más tarde, cuando el planeta comenzó a recobrar el pulso perdido, esta información no tardó en ser declarada secreto de estado y como tal silenciada por la práctica totalidad de los gobiernos terrestres. Sin embargo, durante bastante tiempo circularon multitud de rumores jamás desmentidos sobre las causas que habrían motivado su súbita partida: Al parecer, para el delicado paladar de los extraterrestres la carne humana había resultado ser demasiado dura.

UN MENSAJE EXTRATERRESTRE

La excusa de que los ovnis sólo se aparecían a personas aisladas en lugares remotos sin dejar luego la menor huella tangible de su paso, principal argumento de aquéllos que negaban sistemáticamente su existencia, quedó pulverizada por completo el día en el que oleadas de platillos volantes invadieron los cielos de todo al planeta al tiempo que arrojaban centenares de millones de unos extraños objetos que rápidamente despertaron la curiosidad, cuando no el interés, de todos aquéllos que tuvieron acceso a ellos sin distinción de razas, cultura o edad.

Desde las sofisticadas ciudades europeas hasta las más recónditas junglas tropicales, desde la misma megalópolis neoyorquina hasta las remotas y desoladas estepas de Asia Central, no hubo prácticamente ningún rincón de la Tierra, a excepción de ambos polos, que se viera libre de la invasión de las extrañas octavillas... Porque eso eran, o parecían ser, las oblongas y flexibles láminas que constituían el regalo de los desconocidos extraterrestres.

Como era natural, las reacciones ante tan insólito hecho resultaron ser sumamente variadas. Hubo algunas culturas primitivas, como sucedió con numerosas tribus de pigmeos o de papúes, que interpretaron la lluvia de objetos caídos del cielo como un legado de los dioses, venerándolos como tales. En algunos países con regímenes totalitarios los dictadores de turno ordenaron rápidamente su recogida calificando a las octavillas como propaganda subversiva... Aunque la reacción más curiosa fue sin duda la protagonizada por algunos miembros de la secta amish la cual, como es sabido, rechaza de plano todo aquello que se pueda identificar con el progreso tecnológico; convencidos éstos de que tan sólo podía tratarse de una maniobra de las fuerzas del averno, intentaron infructuosamente purificar con el fuego todas aquellas octavillas caídas sobre su territorio, optando finalmente ante su fracaso -el fuego fue incapaz de producirles la más mínima mella- por arrojar los objetos diabólicos fuera de su colonia, consiguiendo así que los impíos pobladores del exterior cargaran con los frutos de sus pecados.

Mientras tanto el Vaticano guardaba un sepulcral silencio al tiempo que negaba categóricamente todas aquellas noticias aparecidas en los medios de comunicación según las cuales la jerarquía católica habría procedido al urgente envío de exorcistas a varias zonas rurales del sur de Italia; las jerarquías musulmanas, o al menos algunas de ellas, clamaban airadamente contra la impiedad occidental, e incluso el representante ante la ONU de un pequeño país africano llegó a solicitar una reunión urgente del Consejo de Seguridad para debatir y condenar la nueva agresión de las potencias occidentales a los países del Tercer Mundo. Los defensores de la existencia de visitantes extraterrestres, por su parte, iniciaron una fuerte campaña de prensa en todos los medios de comunicación europeos y norteamericanos, es decir, en aquéllos que les dejaban, habiendo quien incluso

llegó a manifestar que las ya famosas octavillas traían un mensaje destinado a salvar al mundo del holocausto nuclear. Los detractores de estas teorías, por el contrario, reaccionaron a su vez con un mutismo total, llegando a correr algunos rumores no confirmados que afirmaban que la muerte accidental de un conocido astrónomo norteamericano había sido en realidad un suicidio provocado por un grave descubrimiento suyo.

Pero urgía una solución. El método científico afirma que todo aquel hecho constatable experimentalmente ha de ser estudiado y reproducido por observadores independientes, por lo cual, aplicando esta metodología que tan buenos resultados había rendido a la civilización occidental, científicos de todo el mundo comenzaron a estudiar con todo detenimiento las abundantes muestras de tecnología alienígena que ahora tenían en sus manos... Sin que sus resultados pudieran ser calificados sino como sumamente decepcionantes.

Las hojas estaban compuestas, según se pudo determinar por métodos espectroscópicos, por un material sintético, probablemente un polímero, cuya constitución escapaba por completo a todo lo conocido hasta entonces por la química terrestre. Y si bien los elementos que lo componían eran perfectamente conocidos (media docena de metales ligeros, abundante flúor, carbono, algo de oxígeno y silicio y bastante hidrógeno), nadie alcanzó a explicar cómo estos átomos podían llegar a enlazarse entre sí para constituir el material en cuestión.

Pero lo más sorprendente de todo eran, sin duda, sus insólitas propiedades físicas. Más duro que el diamante a la vez que tenaz y resistente a los cortes, e inatacable por el calor o la presión, demostró ser asimismo totalmente inerte frente a los más enérgicos reactivos químicos. Tanto los rayos X como los gamma fueron incapaces de atravesarlo a pesar de que el grosor de las láminas no excedía de algunas décimas de milímetro y a pesar también de que ni el plomo ni ningún otro metal pesado estaban presentes en su composición. Su densidad, por último, era inhabitualmente baja, apenas algo superior a la de un plástico corriente, lo cual contribuía todavía más al desconcierto de los estudiosos.

Sin embargo, y a pesar de tratarse del material más indestructible e inerte que jamás había pasado por mano humana alguna, su apariencia externa no podía ser más inofensiva llegando a aparentar, incluso, una atractiva fragilidad. Suavemente irisado a la vista -realmente era muy difícil precisar cual era su auténtico color-, al tacto se mostraba aterciopelado y agradablemente cálido. Según un estudio de la universidad de Berkeley, las octavillas reflejaban toda la gama de la luz visible junto con algo del ultravioleta cercano, lo que hacía suponer que su lugar de procedencia debía de ser un planeta que girara en torno a una estrella algo más caliente que nuestro sol, o bien uno cuya atmósfera dejara pasar bastante más radiación ultravioleta que la de la Tierra. También emitía, merced a un

no demasiado bien comprendido mecanismo de fosforescencia, la radiación infrarroja que era, al parecer, la responsable de la tibieza de su superficie.

No menos intrigó a los investigadores la emisión de un suave ronroneo -no acertaron a calificarlo de otra manera- de muy baja intensidad y al límite de la audición humana, a una frecuencia de unos cincuenta hertzios, perfectamente detectable con los instrumentos adecuados. Según todos los indicios se trataba de un sonido suavemente modulado y cíclico, con un período de repetición de algo más de veintitrés segundos.

No obstante su importancia, ninguno de estos hechos que tan alborotada tenían a la comunidad científica mundial llegaron a trascender en profundidad al gran público, mucho más interesado en otra faceta no menos intrigante de las omnipresentes láminas: Su mensaje escrito, porque sin duda alguna eso debía de ser la extraña sucesión de puntos y trazos que aparecía grabada en una de sus caras. Fuese lo que fuese, se pudo comprobar que en todos los casos se trataba de la misma disposición gráfica, sin que variara lo más mínimo de una octavilla a otra.

Huelga decir que tampoco en este campo se pudo obtener la menor información fidedigna ya que tanto los más prestigiosos lingüistas como los más afamados expertos en claves y códigos secretos se estrellaron contra el muro del fracaso más absoluto. De nada sirvieron los ordenadores más potentes y los programas más sofisticados; el mensaje continuó siendo tan indescifrable como el primer día, sin que el hecho patente de que las fluctuaciones luminosas y sonoras estuvieran ligadas con toda probabilidad a la extraña escritura sirviera en lo más mínimo para arrojar algo de luz sobre tan oscuro e impenetrable problema.

Como cabe suponer, tamaño fiasco trajo como consecuencia una sensación de frustración colectiva que llegó a hacer tambalearse peligrosamente a los hasta entonces sólidos pilares del racionalismo cartesiano. Cuestiones admitidas como evidentes y universales se mostraban ahora particulares y propias de la especie humana, mientras la creencia de que la inteligencia era un fenómeno universal y compartido por encima de la disparidad de los soportes biológicos comenzaba a resquebrajarse por momentos; quizá los famosos mensajes de que eran portadoras las sondas espaciales norteamericanas fueran, a la postre, tan ininteligibles para sus hipotéticos receptores como las octavillas lo eran para los terrestres.

Nunca se hubiera sabido en que habría podido acabar esta profunda crisis de no mediar un nuevo factor que consiguió acabar, si bien de una manera inesperada, con ella: Tres meses escasos después de la aparición de las octavillas, y cumpliendo escrupulosamente con las más clásicas descripciones de la literatura de ciencia ficción, un enorme platillo volante se cernió majestuosamente sobre el cielo de Nueva York en las proximidades del inconfundible edificio de las Naciones Unidas. Es evidente que no resultó necesario que sus tripulantes preguntaran por el responsable máximo del planeta tal como parecían

mandar los cánones; vista la patente relación existente entre el vehículo espacial y el mensaje extraterrestre, el secretario general del alto organismo internacional se aprestó a convocar inmediatamente en sesión extraordinaria a la Asamblea General a pesar del carácter festivo del día.

Apenas unas horas después (previamente los alienígenas había establecido contacto por radio solicitando una entrevista), una delegación de los extraños visitantes hacía su histórica entrada en el gran foro internacional mientras la televisión se encargaba de retransmitir sus imágenes por todo el mundo: tres hombrecillos entecos con grandes cabezas calvas y unos enormes ojos facetados que parecían escrutar hasta el menor detalle de su entorno. No, su piel no era de color verde sino más bien tirando a cetrina... No se puede pedir a los escritores de literatura fantástica que acierten en todo.

Para empezar, y hablando en un impecable inglés (luego se supo que también dominaban a la perfección el español, el francés, el ruso y el chino junto con otra media docena más de idiomas terrestres), se apresuraron a pedir disculpas por su tardanza en aparecer a raíz de ser lanzados los folletos... Pero teníamos que comprender que les había llevado cierto tiempo aprender algunos de nuestros idiomas, al tiempo que necesitaron realizar también un estudio completo de los gérmenes y microorganismos patógenos existentes en el aire de nuestro planeta, en prevención de posibles infecciones frente a las cuales pudieran encontrarse inermes.

Acto seguido pasaron a debatir el tema en cuestión. Sí, habían sido ellos los autores del mensaje... Aunque todo se debía a un involuntario error que lamentaban profundamente. El verdadero destino de las octavillas era un sistema solar cercano, apenas a unos cuantos centenares de años luz de la Tierra; inexplicablemente, el convoy que las transportaba se había desviado de manera inadvertida de su ruta, circunstancia ésta que podía ocurrir con bastante facilidad al transitar por el hiperespacio al carecerse allí de posibles referencias que puedan servir de ayuda a la navegación. Lo cierto era que habían acabado en las proximidades de la Tierra sin haber advertido su error, por lo que procedieron a sembrar el planeta con las octavillas que tanto nos habían intrigado.

Como era de suponer, el mensaje de las mismas tenía forzosamente que sernos indescifrable por completo: Redactadas en idioma galáctico y acompañadas por una serie de mensajes luminosos, sonoros y táctiles comprensibles tan sólo para determinadas razas planetarias, difícilmente podrían haber sido interpretadas por una civilización atrasada (en relación con la media, por supuesto; se apresuraron a matizar) y que por ello se hallaba al margen de la organización galáctica. Pero la interferencia era ya inevitable y sólo cabía intentar subsanarla de la mejor manera posible, razón por la que habían decidido romper el aislamiento al que la Tierra, al igual que otros mundos primitivos, estaba sometida.

Ellos se comprometían a recoger la totalidad de las octavillas lanzadas que, a causa de su indestructibilidad y lo abultado de su número, estaban comenzando a causar problemas;

y, a modo de indemnización, prometían cedernos ciertos importantes conocimientos en el campo de la medicina y la agricultura. Lamentablemente aún no estábamos preparados para incorporarnos a la comunidad galáctica, razón por la que deberíamos continuar valiéndonos por nuestros propios medios todavía durante algún tiempo.

Realmente fueron muy amables; comprendieron también la curiosidad humana hacia las indescifrables octavillas cuyo misterio accedieron a explicar pese a que, volvieron a insistir, no estaban destinadas a nuestro planeta. Sí, estaban compuestas de un material condensado por métodos desconocidos para la tecnología terrestre que, lamentablemente, no podían describir con detenimiento al no ser expertos en la materia. En cuanto al mensaje en sí, éste se componía de dos palabras: La primera se podía interpretar aproximadamente como *absorba*, ya que en muchas razas no humanoides el concepto *beber* no tenía demasiado sentido. La segunda, por su parte, era completamente intraducible al tratarse de un nombre propio bajo cuya denominación se conocía en toda la galaxia -perdón, en casi toda- a una popular bebida refrescante o, según los casos, un líquido absorbible.

Evidentemente esta bebida no se comercializaba en la Tierra ni se haría mientras ésta se hallara aislada de la comunidad galáctica, circunstancia ésta muy lamentable ya que la calidad del refresco, elaborado con ingredientes procedentes de varias docenas de mundos distintos, superaba a todo lo conocido. Sí, ellos hubieran estado encantados de podérnosla suministrar; por cierto, ¿habían olvidado decirnos que eran los representantes exclusivos de la marca en este sector estelar? Pero las leyes galácticas eran muy estrictas al respecto prohibiendo taxativamente el comercio con planetas cerrados al tráfico interestelar.

Desde entonces han pasado varios años y la Tierra ha recobrado su ritmo habitual. Los extraterrestres cumplieron con su promesa de recoger todas las octavillas; sin embargo, todavía no han vuelto para, tal como prometieron, enseñarnos cómo combatir el cáncer o el sida, o cómo hacer fértiles a los desiertos... De hecho, los únicos recuerdos que quedan en nuestro planeta de la primera visita procedente de otros mundos son, además de la avalancha de papel impreso conservado en las hemerotecas, los varios millones de octavillas que conservan, a modo de recuerdo, numerosos ciudadanos de todos los países del planeta; aunque, de hacer caso a rumores no confirmados, varias cajas de botellas de la famosa bebida estarían celosamente custodiadas en los sótanos del Kremlin y de la Casa Blanca.

DELENDA EST RATIO

Durante miles de millones de años, los pkarr habían practicado a todo lo largo y ancho de la galaxia lo que para ellos era simplemente una saludable y necesaria profilaxis aunque sus víctimas no hubieran dudado un instante en calificarlo como genocidio: el exterminio masivo y total de todas aquellas especies animales en las que hubiera brotado la chispa de la inteligencia.

Bajo su punto de vista tan drástico comportamiento no podía ser más lógico. Habiendo sido los primeros en abandonar la pura y simple animalidad y también los primeros en recorrer hasta el final la larga senda del intelecto, no deseaban que nada ni nadie pudiera llegar a disputarlos su secular dominio de la galaxia. Para ellos la Vía Láctea no era sino su patrimonio personal que les pertenecía en exclusiva por el simple hecho de haber llegado los primeros... Y a buen seguro que no estaban en modo alguno dispuestos a compartirla con nadie.

Esto no quiere decir ni mucho menos que los pkarr se propusieran exterminar hasta el último brote de vida: Amén de que probablemente no hubieran podido llegar a hacerlo, lo cierto es que les gustaba disfrutar de todo aquello que les ofrecía su posesión galáctica incluido el universal fenómeno de la vida... Siempre y cuando su nivel de inteligencia no rebasara el correspondiente a un simple animal.

De hecho, los pkarr se comportaban igual que lo pudiera haber hecho un jardinero celoso de su trabajo mimando los arriates de flores al tiempo que arrancaban tanto las malas hierbas como todos los brotes de árboles que pudieran amenazar con su futuro crecimiento al majestuoso ejemplar que se alzaba solitario dominando toda la extensión del jardín.

Un buen día los responsables de uno de los sectores de la galaxia estimaron necesario erradicar un brote de inteligencia que se había producido en el tercero de los nueve planetas que conformaban el sistema solar de una pequeña estrella amarilla. La operación de limpieza se desarrolló, tal como cabía esperar, de una manera tan rápida como precisa; apenas tres ciclos temporales después la amenaza había sido conjurada al tiempo que se evitaba el menor trastorno en el delicado equilibrio ecológico del planeta, en el que todo seguía igual que antes a excepción del exterminio de varios miles de millones de seres vivos e inteligentes; al fin y al cabo, a ellos también les gustaban los animales.

* * *

A pesar del tiempo transcurrido desde que tuviera lugar la catástrofe, nadie en la Tierra ha conseguido aún explicarse la razón de la brusca extinción de todos los insectos sociales que poblaban el planeta a causa de una repentina esterilidad de las reinas de hormigas,

termitas y abejas, las cuales habían dejado de poner huevos... Y esto sin que se produjera el menor trastorno en equilibrios ecológicos tan delicados como la polinización o los hábitos alimenticios de tantos y tantos insectívoros, todos ellos reajustados tan perfecta como misteriosamente. De hecho, los únicos que parecieron echar de menos a los extintos insectos fueron los aficionados a la miel y a todos sus derivados.

EXPLORACIÓN PELIGROSA

El mismo día en que los extraterrestres aterrizaron por fin en la Tierra buscando establecer contacto permanente con sus habitantes racionales, tuvieron que marcharse horrorizados al descubrir que los terrestres -idénticos a ellos si bien mucho más atrasados culturalmente como, por otro lado, cabía esperar- eran esclavizados y cruelmente devorados por unos bípedos salvajes con los que fue totalmente imposible mantener la más mínima comunicación.

Y es que, a las primeras de cambio, estos bárbaros asesinos descuartizaban a cuantos exploradores caían en sus manos mostrando además especial predilección por las extremidades inferiores de los mismos a las que, en su burdo lenguaje, denominaban con el nombre de *jamones*.

EL PEOR CASTIGO

Es sabido por todos que la incorporación de la Tierra a la comunidad galáctica supuso, hace ahora varias décadas, un cambio trascendental y drástico en la vida de los terrestres. La tecnología, la economía, la práctica totalidad de las disciplinas científicas... Nada podía ser igual desde que descubrimos que no estábamos solos en el cosmos, y además comenzamos a relacionarnos -no siempre con resultados positivos- con los miles de civilizaciones que existían en la galaxia.

Sin embargo, y a pesar de que todos nosotros nos hemos visto afectados en mayor o menor medida por esta relación (¿quién no tiene en su casa algún producto alienígena?), lo cierto es que la interrelación cultural ha sido mucho menos intensa que la económica o la tecnológica, como por otro lado era fácil suponer. Y así, aunque hoy nos es familiar el aspecto físico de las principales razas extraterrestres y los medios de comunicación nos inundan con más noticias sobre ellos de las que podemos asimilar, lo cierto es que aún hoy son muy pocos los terrestres que se han relacionado en profundidad con nuestros vecinos.

Nada de particular tiene, por otro lado, esta circunstancia, repetida durante siglos a menor escala en nuestro planeta cuando la inmensa mayoría de las personas nacían, vivían y morían sin desplazarse mucho más allá de su lugar de residencia y sin relacionarse prácticamente nunca no ya con extranjeros, sino incluso con viajeros procedentes de fuera de su región... A pesar de saber perfectamente que existían otras muchas naciones en el mundo.

Comerciantes, navegantes (ahora sustituidos por astronautas), políticos, diplomáticos, científicos, algunos periodistas... Y poco más. Estos colectivos sí mantenían relaciones continuadas con los extraterrestres e incluso, en ocasiones, habían trasladado su residencia a otros planetas; pero se trataba de una fracción ínfima de la población de nuestro planeta y además, salvo en contadas excepciones, no solían preocuparse demasiado por las peculiaridades culturales y sociales de las razas extraterrestres. En consecuencia, estas culturas eran tan desconocidas en la Tierra como la cultura terrestre lo era fuera de nuestro sistema solar.

Sin embargo, el estudio de las mismas era tan apasionante como variadas resultaban ser sus diferencias. Si en la propia Tierra existían ya contrastes culturales importantes a pesar de tratarse de una única especie proveniente de un tronco común, es fácil imaginarse la infinita cantidad de variantes que podían encontrarse al comparar las distintas sociedades que habitaban en las estrellas. De hecho, muchas de estas peculiaridades eran imposibles de entender para una mente ajena a quienes las habían generado, lo que había provocado la creación de una especie de esperanto cultural que permitía las relaciones entre las distintas especies al precio de reducir éstas a un plano estrictamente superficial.

Realmente era muy difícil, cuando no prácticamente imposible, sumergirse en el seno de la mayor parte de las sociedades alienígenas, y eran muy pocos los terrestres que lo habían conseguido. En lo que a mí respecta mi profesión (recorría planeta tras planeta en busca de mercancías susceptibles de ser importadas a la Tierra) me facilitaba relativamente las cosas, por más que mi interés innato se estrellara casi siempre contra el férreo muro de la incomunicación intercultural. No obstante, y a pesar de todo ello, creo que puedo presumir de ser uno de los pocos terrestres que han llegado a comprender relativamente bien a los alienígenas... Aunque con ello no dejaba de ser el tuerto que reinaba en el país de los ciegos.

Estaba, pues, más que curado de espantos cuando llegué a Kalpunt, el planeta capital del imperio autuni. Era este imperio una de las grandes potencias tecnológicas y económicas de la confederación galáctica, pero su extremada lejanía de la Tierra había hecho que nuestros contactos con ellos fueran extremadamente limitados. Sin embargo yo estaba interesado en un nuevo modelo de convertidor de energía que acababan de patentar, por lo que me presenté allí con la mente libre por completo de prejuicios pertrechado con la escasa bibliografía que pude encontrar sobre los autunis.

En la práctica esta información me resultó muy poco útil, ya que se trataba de traducciones bastante malas de unos originales vaisaii que intentaban explicar el modo de vida autuni... Desde un punto de vista vaisaii, lo cual me era de muy poca ayuda dado que estos últimos no eran menos extraños que mis anfitriones ante los ojos de un terrestre.

Mucho más prácticos resultaron ser los consejos del encargado de negocios terrestres (ni siquiera teníamos embajada allí), un locuaz italiano que vegetaba en aquel perdido rincón del cosmos purgando probablemente el castigo a alguna inconfesada negligencia cometida en el desempeño de su labor diplomática. Reunido en su residencia con la totalidad de la colonia terrestre residente en Kalpunt (él, su estirada esposa y un sirviente que parecía mudo en llamativo contraste con la verborrea de mi anfitrión), tuve ocasión de conocer entre chisme y chisme algunos pequeños retazos de la compleja idiosincrasia autuni.

Así, supe que incluso bajo los tolerantes criterios que regían las relaciones internacionales, los autunis eran unánimemente considerados como unos bichos bastante raros. Reservados y herméticos, eran extremadamente celosos de su intimidad digamos cultural, aunque eso no impedía que se comportaran escrupulosamente con los escasos visitantes que recalaban en sus planetas. Respetuosos siempre con sus huéspedes, cultivaban la hospitalidad hasta extremos insospechados aunque, eso sí, manteniendo siempre las distancias.

-Son amables hasta la exasperación y te abruman con todo tipo de detalles. -se explayaba el diplomático bajo los efectos del excelente vino que había tomado la precaución de traer conmigo- Pero no intentes siquiera hacerte amigo suyo; te rechazarán

de plano aunque, eso sí, lo harán con toda la cortesía del mundo procurando no herir en lo más mínimo tu sensibilidad. Llevo ya tres años aquí -se lamentó- y no he conseguido hacer ni un solo amigo entre ellos; menos mal que están los representantes diplomáticos, porque si no...

-Lamento por usted que sea así; -respondí- pero a mí eso no me tiene por qué afectar demasiado. Al fin y al cabo, lo único que pretendo es comprarles una patente.

-Entonces no tendrá ningún problema en tratar con ellos, ya que son unos excelentes vendedores aunque, eso sí, fríos como un témpano.

-Me las he visto bastante peores. -comenté a mi vez- Recuerdo que una vez, en el Cinturón Voort...

El resto de la velada discurrió sin mayor interés, si exceptuamos el empeño puesto por mi anfitrión en demostrarme sus habilidades cantando arias de Verdi. En fin; como ya dije, me las había visto peores.

Al día siguiente recibí la visita del *acompañante*, una institución del gobierno autuni destinada a todos (en verdad pocos) los visitantes; se trataba de unos funcionarios especiales, expertos en relaciones exobiológicas, cuya misión era acompañarnos allá donde fuéramos ayudándonos a resolver todos cuantos problemas pudieran surgirnos en nuestras relaciones con los nativos. También oficiaban de intérpretes, lo cual era muy de agradecer teniendo en cuenta lo enrevesado de su idioma.

Mi acompañante, al que llamaré Juan dado que sería imposible transcribir su verdadero nombre, era un buen chico... Todo lo buen chico que pudiera ser alguien tan hierático y distante como un autuni. Se desvivía por atenderme en todos los detalles con la cortesía típica de su raza, a la vez abrumadora y distante, pero en el fondo yo sabía que nunca podríamos intimar ni aun cuando conviviéramos durante años; los autunis no despreciaban a ninguna otra raza ni se sentían superiores a ella, pero aunque las respetaban jamás se mezclaban con ellas.

No voy a relatar, por innecesario, todos los pormenores de mi viaje, que por cierto pude saldar con éxito; pero sí deseo comentar, por ser representativo del carácter de esta raza, un episodio que me impresionó vivamente. Estábamos una noche Juan y yo de vuelta a nuestra residencia después de una maratoniana sesión de negociaciones, cuando éste conectó la televisión o, por hablar con mayor propiedad, el equivalente autuni de ella. Yo no le prestaba la menor atención dado que maldito era lo que entendía, pero Juan mostró un gran interés por la noticia que estaban retransmitiendo en esos momentos.

Según me explicó, se trataba de un juicio sumarísimo contra un gran criminal, criminal según las leyes locales ya que yo no conseguí enterarme de cual había sido su delito. Este

juicio se había desarrollado con gran expectación durante el equivalente a varias semanas terrestres, y en ese momento se iba a emitir el veredicto.

Tras asistir embobado a la retransmisión durante más de una hora, Juan se dirigió finalmente a mí pidiéndome disculpas a la vez que me explicaba cual había sido la sentencia: El reo había sido condenado a cinco penas de muerte.

Bien, posteriormente supe que la justicia autuni era extremadamente severa, pero al fin y al cabo una condena tan reiterativa no era necesariamente extraña a mis ojos; al fin y al cabo los tribunales terrestres también solían fallar sentencias de este tipo cuando el reo era considerado culpable de varios delitos por más que en la práctica la condena real fuera muy inferior a la teórica. Al fin y al cabo, le comenté jocoso, a nadie se le podía privar de libertad por un tiempo superior al de sus expectativas de vida, ni por supuesto se le podía ejecutar más de una vez.

-Te equivocas. -me rebatió- Cuando aquí se sentencian cinco condenas de muerte, es que son cinco sentencias de muerte. Ni una menos.

-Me tomas el pelo. -respondí- ¿Cómo se puede matar a alguien más de una vez? ¿Acaso los autunis tenéis más de una vida? -me burlé- En la Tierra tenemos un animal doméstico que dice tiene siete vidas, aunque lo cierto es que se muere exactamente igual que cualquier otro.

En realidad Juan no tenía el menor parecido con un gato... Ni con cualquier otra especie animal de la Tierra incluyéndonos a los humanos, y de hecho no sólo su aspecto físico vagamente humanoide, sino también su metabolismo eran completamente distintos a los nuestros. Sin embargo, la fisiología de su organismo era equivalente a grandes rasgos a la nuestra: Tenían un cerebro, un corazón, un aparato digestivo, un esqueleto... Y desde luego, eran tan mortales como cualquier hijo de vecino.

-El equivocado eres tú. -era evidente que no había captado mi ironía- Nosotros morimos exactamente igual que vosotros, aunque nuestra medicina está mucho más avanzada que la vuestra y en consecuencia, la longevidad de nuestra especie es superior.

Posteriormente sabría que la medicina autuni había conseguido erradicar prácticamente todas las enfermedades, no sólo las infecciosas sino también las degenerativas, por lo que la mortalidad de esta raza se debía básicamente a los accidentes y los suicidios. Eran precisamente estos últimos la forma en la que acostumbraban a acabar su vida los autunis; esto se debía a que, de acuerdo con las peculiaridades de su filosofía, estimaban que la existencia de cada persona debía concluir cuando ésta decidiera libre y voluntariamente que habían quedado cubiertas todas las metas que se habían trazado en la vida... Pero cuando morían, morían del todo, y por supuesto tan sólo una vez.

-De acuerdo. -me mostré conciliador- Era tan sólo una broma. Lo que quería decir, es que tan sólo la primera ejecución podrá ser real, mientras el resto resultarán ser meramente simbólicas; en mi planeta hubo períodos históricos en los que se hizo algo similar. -añadí, no sin cierto estremecimiento, recordando episodios tales como cuando la Inquisición quemaba a los reos después de haberlos estrangulado, o cuando éstos eran descuartizados con posterioridad a su ejecución.

-Te equivocas de nuevo. -insistió- En este caso las cinco ejecuciones serán reales, ya que el reo ha sido condenado a morir cinco veces; ni una menos.

-Pues tú me dirás cómo lo van a conseguir; como no sea que las primeras veces lo maten mal... -la ironía volvía a escapárseme a pesar de que sabía de sobra que se trataba de algo completamente ajeno a la austera idiosincrasia autuni.

-Es mucho más simple que todo eso. -fue la sorprendente respuesta- Sencillamente, al reo se le resucita después de cada ejecución excepto, claro está, la última. Y para que el castigo sea todavía más ejemplar, entre una ejecución y la siguiente el condenado sufre un prolongado período de prisión. En total, calculo que el proceso completo durará alrededor de cincuenta o sesenta años terrestres.

Era cierto. La medicina de mis anfitriones hacía auténticos milagros ya que no sólo conseguía mantenerlos con vida, y en perfecto estado físico, durante períodos de tiempo equivalentes a varios siglos, sino que además era capaz de resucitar a la inmensa mayoría de los fallecidos en accidente, a excepción de aquéllos en los que el cuerpo quedaba destrozado o el cerebro sufría daños irreversibles. Una combinación de sofisticadas prótesis artificiales y de trasplantes de órganos cultivados *in vitro* a partir de muestras de tejidos procedentes de los propios pacientes, unida al dominio de técnicas de reanimación insospechadas para los terrestres, tenían la virtud de operar el aparente milagro.

Aunque en principio estas técnicas habían sido desarrolladas de cara a salvar las vidas de los accidentados, eran también utilizadas para la aplicación de las sucesivas penas de muerte. El reo era ajusticiado por vez primera utilizando métodos que no dañaban al cerebro ni destruían el cuerpo, pero que provocaban realmente su muerte. El cadáver era entonces conservado en un estado de hibernación suspendida mientras con las muestras de tejidos que habían sido tomadas del cuerpo previamente a la ejecución se cultivaban los órganos que era preciso reemplazar. Cuando éstos estaban listos se reanimaba al cadáver y se hacían las operaciones necesarias para que éste volviera a la vida, dejándole a la espera de la siguiente ejecución.

-Me parece una crueldad de lo más refinado. -comenté a Juan una vez hube comprendido la totalidad del proceso.

-Él cometió crímenes gravísimos y ha de pagar por ello; es lo justo, y es la ley. -respondió.

-Supongo que la ejecución será un proceso doloroso y cruel, algo que cause auténtico espanto...

-Todo lo contrario. Es completamente indolora y extremadamente rápida, por lo que el reo no sufre lo más mínimo. Nuestra justicia es severa, pero no somos ningunos sádicos.

-Entonces... -mi perplejidad era auténtica.

-El castigo no está en el hecho físico de morir varias veces; para nosotros la muerte no es ninguna tragedia sino un simple tránsito que todos nosotros deseamos cuando llega nuestra hora. El castigo verdadero -enfatizó- estriba en el dolor que le produce al condenado saber que su alma será liberada varias veces de su cuerpo pero permanecerá prisionera del mismo puesto que tarde o temprano se verá obligada a retornar a él.

Poco era lo que yo conocía de las creencias, más filosóficas que religiosas, de los autunis, pero no ignoraba que creían en la existencia del alma considerándola como el estado final y definitivo de cada individuo. Su vida mortal sería así algo equivalente al período larvario de los insectos, una etapa de formación cuya única misión era la de prepararlos para su verdadera vida de adultos, a la cual accedían voluntariamente cuando cada autuni estimaba que estaba preparado para ello.

Se comprende así que la pena de muerte fuera para ellos un terrible castigo, no por el hecho en sí de perder la vida sino por la circunstancia de acceder al estado *adulto* (valga la metáfora) antes de estar preparado para ello. Aún más, las múltiples condenas a muerte añadían el castigo accesorio de condenar al alma a retornar de nuevo a su estado larvario -es decir, mortal- después de haberse visto libre de las ataduras carnales.

-Comprendo... -admití al fin.

-No, es imposible que lo puedas comprender. -me rebatió- Nunca podrás hacerlo, puesto que tu mente es incapaz de entender nuestra filosofía más profunda. Como mucho, -concedió- podrías llegar a tener una idea más o menos aproximada, pero nunca pasarás de ahí; ni la estructura de tu mente ni tu formación cultural te lo permiten. Somos demasiado diferentes para ello.

-Supongo que tienes razón... En fin; -suspiré- quedémonos con los grandes avances de vuestra medicina, capaz de resucitar a los muertos. ¡Ojalá en la Tierra tuviéramos algo similar!

-No serviría para nada, salvo para crearos problemas. Por idénticos motivos yo tampoco puedo comprender en profundidad vuestros procesos mentales a pesar de que he

sido especialmente preparado para ello, pero sé que los humanos tenéis un concepto completamente distinto al nuestro de lo que es la muerte. Lo que para nosotros es simplemente un tránsito, una metamorfosis que nos conduce a un estadio superior, a vosotros os aterra puesto que lo veis como un final al que intentáis evitar por todos los medios. Vuestro instinto de conservación es tan fuerte, tan animal, que lejos de utilizar nuestros conocimientos para conseguir que la muerte llegara a su hora y no antes, los emplearíais para intentar convertiros en inmortales.

-Pero nuestras religiones... -objeté.

-Sí, sé perfectamente que todas vuestras religiones os prometen una vida después de la muerte; pero sinceramente, ¿creéis en ello? ¿Existe siquiera algún terrestre que desee la muerte a toda costa convencido de que le espera una vida mejor? ¿Conoces algún suicida que ponga fin a su vida no por huir de los problemas que le atenazan, sino porque busque el tránsito a la espiritualidad?

-Me temo que no. -confesé.

Y eso fue todo. No tenía ya ningún sentido seguir hablando sobre un tema acerca del cual carecíamos de cualquier punto en común, por lo que tácitamente decidimos derivar nuestra conversación hacia temas menos comprometidos. Al fin y al cabo ésta y no otra era la misión de mi acompañante, y no la de intentar iniciarme en sus arcanos escatológicos. Y yo lo acepté, prefiriendo una disertación sobre el mucho más inofensivo, aunque no menos incomprensible para mí, arte plástico autuni.

Desde entonces ha pasado bastante tiempo durante el cual he visitado un buen número de planetas, todos ellos exóticos bajo el prisma de la mente humana; pero nunca he vuelto a encontrarme con ningún caso que me haya impresionado tanto como el estoicismo de los autunis.

EL FIN DEL MUNDO

El fin del mundo llegó cuando menos se esperaba, y lo hizo de la manera más discreta que nadie hubiera imaginado jamás: Simplemente, el Sol se apagó. No fue una extinción gloriosa en forma de nova o supernova tal como predecían las teorías astrofísicas, ni tampoco colapsó sobre sí mismo para formar una de esas extrañas estrellas enanas que tanto intrigaban a los astrónomos... Simplemente se apagó, como se apaga una lámpara al apretar el interruptor. Seguramente esta insólita muerte estelar hubiera hecho correr ríos de tinta (o megabytes de información) en los círculos científicos, pero ya nadie quedaba vivo para certificar su defunción.

La extinción de la vida en la Tierra fue rápida y relativamente tranquila, y duró los escasos días que ésta tardó en enfriarse. Cuando el moribundo planeta terminó de radiar al espacio los últimos restos de la postrer energía recibida del Sol, quedó convertido en un astro inerte en el que había desaparecido todo atisbo de seres vivos. Tan sólo su calor interno, insuficiente a todas luces para alentar vida, impedía que su enfriamiento fuera total, pero eso ya no importaba puesto que la Tierra había muerto para siempre.

* * *

Los ecologistas (en realidad este término no es correcto, pero de alguna manera había que denominarlos) del Séptimo Sector Galáctico estaban realmente indignados. El Gobierno Sectorial, desoyendo todas las protestas y todas las recomendaciones, finalmente había llevado a cabo el controvertido proyecto de construcción de la nueva y a todas luces desmesurada estación de tránsito intergaláctico.

Es sabido que las estaciones de tránsito son unos enormes vórtices energéticos que distorsionan la estructura pluridimensional del espacio creando los atajos que permiten cruzar el universo de un extremo a otro sin necesidad de estar sometidos a las restricciones relativistas; tales estaciones de tránsito son imprescindibles para el desarrollo de las civilizaciones galácticas, por lo que nadie, ni tan siquiera los ecologistas más radicales, cuestiona su existencia. Sin embargo, dado que su construcción origina daños irreparables en el medio ambiente al precisar un volumen de muchos parsecs cúbicos completamente libre de estrellas, es conveniente elegir bien el lugar de su emplazamiento buscando que la inevitable destrucción de estrellas sea lo más limitada posible.

Y aquí es donde comenzaron las discrepancias entre el Gobierno Sectorial, que consideraba imprescindible la construcción de la nueva estación de tránsito para potenciar el desarrollo económico de uno de los sectores más deprimidos y olvidados de la galaxia, y unos ecologistas que se oponían frontalmente a la destrucción de uno de los escasos parajes naturales que milagrosamente se había conservado completamente virgen hasta entonces.

En las estrellas amenazadas de destrucción, afirmaban estos últimos, existían unos ecosistemas ricos y variados que presentaban una enorme biodiversidad a la que era preciso preservar.

Las estrellas *desactivadas* -éste era el eufemismo utilizado por los políticos- apenas pasarían de unos cuantos miles, contraatacaba a su vez el consejero de Obras Públicas del Gobierno Sectorial, y en sus sistemas planetarios no había nada digno de ser preservado ya que en ellos tan sólo vivían tan sólo unas cuantas formas inferiores de vida que ni tan siquiera habían logrado desarrollar la navegación interestelar. Su desaparición, según este alto cargo, no supondría pues ninguna pérdida irreparable. Había que dar paso al progreso, remachaba con énfasis en sus intervenciones públicas, y esto no se podía hacer sin pagar algunos costes.

Era una lucha desesperada de David contra Goliat, pero en esta ocasión era el gigante quien llevaba las de ganar. En un movimiento desesperado los defensores de la región amenazada constituyeron una coordinadora de defensa del patrimonio que se dirigió al Gobierno Central Galáctico denunciando lo que consideraban una actuación ilegal del Gobierno Sectorial, al tiempo que reclamaban la suspensión del controvertido proyecto así como la conversión en parque natural de toda la zona objeto de discusión. Por desgracia para ellos el Gobierno Central hizo oídos sordos a sus reivindicaciones alegando que el Gobierno Sectorial tenía transferidas todas las competencias sobre medio ambiente, por lo que era a él a quien debían dirigirse.

Así pues, la estación de tránsito se construyó finalmente para desesperación de todos aquéllos que se habían manifestado contrarios a ella. Por fortuna sus movilizaciones no fueron del todo baldías, ya que a la luz de los escándalos financieros desatados poco después de la inauguración de este centro de comunicaciones (se descubrió que los propietarios de las zonas limítrofes a la estación de tránsito, parientes y amigos todos ellos de varios de los consejeros, habían hecho espléndidos negocios especulando ferozmente con las plusvalías de sus propiedades) el Gobierno Central se apresuró a promulgar una ley intentando cortar de raíz con estos abusos.

Por desgracia la nueva ley, aplaudida unánimemente por la inmensa mayoría de los sectores sociales, no llegó a tiempo para impedir que se destrozara bárbaramente un ecosistema singular en todo el ámbito de la galaxia.

PLUS ULTRA

La *Plus Ultra* no era una astronave cualquiera. Tampoco era un simple prototipo. Era más, mucho más. Era el cénit de la civilización humana, el exponente máximo de su tecnología y de su orgullo como raza. Era el broche de oro que culminaba miles de años de ininterrumpida evolución. Era la llave de la Última Frontera.

El hombre, ser inquieto y curioso por naturaleza desde el mismo instante en el que había prendido en él la chispa de la inteligencia, había amado siempre los retos buscando con afán la manera de vencerlos. Por esta razón el espíritu de la frontera, fuertemente arraigado en su alma, le había empujado durante milenios en busca del Más Allá. Un Más Allá cada vez más lejano, cada vez más tentador, cada vez más esquivo.

Primero fueron las Columnas de Hércules, el *Finis Terrae* de la Antigüedad. Posteriormente lo fue el océano Atlántico, el *Mar Tenebroso* que alimentara tantas leyendas medievales. A lo largo de varios siglos las fronteras se establecieron en los continentes americano y africano, en las vastedades asiáticas, en la pléyade de islas que constelaban el océano Pacífico, en los dos polos, en las selvas vírgenes, en las cordilleras inaccesibles, en las profundidades abisales... Y cuando toda la inmensa extensión del globo terrestre había sido hollada por la inquieta estirpe de Adán, cuando los mapas no mostraban ya ninguna región en blanco, surgió el gran reto del espacio.

El hombre pisó la Luna, envió sondas a los principales astros que giraban en torno al Sol y, finalmente, exploró todos ellos. Durante algún tiempo, largo frente a una vida, pero inmensamente breve en comparación con la historia de la humanidad, alentó de nuevo la vieja y perdida ilusión de explorar nuevos lugares y descubrir tierras vírgenes, no por inhóspitas menos cautivadores. Y la poesía anidó de nuevo en su espíritu.

Pero al igual que ocurriera con la vieja y entrañable Tierra, también el Sistema Solar se acabó quedando pequeño. Y entonces el hombre buscó nuevas metas en las que poder volcar su afán. Sin embargo, la barrera era esta vez infinitamente mayor. El salto a las estrellas, aun a las más próximas, se mostraba imposible a causa de lo desmesurado de las distancias que las separaban de nuestro planeta, y lo seguiría siendo aún durante mucho tiempo.

Pese a las dificultades, la humanidad no cejó un solo momento en su empeño, pero hubieron de pasar siglos antes de que pudiera estar en condiciones de dar el gran salto que le permitiera franquear la última y definitiva frontera.

Y el gran momento había llegado. Fueron precisos los esfuerzos ininterrumpidos de varias generaciones de científicos y técnicos, y se habían consumido ingentes cantidades de recursos de todo tipo en aras del ansiado fin que ya era una tangible realidad: La *Plus*

Ultra, la astronave destinada a alcanzar las estrellas por vez primera en la historia de la humanidad.

El espíritu de los exploradores, por largo tiempo adormecido, volvió a brotar con fuerza en el alma de quienes sólo por los libros de historia conocían a personajes tales como Nearco, Marco Polo, Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Magallanes, Cook, Livingstone, Admunsen y tantos otros que a lo largo de los siglos habían logrado que la curiosidad triunfara sobre todas las dificultades interpuestas en el camino por la siempre arrogante Naturaleza. Y así, una nueva estirpe de aventureros intrépidos y arrogantes floreció en el viejo tronco de la varias veces milenaria civilización.

No faltarían voluntarios para la gran expedición, a pesar de la incertidumbre que se cernía no ya sobre su desarrollo, sino incluso sobre las propias vidas de los participantes en la misma. Científicos de acrisolada valía, astronautas curtidos por largos años de navegación a lo ancho de todo el Sistema Solar, militares aguerridos pese a la ausencia total de conflictos bélicos desde varias generaciones atrás... Así pues, bien podría afirmarse sin riesgo a incurrir en error, que la *Plus Ultra* contaba con la mejor tripulación posible.

El viaje sería largo, la astronave era de gran tamaño y los experimentos a realizar muy numerosos y complejos, a lo cual había que sumar la presencia en la *Plus Ultra* de un pequeño pelotón de soldados cuya misión era defenderla de posibles ataques de algún ignorado enemigo. Por ello su dotación era numerosa, casi quinientas personas entre tripulantes, científicos y soldados, cada uno de los cuales tuvo que competir con millones de rivales para lograr el ansiado puesto. Después de la selección vino un no menos duro entrenamiento que sólo los más capaces -y ellos lo eran- habrían sido capaces de superar, lo que no impidió que se produjeran un elevado número de bajas rápidamente cubiertas por los aspirantes que habían sido rechazados en la primera selección. Y finalmente... La gran aventura estaba a punto de tener lugar.

La *Plus Ultra* había invertido varios meses en recorrer todo el Sistema Solar, e incluso había realizado algunas incursiones en el espacio profundo hasta más allá de la Nube de Oort, límite teórico del Sistema Solar. Había llegado, pues, mucho más lejos que cualquier otro objeto, tripulado o no, construido por la tecnología terrestre, pese a lo cual todos estos vuelos de prueba suponían tan sólo una porción infinitesimal del recorrido que habría de efectuar en su viaje definitivo con destino a la estrella Tau Ceti, elegida, a pesar de no ser la más cercana al Sol, por su similitud con la estrella central de nuestro sistema planetario, lo que permitía esperar la existencia de planetas similares a la Tierra girando en torno suyo.

Durante toda esta etapa la *Plus Ultra* se había comportado con total satisfacción, rebasando con creces las previsiones más optimistas aunque sin rebasar en ningún momento la velocidad de la luz. El ensayo del propulsor hiperlumínico, auténtica razón de ser de la astronave, tendría lugar con el viaje definitivo; el gran tamaño, y la no menor complejidad de este sistema propulsor, habían impedido estudiar su funcionamiento en

sondas automáticas, mientras la especial naturaleza del vuelo imposibilitaba asimismo hacerlo con la propia *Plus Ultra* gobernada por control remoto, al no ser posible mantener el contacto con ella una vez rebasada la velocidad de la luz.

Esta misma limitación impediría asimismo la comunicación por radio entre los controles de tierra y la tripulación de la *Plus Ultra* una vez iniciado el histórico viaje; dado que la astronave se desplazaría, durante la mayor parte de su recorrido, a velocidades hiperlumínicas, las ondas de radio jamás la podrían alcanzar al ser más veloz que ellas mientras que, al llegar a su destino, se encontraría a varios años luz de distancia o, lo que es lo mismo, con varios años de demora frente a una hipotética conversación con la Tierra. Por esta razón, serían los propios tripulantes los que traerían las noticias de su viaje a su retorno a la Tierra, en una curiosa y paradójica similitud con lo ocurrido durante la época de las grandes exploraciones oceánicas.

Se calculaba que la *Plus Ultra* tardaría entre tres y cuatro meses en llegar a su destino, por lo que la duración total del viaje se podía estimar en al menos un año teniendo en cuenta también tanto el viaje de retorno, como un tiempo mínimo necesario para una exploración de los hipotéticos planetas del sistema de Tau Ceti, período de tiempo que en realidad sería mayor al ser necesario prever cualquier posible retraso. No se trataba de un tiempo excesivo comparándolo con el invertido habitualmente por centenares de astronaves en sus recorridos a través del Sistema Solar, pero lo que sí suponía una novedad y un notable inconveniente, era la circunstancia de que durante todos estos meses en la Tierra no se tendría noticia alguna de la expedición. Si todo salía bien no habría más problemas que un molesto retraso en el conocimiento de los resultados de la misión, pero si sucedía algún percance, la única respuesta sería el silencio. Pero como nada se podía hacer por evitarlo, tan sólo cabía confiar en la suerte.

Así pues no habría vuelo experimental alguno, y la propulsión hiperlumínica sería probada por vez primera durante su histórico viaje a Tau Ceti. Éste era un riesgo que resultaba preciso asumir, y así lo hicieron la totalidad de los integrantes de su dotación.

Respecto a los efectos que el viaje hiperlumínico pudiera provocar en el organismo humano, tan sólo cabía especular. Los estudios teóricos predecían unas distorsiones espaciales muy importantes prácticamente imposibles de cuantificar, razón por la cual el interior de la *Plus Ultra* estaría protegido por un campo de fuerza -o de éxtasis, conforme a la terminología de sus constructores- que, al menos sobre el papel, debería contrarrestar los perniciosos efectos de este fenómeno. A diferencia de lo postulado por tantos y tantos escritores de literatura de anticipación, no tendría lugar la famosa dilatación temporal presuntamente predicha por la Teoría de la Relatividad, al menos de forma apreciable, debido a una serie de fenómenos imposibles de demostrar sin recurrir a las complicadas teorías que permitían justificar la posibilidad real de que un móvil pudiera viajar a mayor velocidad que la luz.

El día fijado para la partida de la *Plus Ultra* rumbo a su lejano e incierto futuro fue celebrado por toda la humanidad como no se había hecho desde muchas generaciones atrás... Y ciertamente, la ocasión lo merecía. Anclada a la estación orbital L4, situada en uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, la *Plus Ultra* se encontraba respetuosamente rodeada por miles de astronaves ansiosas de presenciar en directo el inicio de su histórico viaje. Claro está que su verdadera partida, entendiendo como tal la propulsión de los impulsores hiperlumínicos con su consiguiente desaparición de la vista de sus espectadores, tendría aún que esperar.

Inicialmente era preciso realizar una compleja maniobra que la sacara del plano de la eclíptica, ya que la constelación de la Ballena a la que pertenecía Tau Ceti no se encontraba en el zodíaco. Una vez establecido su rumbo, la *Plus Ultra* debería viajar a velocidades sublumínicas hasta rebasar la nube de Oort, por ser ésta la única forma posible de evitar el riesgo de colisión -peligro remoto, pero real y de nefastas consecuencias para los viajeros si llegaba a ocurrir- con alguno de los numerosos desechos que salpicaban esta desolada región del espacio. Esta precaución resultaría inútil a su llegada a Tau Ceti dado que se ignoraba la distribución de su hipotético sistema planetario, razón por la cual se había optado por abandonar la velocidad hiperlumínica a una distancia prudencial a esta estrella, similar al radio de la nube de Oort solar más un margen razonable de seguridad.

Comenzar el viaje hiperlumínico a una distancia tan grande del Sol tenía asimismo una segunda ventaja, la de minimizar los efectos de su campo gravitatorio sobre la trayectoria de la astronave, más desviada de su objetivo cuanto mayor fuera la atracción sobre la misma. Teniendo en cuenta que se trataba de realizar a ciegas un salto de casi doce años luz, y que la posible existencia de obstáculos en su destino resultaba completamente desconocida, toda precaución sería poca.

Y finalmente llegó el momento. La *Plus Ultra* desatracó de la estación orbital, se alejó majestuosamente de ella unos miles de metros y, tras enfilar la proa, conectó los motores convencionales que habrían de llevarla hasta los confines del Sistema Solar, seguida por varios centenares de astronaves que la acompañarían hasta Júpiter, primera escala de su largo periplo. Para abandonar el plano de la eclíptica estaba prevista una complicada carambola cósmica que precisaba del efecto conjunto de las atracciones gravitatorias de Júpiter y el Sol, la cual no estaba al alcance de las pequeñas astronaves que viajaban con ella. Una vez estuviera fuera de la eclíptica, la *Plus Ultra* sería escoltada por dos cruceros de la Armada que, a su vez, se volverían sobre sus pasos en la nube de Oort, dejando a los expedicionarios a merced de su propio destino.

Esta etapa duraría varios días, pasados los cuales comenzaría realmente el reto. Hasta entonces todo resultaría familiar, puesto que los viajes por el Sistema Solar hacía mucho tiempo que se habían convertido en rutinarios. En el momento previsto la *Plus Ultra* llegó al lugar marcado como origen de su viaje interestelar, con las tripulaciones de los dos

cruceros como únicos testigos privilegiados de la hazaña. Los cruceros tenían previsto retransmitir en directo el momento en el que la *Plus Ultra* conectara los motores hiperlumínicos penetrando en el enigmático hiperespacio, pero las señales de vídeo no llegarían a la Tierra sino hasta muchas horas después a causa de su lejanía.

El programa se desarrolló conforme a lo previsto. Para los miles de millones de espectadores repartidos por todo el Sistema Solar, la *Plus Ultra*, que había apagado previamente los motores convencionales y navegaba por inercia, comenzó a rodearse de una tenue luminosidad que, poco a poco, fue acrecentándose hasta difuminar la silueta de la astronave que se vislumbraba en su interior. Finalmente, tras un súbito destello, nave y aureola desaparecieron quedando en su lugar tan sólo el vacío, el mismo vacío desierto que estuviera en ese lugar desde los albores del universo. La Gran Aventura había comenzado.

La brusca desaparición de la *Plus Ultra* ante los ojos de los observadores había sido predicha por los científicos responsables del proyecto, razón por la cual nada de inquietante se encontró en ello; claro está que, de existir algún tipo de percance, tampoco habría habido manera alguna de saberlo. Tendrían que pasar bastantes meses, quizá un año o más, para que el retorno de los expedicionarios sirviera para dar a conocer los resultados del viaje. Y, si el tiempo transcurría y los viajeros no volvían... Bien, entonces éstos habrían pasado a engrosar la larga relación de desaparecidos en el transcurso de todos los viajes de exploración realizados por la especie humana desde el origen de los tiempos.

Justo un año después de la partida de la *Plus Ultra* comenzaron los preparativos para recibirla en su regreso. Evidentemente no se podía conocer el momento exacto de su llegada, razón por la cual se destacó a un crucero a la zona del espacio en la que se presumía que aparecería. La misión de esta astronave era la de hacer de vigía y mensajero de la buena nueva, así como también la de auxiliar, si fuera necesario, a los expedicionarios.

Transcurrido un mes desde el apostamiento, el crucero fue relevado por otra unidad similar. Nada de inquietante tenía este retraso; antes bien, podía ser indicativo de una fructífera misión que hubiera requerido un tiempo superior al inicialmente previsto para ser llevada a cabo.

Pasó otro mes más, y un tercer crucero ocupó el lugar del segundo. Y un cuarto... Y un quinto. Al cumplirse el año y medio sin tener noticias de la *Plus Ultra*, los responsables del programa comenzaron a inquietarse. No obstante, la autonomía prevista para la expedición, contando exclusivamente con sus propios medios, rebasaba holgadamente los dos años, razón por la que todavía resultaba prematuro preocuparse.

Finalmente llegaron los dos años sin tener noticias de la *Plus Ultra*. Treinta meses después de su partida, se ordenó al crucero destacado en la nube de Oort su regreso a la Tierra. A los tres años se dio por perdida a la expedición. Un año después, se declaraba

oficialmente muertos a sus tripulantes, todos los cuales fueron nombrados héroes de la humanidad y homenajeados póstumamente.

El proyecto *Plus Ultra* había recibido un golpe mortal con el fracaso de la expedición, pero ello no supuso el final de la ambición humana por hollar los confines del universo. Se ordenó una investigación exhaustiva que abarcaba la totalidad de las facetas del mismo, y se instó a los científicos a una revisión completa de la teoría hiperlumínica. Realizado esto, serían los técnicos los encargados de escudriñar la existencia de posibles fallos en la construcción del prototipo. Y finalmente se construiría una nueva nave mucho más segura y fiable que su antecesora, la cual intentaría de nuevo el gran reto. Este proceso llevaría años, muchos años, y posiblemente ninguno de los contemporáneos del vuelo de la *Plus Ultra* viviría lo suficiente para verlo; pero la vida de una persona era apenas un soplo en el devenir de la humanidad, y ésta sí vería cómo era conquistado definitivamente el espacio. Tan sólo se trataba de una cuestión de tiempo.

* * *

-Bien, asunto zanjado.

-¿Estás seguro de ello?

El primero de los dos seres -resultaría imposible describirlos de manera más precisa- mostró su extrañeza a su compañero.

-Por supuesto que lo estoy. Desaparecida su astronave, y cuestionada la viabilidad de los viajes interestelares, lo lógico sería que renunciaran a intentarlo de nuevo, resignándose a vivir dentro de los límites de su sistema. Si son mínimamente razonables, no volverán a repetirlo.

-Yo no estaría tan seguro de ello... Podrían comportarse ilógicamente y construir una segunda nave.

-Que asimismo interceptaríamos, con lo cual volverían a estar en la misma situación. Por muy irracionales que sean, tarde o temprano acabarían convenciéndose de la inutilidad de su intento... Al menos, hasta que maduraran lo suficiente para integrarse en la comunidad galáctica.

-Nunca lo harán. Los informes sociológicos son concluyentes: Se trata de una especie paranoica, incapaz de madurar socialmente.

-Pero sus avances tecnológicos son espectaculares; apenas necesitaron unas cuantas generaciones, y eso que además son efímeros, para expandirse por todo su sistema estelar desarrollando incluso los principios del vuelo intergaláctico... Algo que hasta a nosotros nos llevó muchísimo más tiempo.

-Ahí es donde radica precisamente su gran peligrosidad. Especies inmaduras hay a miles en el cosmos, pero que a esta inmadurez se sume tan increíble creatividad es algo realmente inaudito; por ello, no tenemos otra solución que la de bloquearlos impidiéndoles abandonar su sistema. ¿Imaginas lo que podría ocurrir si llegaran a expandirse por nuestro territorio?

-Sería el caos... Supongo.

-Peor aún. Si la galaxia es estable desde épocas remotas, se debe a que su equilibrio se apoya en un respeto absoluto a las normas de convivencia por parte de todas las culturas que la integran. No existe ningún mecanismo de control que permita neutralizar posibles interferencias perniciosas, porque ello jamás ha sido necesario. Así pues, si apareciera esta perturbación... Estaríamos completamente inermes.

-Por fortuna, bastaba con aislarlos para acabar con el problema; y esto es justo lo que hemos hecho.

-El peligro está es que no cejen en su empeño...

-Les daría lo mismo, ya que capturaremos todas sus astronaves. Nunca podrán salir de sus planetas.

-¿Y qué haríamos con los tripulantes?

-Pues exactamente lo mismo que hemos hecho con los de su primera nave; recluirlos en realidades virtuales especialmente diseñadas. Ellos creerán haber llegado a su destino, y pensarán que no pueden regresar a su planeta por haberse averiado su vehículo. Así pues, vivirán razonablemente felices creyendo que colonizan un mundo virgen. Es una verdadera lástima que su vida sea tan efímera; he solicitado que se permita su reproducción de forma controlada, al menos durante varias generaciones, ya que de no ser así me resultaría sumamente difícil estudiarlos con detenimiento... Pero ya sabes cómo son los burócratas.

-Comprendo tu postura, pero a mí personalmente no es esto lo que más me preocupa respecto a estos seres. Por supuesto que no propongo exterminarlos, ya que esto está prohibido por las leyes de protección de los espacios naturales, pero ¿no habría sido preferible habernos dado a conocer comunicándoles la prohibición de abandonar su sistema? Tengo mis dudas de que mantenerlos engañados, creyendo que no pueden dominar los vuelos interestelares, pueda ser la mejor táctica.

-¡Bah! Piensa con lógica. Cualquier ser mínimamente racional comprendería la necesidad de renunciar a sus intentos una vez sufridos varios fracasos consecutivos. ¿Cómo crees que han evolucionado todas las especies pensantes de la galaxia? ¿Repitiendo una y otra vez los mismos errores? Sería algo completamente absurdo.

-Yo no estaría tan seguro... Aunque en el fondo, supongo que debes estar en lo cierto.

* * *

Mientras duró la conversación entre los dos seres, en la Tierra habían transcurrido varios años, los suficientes para que fuera construida la *Plus Ultra II*. Mucho más potente que su antecesora, contaba asimismo con una importante novedad: Un sistema de comunicación hiperlumínica que le permitiría estar en contacto continuo con la Tierra durante la totalidad del viaje. Como había dicho el presidente federal en su discurso de despedida, la humanidad estaba destinada a conquistar las estrellas por encima de todas las dificultades que pudieran atravesarse en su camino.

EVALUACIÓN NEGATIVA

El primer contacto entre los terrestres y unos visitantes llegados de las estrellas nunca llegó a consumarse, aunque los primeros ni siquiera llegaron a sospecharlo. Y ya no habría una segunda oportunidad. Los visitantes, unos seres pacíficos y sabios descendientes de una antiquísima civilización, eran curiosos y gustaban de ayudar a otras razas jóvenes en el largo y tortuoso camino de la evolución, pero procuraban evitar cualquier tipo de conflicto que pudiera acarrear el encuentro. Así pues, cuando tropezaban con una especie inmadura o presumiblemente peligrosa, simplemente hacían una anotación en sus registros evitando a partir de entonces cualquier relación con ese planeta, lo que por lo general suponía para sus habitantes la pérdida de las enormes ventajas de acortar en decenas de miles de años el siempre complicado, y muchas veces arriesgado, camino hacia la madurez.

Los visitantes eran cautos, y antes de darse a conocer procedían a estudiar discretamente las sociedades objeto de su interés. Habitualmente establecían una red de escucha que les permitía interceptar las emisiones de radio y televisión, las cuales una vez descifradas les proporcionaban toda la información necesaria para sus fines, decidiendo entonces si el contacto tenía lugar o no.

El estudio de las emisiones terrestres les sumió inicialmente en la perplejidad. A diferencia de cualquier otro planeta investigado por ellos hasta entonces, la información recibida parecía carecer por completo de coherencia. El problema no eran la multitud de idiomas y dialectos diferentes -lo cual por cierto era una clara muestra de primitivismo social- hablados en nuestro planeta; los traductores automáticos se encargaron de resolverlo sin la menor dificultad.

No. El verdadero problema era otro muy distinto: Resultaba materialmente imposible encajar toda esa información contradictoria en un marco lógico. Los visitantes habían conocido multitud de razas distintas, cada una de las cuales desarrollaba unas pautas de conducta ajenas por completo a las de los demás, pero jamás se habían encontrado con una en la que, aparentemente, se dieran todas ellas de forma simultánea. Parecía, en definitiva, como si la totalidad de la población terrestre estuviera simultáneamente loca.

Por fortuna, un afamado investigador dio finalmente con la clave que permitiría resolver tan complejo rompecabezas. Al parecer, los terrestres habían desarrollado una insólita habilidad, desconocida por completo en el resto de la galaxia, denominada por ellos fantasía. No les resultó fácil a tan sesudos escudriñadores comprender la esencia de este fenómeno, aunque finalmente llegaron a la conclusión de que se trataba de algo así como de la capacidad para recrear falsedades que, aparentemente, eran entendidas como tales, y aceptadas, por sus interlocutores. Qué placer podían encontrar los terrestres en una mentira

era algo que se escapaba por completo a su comprensión, pero ciertamente cosas más raras -aunque no tan insólitas- habían conocido los visitantes en su divagar por el cosmos.

Puesto que los visitantes desconocían el concepto de lo falso, a la hora de analizar la información recopilada tropezaron con el inconveniente de discernir entre lo verdadero y lo que no lo era. Por suerte disponían de potentes herramientas para resolverlo: Aprovechando la experiencia conseguida tras estudiar miles de mundos, desarrollaron unos poderosos algoritmos lógicos capaces de separar el grano de la paja. Al fin y al cabo, pensaron, las raíces más profundas del pensamiento racional eran similares para la totalidad de las especies inteligentes que poblaban el cosmos, independientemente de su fisiología o de sus propias peculiaridades mentales. No podía haber, pues, la menor posibilidad de error.

Los algoritmos así diseñados no pudieron funcionar mejor, eliminando todo lo indeseable -es decir, aquella enigmática e incómoda fantasía- dejando libre la información correspondiente a la idiosincrasia real de los terrestres. Y el resultado, lamentablemente, fue negativo.

Los terrestres, según quedó reflejado en el informe final del estudio, eran unos seres extremadamente inmaduros y de ínfimo nivel de inteligencia que difícilmente lograrían, aun con ayuda, alcanzar un mínimo desarrollo intelectual o cultural. Eran, pues, un callejón sin salida que tarde o temprano acabaría extinguiéndose por si solo. Convertidos, pues, en una mera curiosidad para los estudiosos -la memoria de la investigación fue consultada por miles de eruditos intrigados por tan rara aberración-, la raza humana fue catalogada como irrecuperable y condenada a depender de su propio y sombrío destino.

Nunca llegarían a tener conciencia los terrestres del riguroso examen al que fueron sometidos con resultados tan negativos, y probablemente fuera mejor así; porque si hubieran conocido las razones verdaderas del rechazo, su perplejidad habría resultado ser todavía mayor que la de sus estrictos censores: Porque los algoritmos lógicos utilizados por éstos habían cometido un trágico error, descartando como falso aquello que en realidad era cierto -noticias, informativos, documentales- en la creencia de que tales aberraciones no podían ser cometidas por ningún ser vivo mínimamente civilizado. ¿Qué era, pues, lo que los algoritmos habían dado equivocadamente por real, precisamente lo que había motivado la evaluación negativa al ser interpretado de forma errónea como el espejo de la realidad social e intelectual de la Tierra? Pues algo completamente distinto, aunque sumamente frecuente en las emisiones televisadas del planeta: Concursos, culebrones, programas de cotilleo, espectáculos, partidos de fútbol... Es decir, todo aquello considerado comúnmente como telebasura.

No es de extrañar que no se aprobara el examen.

EL CUCO

Todo comenzó hace varios años, cuando con mi flamante título de periodista bajo el brazo y un matrimonio recién estrenado al que era preciso mantener, logré ser contratado por uno de los grandes diarios nacionales cuyo nombre no viene a cuento. He de advertir que mi entrada en el periódico fue por la puerta trasera, encargándoseme una de las tareas más bajas en el escalafón de las noticias, la crónica de sucesos, por debajo incluso -al menos en mi particular escala de valores- de secciones tan deleznables como los cotilleos frívolos o los reportajes deportivos.

Pero teníamos que comer y mi mujer se encontraba en paro, razón por la cual tuve que olvidarme de mis remilgos y dedicarme a algo que para mí tenía claras connotaciones carroñeras. No es que el periódico para el que trabajaba diera especial relevancia a este tipo de noticias, que no se la daba, pero siempre había algún acontecimiento que cubrir, generalmente escabroso, en las cloacas de la gran ciudad, y yo era el encargado de hacerlo mal que me pudiera pesar.

Bien, la verdad es que, una vez que conseguí dejar de lado mis escrúpulos, la cosa no resultó demasiado difícil... Aunque no podía evitar que me siguiera desagradando ese trabajo. Así pues, me armé de paciencia a la espera del ansiado traslado a otra sección más gratificante.

Mientras tanto, tan sólo me cabía esperar y seguir dedicándome a los sucesos. Durante los primeros meses ninguna de las noticias que cubrí destacó especialmente por su singularidad o su importancia, convirtiéndose en simple relleno de las páginas interiores. Pero las circunstancias cambiaron radicalmente cuando el redactor jefe me encargó que investigara el caso de un padre que había asesinado a sangre fría a su hijo de cinco años... Y aquí comenzó mi calvario.

El parricida confeso -se había entregado a la policía inmediatamente después de cometer el crimen- se encontraba recluido en un hospital psiquiátrico debido a que el forense había albergado serias dudas sobre el estado de su salud mental. El asesino no paraba de repetir que el niño al que había estrangulado con sus propias manos no era su hijo, sino un intruso culpable de la muerte de su madre -al parecer ésta había fallecido durante el parto- y de su hermano gemelo, cuya muerte había tenido lugar apenas un año después del nacimiento de ambos.

Haciendo de tripas corazón solicité, y obtuve, permiso del juez para interrogar al detenido, encaminándome al centro sanitario donde éste permanecía detenido. Si he de ser sincero, esperaba encontrarme con un psicópata, un chalado con unos cuantos tornillos flojos o alguien que rezumara maldad, pero no con un hombre de treinta y tantos años de

aspecto normal y cara de buena persona... Y ciertamente lo era, como pude comprobar más tarde. Según me dijo, tras recibirme con una gran amabilidad, era, o había sido, funcionario en un ministerio, y tanto su vida privada como su actividad laboral habían sido siempre ejemplares. Evidentemente el traumático drama que le golpeó por partida doble le había afectado mucho tal como cabía esperar en estas circunstancias, pero esto no se tradujo en modo alguno en un desequilibrio mental hasta que, de forma inesperada, cometió el parricidio por el que estaba detenido. De hecho, fue un padre ejemplar con su único hijo superviviente hasta que ocurrió aquello.

Pero todo esto no lo supe hasta más adelante. En ese momento él me explicó que comprendía perfectamente que le hubieran encerrado allí asegurándome que asumía con todas sus consecuencias el castigo que su acción le iba a acarrear aunque, eso sí, manifestó su convencimiento de que se había tratado de algo inevitable y que, de darse de nuevo las mismas circunstancias, obraría de idéntica forma, puesto que el niño al que había estrangulado no sólo no era suyo, sino que además era un monstruo en ciernes que suponía una amenaza latente para la humanidad.

Ante mi pregunta, teñida de extrañeza, de en qué se basaba para realizar tan terrible afirmación, me respondió que le era imposible explicármelo con palabras, ya que se trataba de algo que sólo se podía describir en base a sensaciones. Obviamente, le objeté, ese argumento no me resultaba convincente debido a su subjetividad que, cuanto menos, resultaba ser cuestionable. Él suspiró reconociendo que yo tenía razón, tras lo cual volvió a insistir en la certeza del peligro que había conjurado antes de que fuera demasiado tarde.

"Pero hay otros, -añadió- *y cada vez serán más. La invasión no ha hecho más que empezar, y se cierne sobre nosotros la amenaza de la extinción de la especie humana... Al menos, tal como la conocemos ahora"*.

Nada más pude sacar en claro de la entrevista, así que opté por completar mi trabajo interrogando al forense y al abogado defensor. El primero de ellos se reafirmó en su opinión de que el parricida estaba loco, por lo que había recomendado al fiscal que en el juicio solicitara su internamiento en un centro psiquiátrico. Asimismo me comunicó un dato interesante: Ante la insistencia del detenido en negar la paternidad del pequeño asesinado, a instancias del abogado defensor, que consideró la posibilidad de alegar un tardío móvil pasional, el juez instructor había ordenado la determinación de la prueba del ADN no sólo al detenido y al niño, sino también a los cadáveres de la madre y de su hermano. Las pruebas habían dado un resultado concluyente: Los dos niños eran hijos biológicos de ambos, y genéticamente idénticos entre sí. Puesto que la autopsia del pequeño no había revelado nada anormal, ni sus profesores habían detectado tampoco, en su breve carrera escolar, nada particular en su conducta salvo una precoz, aunque en modo

alguno excepcional, inteligencia, la única hipótesis razonable era la de una repentina locura de su progenitor.

Poco más pudo aportarme el abogado defensor, nombrado de oficio ante la negativa del detenido a defenderse, salvo que intentaría alegar una enajenación mental transitoria siempre que consiguiera, algo que preveía difícil, que el reo se olvidara de su extraña historia.

Para completar el trabajo, y a la vista de lo que ya sabía, decidí indagar sobre las circunstancias de las muertes de la madre y el hermano del niño, para lo cual conté con la ayuda de un oportuno contacto en el hospital donde se custodiaban sus respectivos historiales clínicos. Y para mi sorpresa, la información que obtuve no pudo ser más desconcertante. Efectivamente la madre había muerto durante el parto, algo bastante excepcional hoy en día pero en modo alguno inusitado; lo extraño era que ésta ocurrió a consecuencia de un repentino paro cardíaco, algo difícilmente previsible en una mujer joven que gozaba de excelente salud.

Todavía más sorprendente resultaba el historial del niño, el cual había aparecido muerto una mañana en su cama, en la habitación que compartía con su hermano. La autopsia no determinó nada relevante salvo la obvia parada cardiorrespiratoria, por lo que se diagnosticó una muerte súbita. Huelga decir que en su año escaso de vida el chaval jamás había padecido el menor problema de salud salvo las enfermedades normales en los niños de su edad.

Un último detalle me llamó poderosamente la atención: El historial clínico de la madre no reflejaba nada anormal durante el embarazo, salvo el llamativo hecho de que hasta muy avanzada la gestación no se detectó la presencia de gemelos. Los médicos firmantes lo achacaban a un fallo de los métodos de diagnóstico, pero un ginecólogo amigo al que consulté me mostró su extrañeza ante el hecho de que tardaran casi cuatro meses en descubrirlo.

Aunque todas estas evidencias no probaban en modo alguno la disparatada tesis del padre, sí convertían el caso en algo peculiar. Así se lo hice notar al redactor jefe, ganándome una reprimenda junto con órdenes tajantes de limitarme a cubrir la noticia olvidándome de elucubraciones peregrinas, probablemente inspiradas -así lo creía él- en mi nunca ocultada afición por la literatura fantástica. Evidentemente le hice caso dando el tema por zanjado -finalmente no pasó de una breve gacetilla sepultada en las páginas de *Sociedad*- dado que estaba en juego mi sueldo, y no me podía permitir el lujo de tener el menor desliz. Eso sí, nadie me podía impedir que me dedicara a ello en mi tiempo libre, lo cual aproveché para continuar con mis averiguaciones ya a título personal. Me picaba la curiosidad, y estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Gracias a la ayuda de internet -mi mujer protestó reiteradamente por lo que consideraba un gasto inútil, pero acabó cediendo ante mi testarudez- pude obtener una información muy interesante que, cotejada con lo que ya sabía, resultó encajar como las piezas de un inquietante rompecabezas... Porque a la luz de los datos obtenidos se llegaba a la conclusión de que, desde hacía unos años, se había incrementado de forma espectacular la proporción de embarazos gemelares en mujeres primíparas sin que ningún médico se atreviera a aventurar una hipótesis que pudiera explicarlo y, para mayor sorpresa, muchos de ellos no habían sido detectados hasta que las madres no se encontraban en un avanzado estado de gestación. El fenómeno era mundial, y mostraba indicios de seguir yendo cada vez a más.

Si todo lo extraño hubiera sido eso, habría bastado con invocar a cualquiera de los fantasmas de moda para intentar explicarlo: El agujero de la capa de ozono, el efecto invernadero, la contaminación con compuestos halogenados, los aditivos alimentarios... Pero había más, mucho más.

Un artículo publicado en una oscura revista médica llamaba la atención sobre un fenómeno asimismo singular pero que, al parecer, había pasado inadvertido al grueso de la comunidad científica: Tras realizar un minucioso muestreo estadístico, el autor del estudio -un médico hindú, creo recordar- llegaba a la conclusión de que, en los últimos cinco años, se había incrementado de forma notable la mortalidad infantil entre los gemelos univitelinos... Con el sorprendente añadido de que, en la práctica totalidad de los casos, tan sólo afectaba a uno de los dos hermanos y había tenido lugar alrededor del primer año de vida de los afectados.

Lo verdaderamente importante a la hora de realizar cualquier investigación no es la cantidad de información obtenida, sino la capacidad de interrelacionar entre sí datos heterogéneos sin aparente vinculación mutua. En este caso toda la documentación necesaria estaba ahí, en la red, al alcance de cualquiera, y bastaba con tener conciencia de ello, buscarla y ensamblarla... Algo que procedí a hacer con el mayor entusiasmo.

Los resultados obtenidos fueron realmente escalofriantes. Comparando ambos estudios, el del incremento de nacimientos gemelares con la mortalidad en este tipo de hermanos, llegué a la conclusión de que, descontando el número estadísticamente normal de gemelos univitelinos, era entre los restantes -es decir, el incremento anormal de los últimos años- donde se registraba entre el 80 y el 90% de los fallecimientos. Ambos fenómenos tenían su origen en idéntico momento, alrededor de unos cinco años atrás, coincidiendo casualmente con el nacimiento de los dos hermanos cuyos avatares habían provocado mi interés por el tema.

Pese a la existencia evidente de una correlación entre el incremento de la natalidad de gemelos y su llamativa mortalidad selectiva, seguía considerando paranoica la hipótesis del padre parricida. El fenómeno era significativo en sí mismo, pero no admitía ninguna

explicación para ello que no fuera científica, rechazando de plano cualquier hipótesis que contemplara algo tan surrealista como una posible intervención alienígena, e incluso demoníaca, al estilo de las descritas en películas tales como *La invasión de los ladrones de cuerpos* o *La Profecía*, o bien de añejas series televisivas como la clásica de *Los invasores*.

La explicación tenía que ser sencilla y, por supuesto, racional y lógica. Pero carecía de datos suficientes, por lo que procedí con gran disgusto de mi mujer, que me reprochaba no sin razón mi mayor interés por el ordenador que por ella, a seguir investigando vía internet. En ese momento lo que más me interesaba era descubrir si en algún caso el gemelo superviviente, o sus padres, habían llegado a mostrar cualquier tipo de comportamiento digamos extraño. Evidentemente este factor era mucho más difícil de determinar que lo anterior, pese a lo cual conseguí encontrar dos o tres casos que coincidían casi milimétricamente con el que yo conocía: En China unos campesinos habían sido ejecutados acusados de asesinar a su hijo de tres años, el único superviviente de una pareja de gemelos, por estar ambos convencidos de que en el cuerpo del pequeño residía un espíritu maligno. En la isla de Sicilia otro niño de características similares había sido exorcizado con el beneplácito de las autoridades religiosas, pero la fuente consultada -la edición digital de un periódico italiano- no aclaraba si el exorcismo había tenido éxito. Un tercer caso dudoso parecía haber tenido lugar en un remoto rincón de la amazonía peruana, aunque me resultó imposible concretar los detalles.

Sin llegar a ser tan explícitos, también pude encontrar algún que otro ejemplo asimismo significativo. Gracias a una página de cotilleo me enteré de que una famosilla del tres al cuarto había descubierto, en su cuarto mes de embarazo, que iba a traer al mundo gemelos. De algunos lugares del Tercer Mundo llegaban rumores de infanticidios, algo por desgracia habitual pero que, en ocasiones, parecía estar relacionado una vez más con este problema. Sumamente llamativo fue también un reportaje, aparecido en un diario virtual argentino, en el cual se hablaba de niños superdotados; se ponían varios ejemplos, siendo uno de ellos el de una pequeña de cuatro años sumamente precoz, a la cual se le había calculado un cociente intelectual de casi 200... Y que era además la única superviviente de una pareja de gemelas, ya que su hermana había fallecido de forma repentina cuando ambas contaban apenas con ocho meses de edad.

Aunque la muerte del hermano parecía ser un factor común en todos los casos, no siempre ocurría lo mismo con el resto de las circunstancias, tales como la muerte de la madre o un comportamiento extraño o sospechoso del gemelo superviviente, algo por otro lado difícil de discriminar respecto a las mortalidades normales que siempre se habían dado. No obstante, cada vez estaba más claro que algo insólito estaba ocurriendo desde hacía alrededor de unos cinco años.

Una vez que di por terminada la búsqueda de datos, procedí a escribir un documentado artículo -casi un ensayo- que presenté al redactor jefe del periódico. Puesto que mientras

tanto el parricida había sido juzgado y condenado, el interés informativo del tema, si es que alguna vez había existido, era ya nulo, y por si fuera poco una inoportuna campaña sobre no recuerdo que cuestión *políticamente correcta* había absorbido la mayor parte de los esfuerzos del periódico. Así pues, no me sorprendió demasiado -aunque sí me irritó- que el artículo fuera tajantemente rechazado; pero lo que más me dolió, fue la forma tan despectiva con la que se me comunicó que se trataba de un medio de comunicación serio en el que no tenían cabida las elucubraciones esotéricas de cualquier índole. De hecho a punto estuve de dar el portazo y mandarlos con viento fresco, pero mi delicada situación económica no me permitía tomarme esas alegrías. Así pues, tragué.

Bien, si no podía ser dentro del periódico -me dije- lo intentaría fuera... Y así lo hice, aunque sin el menor resultado. Quedaban ya lejanos los tiempos en los que presuntos apóstoles de la heterodoxia tales como Erich von Däniken, Charles Berlitz, Peter Kolosimo, Jacques Bergier y tantos otros consiguieron poner de moda toda una suerte de disciplinas presuntamente rigurosas que eran, no obstante, rechazadas de plano por la ciencia oficial; ahora nadie mostraba el menor interés por estos temas, y solamente los charlatanes y embaucadores de baja estofa lograban vivir a costa de engañar a los más incautos camuflando sus burdas artimañas en forma de mil diferentes artes adivinatorias.

Huelga decir que yo no quería mantener la más mínima relación con esta ralea ni por supuesto me interesaban lo más mínimo sus ingenuos *clientes*, razón por la que me encontré frente a un callejón sin salida: No podía publicar mi trabajo en ningún medio de comunicación mínimamente serio, y no quería hacerlo en aquéllos que sí lo hubieran aceptado... Todavía me quedaba un último cartucho, y lo aproveché abriendo una página web -lo que me costó un serio disgusto con mi mujer cuando se enteró de lo que me había costado- que me vi obligado a cerrar tan sólo dos meses más tarde al constatar su fracaso, puesto que al parecer los únicos interesados en ella resultaron ser chiflados de todo tipo, justamente aquéllos que yo pretendía evitar a toda costa.

Finalmente acabé tirando la toalla, aunque no por ello dejé de seguir discretamente la evolución de los acontecimientos; una vez que disponía de las claves, me resultaba sencillo hacerlo. Y según transcurría el tiempo, pude comprobar con impotencia cómo el fenómeno se revelaba de forma cada vez más evidente, pese a lo cual yo parecía ser el único ser sobre el planeta consciente de ello. Aunque los casos dramáticos, tales como el que había motivado inicialmente mi interés, resultaron ser excepcionales, -no todas las madres morían, y muy pocos de los gemelos supervivientes eran rechazados por sus progenitores- según fueron creciendo estos niños empezó a resultar patente que no se trataba de seres corrientes, sino de unos superdotados de impredecibles capacidades mentales que, sin duda alguna, estaban muy por encima de las de los humanos normales.

Aunque seguía rechazando de plano cualquier posible interpretación que no estuviera respaldada por argumentos racionales, lo irrebatible de los acontecimientos me obligó a

ampliar mis criterios; como dijo Arthur Conan Doyle, una vez descartado todo lo imposible lo que resta, por improbable que sea, ha de ser cierto. Y desde luego, mi afición a la ciencia ficción, que yo había procurado mantener escrupulosamente al margen por razones obvias, comenzó a aflorar de forma incontenible ofreciéndome las explicaciones que me negaba la ciencia oficial. ¿Estaba en lo cierto? Lo ignoraba, y lo sigo ignorando, pero se trataba de la única hipótesis coherente que se me ocurría.

Imaginemos una raza galáctica que, al igual que los cucos, precise de unos huéspedes involuntarios para criar a sus vástagos y que, al igual que ocurre con los pajarillos víctimas de tan singular parasitismo, sean incapaces de descubrir la superchería. Imaginemos -esto es fundamental para cumplir con el requisito anterior- que estos parásitos cósmicos carezcan de cuerpo propio y su identidad como especie no venga determinado por un código genético que configure su fisiología, sino por unas pautas mentales capaces de ser implantadas en el cerebro de cualquier ser con un mínimo de complejidad -o inteligencia- imprescindible para que pueda soportarlas; un cerebro virgen, evidentemente, como sería el de un recién nacido.

Esta hipótesis, por descabellada que pudiera parecer, hacía encajar todas las piezas. Al igual que los pollos del cuco se deshacían de sus hermanos adoptivos expulsándolos del nido, para poder acaparar así toda la atención de los engañados padres, estas réplicas infantiles de los parásitos cósmicos provocarían la muerte de sus gemelos por métodos imposibles de determinar para la ciencia médica, y por idénticos motivos sus verdaderos progenitores se asegurarían la falta de competencia, en forma de hermanos mayores, eligiendo siempre madres primíparas; la posterior muerte de éstas les garantizaría aún más su primacía.

La cuestión de su origen gemelar resultaba asimismo relativamente fácil de interpretar: Probablemente provocar o inducir un embarazo estaría fuera del alcance de estos alienígenas, y lo mismo cabía decir de infiltrar sus larvas mentales en los cerebros todavía inmaduros, pero ya perfilados, de los fetos humanos. Cabía pensar que para hacerlo necesitaran disponer de un cerebro totalmente en blanco pero ya desarrollado, lo cual conseguirían generando una réplica exacta del embrión, en principio único, moldeándole el cerebro conforme a sus propios parámetros. Esto explicaría asimismo la razón de estas detecciones tardías: Con anterioridad a ellas el falso gemelo, simplemente, no existiría aún.

Claro está que su mecanismo de reproducción, aunque sofisticado, no era en modo alguno perfecto, como lo demostraba el hecho de que hubiera habido padres capaces de detectar un comportamiento anómalo en sus *hijos*, habiéndose llegado incluso en algunos casos, principalmente a raíz del surgimiento del fenómeno, al exterminio de las crías; pero un estudio detenido de la evolución de sus *nacimientos* a lo largo del tiempo no dejaba lugar a dudas: Estos seres estaban refinando continuamente sus técnicas, de forma que a los padres adoptivos cada vez les resultaba más difícil descubrirlo.

La cuestión era saber qué nos depararía el futuro. Por un lado -mi formación fantacientífica me inducía estos temores- me aterraba pensar una evolución similar a la planteada en la clásica novela de anticipación *Soy leyenda*, en la cual los humanos sufrían una mutación que los convertía en seres distintos mientras el protagonista, único humano superviviente como tal en toda la faz de la Tierra, se veía abocado a aceptar su irreversible marginalidad. ¿Acabaría siendo la humanidad un simple contenedor carnal de esas mentes extrañas procedentes de otros mundos?

Pero existía una esperanza. La regla de oro del parasitismo consiste en no dañar al huésped más de lo estrictamente imprescindible, puesto que un perjuicio grave del mismo mermaría irremisiblemente las posibilidades de éxito del parásito que alberga. De ser así, cabría esperar que el número de larvas alienígenas se mantuviera lo suficientemente bajo y disperso como para pasar desapercibido.

Todavía es demasiado pronto para conocer la respuesta, al igual que tampoco resulta posible predecir el comportamiento de estos seres una vez que alcancen la edad adulta, algo que ni siquiera podemos predecir cuando ocurrirá. Los más mayores de ellos rondan los diez años y han demostrado poseer unas mentes superdotadas, aunque por lo demás se comportan como niños normales... Por ahora.

¿Qué ocurrirá más adelante? ¿Abandonarán sus cuerpos humanos -para ellos una simple envoltura física- metamorfoseándose en adultos incorpóreos, tal como ocurre con las larvas de algunas avispas que crecen en el interior de las orugas? ¿Los conservarán manteniendo con ellos algún tipo de simbiosis? ¿Serán genios o demonios? ¿Ayudarán a la humanidad a resolver sus problemas seculares apoyándose en sus portentosos intelectos o, por el contrario, la abandonarán a su suerte una vez logrados sus objetivos? Son muchas incógnitas, demasiadas para un simple mortal reducido a la condición de mero espectador del proceso. Lo que tengo claro, lo único evidente, es que a partir de ahora las cosas nunca podrán ser como antes.

En realidad poco me importa el futuro de la humanidad una vez haya cubierto mi propio ciclo vital, algo que ocurrirá dentro de varias décadas, y no creo que de aquí a entonces las cosas hayan podido cambiar lo suficiente para afectarme de forma significativa... O al menos eso creía hasta que, a los cuatro meses de gestación, los médicos descubrieron que mi mujer albergaba en su vientre a dos gemelos.

COBAYAS

-Puedes ahorrarte todos tus argumentos; por mucho que insistas, no vas a convencerme. Me parece inmoral que se realicen ensayos con animales.

-Tampoco hay que exagerar; no son inteligentes.

-¡Sólo faltaría eso! Pero son conscientes y sensibles, y sufren como podríamos sufrir nosotros. ¿Qué derecho tenemos a disponer tan alegremente de sus vidas? Además, esa crueldad con la que se les trata es la mayor parte de las veces gratuita. En realidad, ¿qué falta hacen esos ensayos? Podrían ser sustituidos perfectamente por simulaciones de laboratorio sin necesidad de tener que torturar a seres vivos.

-Tus planteamientos son nobles y bienintencionados, lo reconozco, pero resultan ingenuos. El avance de la ciencia exige a veces estos sacrificios...

-¡Ya estoy harto de oír esas excusas! ¿A qué avance de la ciencia te refieres? Porque ambos sabemos que la inmensa mayoría de estos experimentos no tienen por objeto una investigación científica seria e imposible de realizar de otra manera; casi siempre, por no decir siempre, se trata bien de estudios innecesarios cuya única finalidad real es la de satisfacer la vanidad de sus responsables, bien de iniciativas de industriales sin escrúpulos que nada tienen que ver con la defensa de la salud y sí mucho con el lucro personal de los mismos. En cualquier caso, las motivaciones no pueden ser más bastardas.

-Aunque fuera como dices, algo en lo que por cierto discrepo, conviene que los abolicionistas tengáis en cuenta una cuestión fundamental que soléis pasar por alto: Los ensayos nunca se realizan con animales salvajes, esto es algo que está completamente prohibido, sino con poblaciones criadas ex profeso para ello las cuales no existirían de no ser por nuestra tutela, ya que serían incapaces de valerse por sí mismas; dejadas a su libre albedrío no sobrevivirían, extinguiéndose al cabo de tan sólo unas pocas generaciones. Añade a esto que el animalario reproduce a la perfección, mejorándolo incluso, su hábitat original; de hecho ellos ignoran el carácter artificial del mismo, y creen vivir en libertad sin sospechar siquiera nuestra existencia.

-A pesar de ello...

-Y no queda todo en eso. Los ensayos tan sólo afectan a una mínima parte de la población total, con lo cual la inmensa mayoría de los especimenes llegan a desarrollar su ciclo vital completo, bastante corto por cierto, sin la menor interferencia por nuestra parte.

-No, si todavía tendrán que daros las gracias esos pobres animales a ti y a los que piensan como tú...

-No lo dudes; son extraordinariamente prolíficos, y de no ser diezmados periódicamente con esos experimentos científicos que a ti te parecen tan execrables, acabarían muriendo todos ellos a causa del hambre, la superpoblación y la intoxicación con sus propios detritus... Eso sin contar con su agresividad innata, que se exacerba en los momentos de crisis. Lo creas o no, les estamos haciendo un gran favor. Ten en cuenta que nosotros somos los primeros interesados en mantenerlos con vida y razonablemente sanos, algo que ellos serían incapaces de hacer por sí mismos.

-Déjame que me ría; con estos argumentos tan hipócritas os resulta sencillo evitar los remordimientos de conciencia, justificando de paso cualquier cosa que se os ocurra hacer... Pero en la práctica ni siquiera os contentáis con eso, ya que cada vez diseñáis experimentos más crueles. Eso se llama sadismo.

-Yerras de nuevo. Ten en cuenta que estos animales tienen un increíble poder de adaptación, y las enfermedades que les inoculamos acaban convirtiéndose en inocuas para ellos. Si queremos que nos sigan siendo útiles, no nos queda otra solución que incrementar su virulencia o desarrollar nuevas cepas...

-Claro. Y ésta es la razón por la que el próximo ensayo que tenéis previsto realizar tendrá una mortalidad tan elevada que dejará en mantillas a todos los anteriores...

-Estás en lo cierto, pero ¿por qué no le buscas el lado bueno? Los resultados de este proyecto nos permitirán ayudar a la mejora de nuestro nivel de vida.

-¿A qué precio? Morirán millones de animales.

-¿Y qué? Últimamente se han reproducido de forma tan explosiva que amenazan con agotar todos los recursos, e incluso el propio espacio, de que disponen. Resultaba imprescindible sacrificar los excedentes de población para mantener su equilibrio, y los métodos tradicionales se han revelado insuficientes uno tras otro. Puesto que había que hacerlo, por lo menos así aprovecharemos para obtener unos resultados útiles.

-Dejémoslo estar; está visto que en este tema jamás nos podremos poner de acuerdo.

-Como prefieras.

* * *

En la Tierra todas las alarmas se habían disparado. Dominadas, cuando no erradicadas, la mayor parte de las enfermedades que habían flagelado a la humanidad desde la noche de los tiempos; controlados cada vez más el cáncer y las enfermedades cardiovasculares, principales fuentes de mortalidad hasta hacía poco; contenidas ya las plagas modernas del sida y el ébola, una nueva epidemia se extendía ahora con tintes apocalípticos hasta el

último confín del planeta, causando millones de víctimas sin que las impotentes autoridades médicas pudieran hacer nada por evitarlo.

La *Peste Roja*, así bautizada por la similitud de su propagación con la de su mortífera homónima medieval y por el color que adoptaba la piel de los enfermos antes de que éstos cayeran fulminados en el breve plazo de unas cuantas horas, se resistía impune a los frenéticos esfuerzos de la comunidad científica por ponerle freno, sin que todos los conocimientos existentes sobre enfermedades, ni todo el arsenal disponible de medicamentos, mostraran la menor efectividad contra esa nueva plaga bíblica, frente a la cual cualquier otro mal anterior se asemejaba a un simple juego de niños.

En aquellos atribulados tiempos no faltó quien aventurara que se trataba de una maldición divina precursora del fin del mundo, y también hubo fatalistas que recordaron a la doliente humanidad su naturaleza mortal. No faltaron tampoco pesimistas que pronosticaran la próxima extinción de la raza humana, ignorantes de que, pese a la muerte de centenares, de miles de millones de personas, el *Homo sapiens* seguiría existiendo sobre la faz de la Tierra; pero no por sus propios medios, sino porque a sus ignotos y todopoderosos criadores no les interesaba en modo alguno perder a sus útiles cobayas cósmicos.

REALITY SHOW

Juan García escondía, tras su anodino nombre, un considerable poder. No era el suyo un poderío político, económico, religioso, periodístico ni deportivo, sino televisivo... Porque era él quien cortaba el bacalao en los más importantes programas eufemísticamente denominados *reality shows* y, más coloquialmente, telebasura.

A pesar de ello, era un perfecto desconocido para todos los millones de telespectadores que seguían embobados las bazofias que caían bajo su responsabilidad: No las presentaba, ni las dirigía, y su nombre ni tan siquiera aparecía en los títulos de crédito de los programas; algo lógico, puesto que su misión era la de seleccionar a los concursantes y participantes que luego exhibirían impúdicamente su intimidad y sus miserias humanas frente a medio país cuanto menos. Y aquí era el rey, por lo que bien podía decirse que al menos nueve de cada diez ciudadanos corrientes que tenían su momento de gloria en televisión pasaban por sus manos, y si alguno se le escapaba era debido a que, pese a la implacable dictadura de los índices de audiencia, algunas cadenas se empeñaban, tan romántica como inútilmente, en mantener en antena algún concurso cultural de esos que sólo veían cuatro gatos...

Pero a Juan García, al igual que a los propietarios de la productora para la que trabajaba, no le interesaba lo más mínimo la calidad sino exclusivamente la cantidad, que a fin de cuentas era lo que se traducía en dinero. Y por supuesto, carecía por completo de escrúpulos. ¿Qué la gente quería mierda? Pues mierda les daba, para satisfacción suya y de ellos. Al fin y al cabo, el hecho de que muchos millones de moscas pudieran o no estar equivocadas era algo que le resultaba por completo irrelevante; lo único que le importaba era el hecho de que esos muchos millones de moscas consumían una ingente cantidad de mierda, y él estaba dispuesto a venderles cuanta necesitaran... Porque él había hecho suya la cínica frase con la que Vespasiano, el pragmático emperador romano, rechazó los escrúpulos de su hijo Tito asegurándole, al tiempo que le ponía bajo la nariz uno de los sestercios recaudados en los urinarios públicos de Roma, que el dinero nunca olía independientemente de cual hubiera sido su origen.

Por su despacho habían pasado multitud de personajes y personajillos de toda laya, parte de los cuales, generalmente aquéllos más morbosos, habían sido seleccionados para participar en alguno de los innumerables programas basura que plagaban la parrilla televisiva, siempre diferentes y siempre idénticos entre sí... Y haciendo buena la máxima periodística que recomendaba evitar que la realidad estropeara un buen reportaje, siempre que estimaba que alguno de aquellos *strippers* de la intimidad no alcanzaba el nivel de escándalo requerido, no tenía el menor empacho en convertirlo en un improvisado actor supliendo con imaginación aquello que la vida no le había otorgado.El fin, en definitiva,

siempre justificaba para él los medios, sobre todo cuando este fin significaba un mayor beneficio económico.

Huelga decir que, con estos antecedentes, su especialidad eran los *bichos raros*, reales o fingidos, tanto más apetecibles cuanto más se desviaran de la normalidad, sin importarle demasiado que fueran atletas sexuales, coleccionistas de imposibilidades, monstruos de la naturaleza o cultivadores de la abyección cotidiana; todos ellos servían para sus fines, que no eran otros que los de exaltar el morbo y, a ser posible -aunque esto resultaba cada vez más difícil- escandalizar a las mentes bien pensadas que, pese a todo, todavía continuaban existiendo aunque fueran una especie en serio peligro de extinción.

Claro está que también se veía obligado a rechazar a toda una pléyade de infelices que, convencidos de que sus patéticas *habilidades* les abrirían las puertas del olimpo mediático, lograban llegar hasta sus dominios salvando los filtros previos de sus competentes subordinados, los cuales conseguían evitarle, no obstante, tener que bregar con la mayor parte de ellos; era desagradable, por supuesto, pero suponía una de las servidumbres de su trabajo que, como buen profesional, se veía obligado a aceptar.

Pero hoy estaba furioso con ellos, puesto que se les había colado el insignificante hombrecillo que, sentado frente a él, pretendía convencerlo de su singularidad... Cuando saltaba a la vista que no podía existir un ser más vulgar en toda la faz de la Tierra. Le iban a oír, se dijo, pero mientras tanto se vería obligado a soportar, bien a su pesar, a ese imbécil empeñado en exhibir vete a saber qué presunta habilidad que no fuera la de aburrir hasta a las ovejas...

-Entonces, señor...

-Discúlpeme, todavía no le he dicho mi nombre. En realidad resulta intraducible a su idioma, así que será mejor que me llama Xrñpqs.

-Bien, señor... -torció el gesto reprimiendo a duras penas su desagrado- Equisreñepecús -era lo más parecido que le resultaba posible pronunciar- ¿Cuál es su habilidad? Porque supongo que sabrá que a nuestro programa tan sólo acceden personas originales, cuando no excepcionales... Y la competencia es dura.

-Lo sé; soy seguidor y admirador del mismo desde su estreno en pantalla. -fingida o real, la coba no le iba a servir de nada frente al fogueado ejecutivo- Por ello estoy convencido de que nadie, ni antes ni después que yo, podrá competir conmigo.

-Pues dígame en qué consiste su habilidad. -la impaciencia comenzaba a hacer mella en él- Pero le ruego que sea breve, pues hay mucha gente esperando.

-Es sencillo. -respondió el hombrecillo- Soy marciano.

-¿Marciano? -la sorpresa de Juan García era auténtica- ¿Usted? -remachó, mirándole de arriba abajo- Pues lamento decirle que no tiene el menor aspecto de ello...

-Lo sé. -musitó compungido el aspirante a estrella- Supongo que las cosas hubieran resultado más sencillas de haberme presentado con antenas, pies palmeados, piel verde y una trompetilla por nariz... Por desgracia los marcianos no somos así, lo siento.

-Ni así ni de ninguna otra manera. -la amabilidad prefabricada se había disipado, sustituida por una creciente irritación ante la certeza de encontrarse frente a un torpe chiflado que le estaba haciendo perder miserablemente su precioso tiempo- ¡Hasta los niños saben que en Marte no existe el menor atisbo de vida, y mucho menos marcianos! ¿Ha oído hablar usted de las sondas espaciales de la NASA? Se han paseado por allí como Pedro por su casa, sin encontrar siquiera el más minúsculo bichito...

-Cierto, pero usted está hablando de este Marte; yo provengo de otro situado en un universo paralelo.

-¡Ah, acabáramos! -estaba claro que su interlocutor era el típico excéntrico amante de los encuentros en la tercera fase y zarandajas similares; lástima que el tema estuviera tan pasado de moda, porque años atrás podría haber conseguido tan buena audiencia como otros charlatanes similares- Eso lo explica todo.

-Me alegra que lo comprenda. -respondió con alivio el lunático, sin percibir aparentemente la patente sorna del comentario- Así me resultará más fácil explicárselo.

-Supongo que en ese universo paralelo Marte será perfectamente habitable, y en la Tierra seguirán reinando los dinosaurios... -ya que tenía que aguantarlo, se dijo, al menos intentaría burlarse un poco antes de desembarazarse de él.

-Se equivoca usted en la segunda afirmación. En la Tierra de mi universo los dinosaurios también fueron reemplazados por los mamíferos, pero el hombre jamás llegó a aparecer en ella.

-Bueno, al menos eso habrá evitado la extinción de animales como el moa, el dodo o el lobo marsupial... -comenzaba a divertirle la chifladura del tipejo- Lo que me sorprende es que los marcianos sean tan parecidos a nosotros; de hecho, yo hubiera sido incapaz de descubrir su origen de no habérmelo revelado usted.

-En realidad no somos así como usted me ve, sino muy diferentes físicamente a ustedes; de hecho, somos completamente distintos. Pero las normas que regulan los viajes interuniversales son muy estrictas en lo referente a este punto: debemos adoptar el aspecto de los aborígenes sometidos a estudio, con objeto de poder mezclarnos con ellos sin causar sospechas que pudieran provocar que fuéramos descubiertos.

-¡Ah, ya! -fingió- Y dígame, ¿cuáles son los motivos de su visita? ¿Espiarnos con vistas a preparar una invasión de nuestro planeta? -ciertamente le resultaba muy molesto sentirse calificado de *aborigen*- Supongo que con su tecnología infinitamente superior a la nuestra les resultaría sumamente sencillo conquistarnos...

-¡Oh, no! Pierda cuidado. -las explicaciones del hombrecillo parecían sinceras, tan sinceras como podrían ser proviniendo de un loco- Nuestras intenciones son pacíficas. Tan sólo deseamos ampliar nuestros conocimientos sobre otras culturas sin hacerles el menor daño.

-Sí, es lógico. -fingió asentir siguiéndole la corriente- Pero lo que no acabo de entender es la razón por la que desea proclamar públicamente su verdadera naturaleza; a tenor de lo que me ha dicho, cabría suponer que tuviera buenas razones para permanecer oculto.

-Y así hubiera sido en condiciones normales. -suspiró el presunto marciano rebulléndose intranquilo en su asiento, cual niño pillado en falta- Pero... verá. Yo soy solamente lo que ustedes llamarían un becario, y mi financiación digamos que deja bastante que desear. Por esta razón me he visto obligado a intentar ganar algún dinero. En mi planeta esto no hubiera sido necesario dado que la economía está basada en la energía social concomitante, pero aquí... Bien, necesito euros para terminar mi curso de doctorado, y se me ocurrió que ésta podría ser una buena manera de conseguirlos.

-Evidentemente. -por prudencia prefirió renunciar a preguntarle qué demonios era eso de la *energía social concomitante*- Y si por mí fuera no habría inconveniente, pero por desgracia... Me temo que existe un problema.

-¿Qué problema? -una expresión de alarma se encendió bruscamente en el rostro del hombrecillo.

-Muy sencillo. Tenga en cuenta que el grueso de nuestros espectadores no suelen ser demasiado... ¿cómo diría? intelectuales, y necesitarían una demostración palpable de su naturaleza marciana. Si su aspecto físico hubiera resultado ser suficientemente convincente bastaría con haberle mostrado a las cámaras aunque usted no tuviera ni antenas ni color verde, pero así... Habría que buscar alguna prueba fehaciente capaz de convencer hasta al más escéptico. No tendría por qué ser demasiado espectacular, bastaría con una pequeña muestra de levitación, telepatía, teletransportación... O, si lo prefiere, podría mostrar algún objeto de tecnología marciana tal como una pistola de rayos desintegradores, un transmutador de materia o cualquier otra minucia por el estilo; nada importante y que no resultara complicado para usted.

-¡Oh, no! Eso no puede ser. -la desolación de Xrñpqs era patente- Tenemos terminantemente prohibido hacer nada de lo que usted dice. Tendrán que creer en mi palabra.

-Pues lamento decirle que, de no ser así, será de todo punto imposible que usted participe en nuestro programa. Ya conoce su título: *Real como la vida misma*. Eso lo dice todo. -la compunción del ejecutivo estaba tan bien fingida que parecía real- Y ciertamente le aseguro que lamentaría infinito no poder contar con usted en el programa; me ha caído simpático. Por esta razón, me gustaría ayudarle. ¿No podría hacer algún pequeño milagrito, algo que se saliera de lo común, para probar sus afirmaciones?

-No sé, lo que me pide es muy difícil... Claro que podría hacerlo, bastaría con kmelear un psifronte redocalmular, o bien podría erosipear un clorutrino simpatoso... Pero es ilegal hacerlo fuera de Marte. Hasta un simple glopunt podría acarrearme problemas. A no ser que... -de repente se le iluminó el semblante antes de caer de nuevo en el desánimo- No, esto sería demasiado fuerte. No me atrevo.

-¿Por qué no me lo explica? -invitó- Quizá esa idea no sea tan descabellada como usted piensa.

Media hora más tarde al presunto marciano le era entregado un sustancioso cheque a cambio de su participación en el programa. Juan García estaba cada vez más convencido de que el pobre hombre estaba como una regadera, pero había llegado a la conclusión de que podría servir de contrapunto cómico a la fauna habitual que pululaba por el mismo; un bufón nunca venía demasiado mal, y últimamente andaban bastante escasos de ellos. Por supuesto el pobre hombre acabaría cayendo en el más espantoso de los ridículos, pero eso era algo que a él no le importaba lo más mínimo. Además, ¿no había cobrado? Pues que realizara su trabajo, que para eso le pagaban.

* * *

-Y hoy traemos para ustedes, en exclusiva mundial, a un personaje excepcional... Bueno, en nuestro programa, como bien saben ustedes, todos los invitados lo son. Pero no todos los días podemos contar con alguien llegado de tan lejos, de fuera de nuestro planeta. Señores, con ustedes ¡Míster Xrñpqs, procedente de Marte!

La introducción del empalagoso presentador fue rubricada por la parafernalia típica del programa: Música estridente capaz de volver loco a cualquiera, juegos de luces de discoteca barata y rodoble final de tambor al más puro estilo circense, todo ello rematado con un apoteósico -y sobado, puesto que era más viejo que la televisión misma- enfoque del personaje anunciado mientras el resto del estudio se sumía en la sombra. Al pobre individuo le habían caracterizado como si de un Flash Gordon de opereta se tratara, ataviado con un traje plateado que remedaba a los de los astronautas de ciencia ficción de serie B y maquillado con un peinado a lo Mr. Spok que hacía resaltar el tono decididamente verdoso que le habían dado a su tez. El patético resultado, a mitad de camino entre lo *kisch* y lo decididamente hortera, satisfacía no obstante, como bien sabían los astutos redactores, los escasamente sofisticados gustos de los telespectadores.

Cumpliendo con el ritual típico del programa, los aleccionados espectadores que asistían en directo dieron la bienvenida al *marciano* con un estruendoso recital de aullidos, silbidos, pateos e incluso algún que otro insulto, todo ello entremezclado, claro está, con la necesaria dosis de aplausos también de *cla*. Por supuesto, todo era normal y estaba previamente ensayado.

Una vez amainado el temporal, el presentador retomó las riendas del programa procediendo a relatar un currículo de Xrñpqs convenientemente aderezado por los guionistas en aras de acrecentar su *interés humano*. A continuación llegó el turno de los despellejadores oficiales del programa, los cuales sometieron a la pobre víctima a un interrogatorio en tercer grado del que no faltaron preguntas tales como si existían homosexuales en Marte o si era posible mantener relaciones íntimas con seres de otros planetas... Asimismo todo amañado, por supuesto.

El último punto del elaborado guión consistía en un reto lanzado por una viborilla de la prensa rosa, cuya misión consistía en manifestar su escepticismo y rematar la faena exigiendo a su antagonista una demostración irrebatible de sus afirmaciones. En este caso, claro está, a Xrñpqs se le pidió que probara su condición de marciano.

-Y bien, señor Xrñpqs, usted nos ha contado una historia muy bonita... Que yo no me creo. Ante mí lo único que veo es a una persona vulgar -el hiriente adjetivo no había sido elegido al azar- disfrazada de payaso. Yo le exijo que nos demuestre, aquí y ahora y con las cámaras de testigo, que usted no nos está mintiendo y procede realmente del planeta Marte. Si no lo hace, le pondré una denuncia en el juzgado por intento de estafa a los españoles. ¿Está dispuesto a seguir adelante, o prefiere retirarse ahora que todavía está a tiempo?

Por supuesto todo era puro teatro, pero añadía un toque de dramatismo barato muy del gusto de los guionistas del programa; incluso tenían preparado a un gancho que, camuflado entre los espectadores, saltaría en su momento al escenario intentando agredir al *marciano* por mentiroso, algo que por supuesto evitaría el fornido vigilante jurado -también de *atrezzo*- encargado de impedir este tipo de *incidentes*.

Xrñpqs parpadeó con timidez ante la fuerte luz que le deslumbraba, carraspeó un par de veces y dijo finalmente con un hilo de voz:

-Estoy dispuesto a demostrar que digo la verdad.

Una vez calmada la barahúnda que se organizó en el estudio, a indicación del avisado presentador continuó:

-Soy perfectamente capaz de hacer desaparecer a la Tierra, a todo este universo. Y voy a hacerlo, en castigo a su incredulidad.

Nueva jarana, todavía más fuerte que la anterior. Los productores deberían estar frotándose las manos ante el éxito de audiencia y a Juan García, que asistía al programa detrás de las cámaras, le satisfacía comprobar que su intuición había vuelto a estar acertada.

-¡Silencio! ¡Silencio, por favor! -el presentador hacía esfuerzos, tan denodados como fingidos, para calmar a la rugiente masa- El señor Xrñpqs ha afirmado que va a hacer desaparecer ¡a todo el planeta! Señores, éste es el mayor reto al que nos hemos enfrentado en toda la vida del programa. ¡Qué digo! El mayor reto de toda la historia de la televisión. No se lo pierdan, pero antes... Unos instantes de publicidad y enseguida estaremos de nuevo con ustedes.

Los *instantes de publicidad* fueron, claro está, quince minutos largos. Cuando finalmente la barahúnda de coches maravillosos, cuerpos diez y detergentes que lavan más blanco remitió por puro agotamiento, en las pantallas de los televisores volvió a aparecer el chillón decorado en el que media docena de chicas, ataviadas con una indumentaria presuntamente futurista y llamativamente escasa, bailaban al son de una estruendosa música discotequera.

-Bienvenidos de nuevo a su programa favorito. -saludó el presentador dando rienda suelta a su verborrea- Les recuerdo que míster Xrñpqs ha aceptado el reto y va a intentar hacer desaparecer a todo el planeta, ustedes por supuesto incluidos. ¿Lo conseguirá? Míster Xrñpqs, ¿sería usted tan amable de explicarnos cómo lo va a conseguir?

-Yo... -tartamudeó el hombrecillo, cuya palidez quedaba resaltada por el fantasmagórico maquillaje que le cubría la cara- Es fácil. En realidad ustedes no existen, nada de este universo existe. Todo ustedes son ficticios, los creé yo con el poder del pensamiento y sólo existen en el interior de mi mente, por lo cual si lo deseo puedo hacerlos desaparecer sin más que olvidándolos.

Nuevo escándalo, por supuesto. Los responsables de las cadenas rivales debían de estar subiéndose por las paredes. Cuando pudo volver a hablar, añadió:

No es cierto lo que les dije acerca de los universos paralelos; no existen, ni han existido nunca. El único universo real es el mío, en el cual en la Tierra jamás prendió la chispa de la inteligencia. Pero los marcianos somos una raza perezosa, y nada odiamos más que abandonar nuestro acogedor planeta. Por esta razón, en lugar de visitar otros mundos nos los inventamos en nuestra mente, introduciéndonos en ellos para participar de forma activa en los mismos... Hasta que nos cansamos. Entonces empezamos otra partida.

»Ustedes, todos ustedes, todo lo que conocen, son una mera creación mía, solamente existen en mi imaginación. -un silencio sepulcral se había cernido sobre el plató- Y basta con que yo lo desee para que desaparezcan como si nunca hubieran existido... Porque realmente nunca han existido.

-¡Eso es mentira! -gritó de repente el falso espectador bajando a saltos de su asiento- ¡Embaucador! ¡Te voy a partir la cara para que aprendas a no reírte de nosotros!

-Ustedes lo han querido. -suspiró el marciano con displicencia- Hasta nunca.

Y el mundo se borró de un plumazo.

* * *

-Xrñpqs, me parece que esta vez te has pasado.

-¿Por qué? Ya me estaba hartando de ese mundo tan estúpido, y de todos modos de alguna manera tenía que darle carpetazo, digo yo... Se me estaba acabando el tiempo.

-Sí, ¿pero tan a lo bruto? ¿No podías haber ideado una catástrofe cósmica, una guerra nuclear, una extinción masiva de la vida sobre el planeta?

-Eso está ya muy visto. Para obtener una buena puntuación estaba claro que tenía que buscar un final original.

-Original sí, pero no excéntrico... No sé, mucho me temo que el jurado no te vaya a seleccionar como finalista.

-¡Mira quién habló! Tú sí que no tienes la menor posibilidad con esas ridículas criaturas de energía pura incapaces de convencer a nadie...

Enzarzados en la discusión los dos marcianos, unos seres ameboides que reptaban plácidamente por el rojizo suelo del planeta, abandonaron con marcha pausada el recinto en el que acababan de competir telepáticamente con sus congéneres imaginando mundos inexistentes que posteriormente eran evaluados y premiados por un jurado instituido al efecto. No tenían prisa alguna por conocer el veredicto; los marcianos eran unos seres longevos y perezosos cuya única ocupación eran estas olimpíadas mentales, puesto que desde hacía eones su avanzadísima tecnología había resuelto todas sus necesidades materiales.

Mientras tanto, allá en lo alto, en un firmamento tachonado de estrellas, brillaban pálidamente las dos pequeñas lunas del planeta, eclipsadas por el rutilante fulgor de un astro de bellos tonos azulados.